

JOSÉ LUIS SUÁREZ

METAMORFOSIS



LA MADUREZ CRISTIANA
EN UN MUNDO CAMBIANTE


METAMORFOSIS

LA MADUREZ CRISTIANA EN UN MUNDO CAMBIANTE

José Luis Suárez

METAMORFOSIS

La madurez cristiana
en un mundo cambiante

 Biblioteca Menno
Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org

© 2013, 2014 José Luis Suárez

ISBN: 978-1503242166

CONTENIDO

Presentación 7

Agradecimientos 11

1. La vida es cambio 13

2. La madurez en la Biblia 27

3. Algunos mitos acerca de la madurez 37

4. Metamorfosis 49

5. Paciencia 57

6. Flexibilidad 67

7. Paradojas 79

8. Humildad 93

9. Perfección 107

10. Riesgos 115

11. Generosidad 123

12. Manos abiertas 135

13. Cambios 145

14. Espacios expansivos 165

15. Solos y acompañados 173

16. Amor 185

17. Libertad 195

18. Jesús, modelo de madurez 213

Presentación

Un libro como éste solamente se puede escribir como en efecto lo ha hecho José Luis, desde la mira privilegiada del otoño de la vida, con el (presunto) sosiego de la jubilación y disponiéndose a reflexionar sobre un camino andado que —por muy increíble que a uno le parezca— resulta que ya es largo.

Como siempre fui admirador de mis mayores, no me es hipócrita o interesado lamentar la excesiva cultura de lo juvenil —por definición lo *inmaduro*— que adolece nuestra sociedad. Lo más habitual a lo largo de los milenios de existencia humana, ha sido venerar a los ancianos y desear aprender de ellos todo lo que sea posible antes de que nos falten. ¡Ay, si me pusiera a enumerar aquellos mis maestros y ejemplos en el ministerio cristiano —desaparecidos hace años— con quienes desearía poder hablar aunque tan sólo fuera una vez más, para oír de sus bocas un último consejo!

Ya es tarde para eso. Pero no lo es para detenerse en el camino y oír —en este caso leer— lo que ha podido ir destilando de la vida mi amigo José Luis. Y que con magnífica generosidad de espíritu, ha estado dispuesto a asumir la disciplina de volcar por escrito.

Como mucho de lo que viene aquí tan admirablemente recopilado ya había aparecido en *El Mensajero*, donde mi responsabilidad como director me ha exigido leer con atención al detalle los artículos que me llegan, no encuentro en estas páginas nada que realmente me sorprenda. Ya lo había leído cuidadosamente entonces.

Tal vez me ha sorprendido gratamente, eso sí, el efecto cumulativo de leer todo este material de corrido, en forma de libro y no desgranado poco a poco a lo largo de año y medio. Hallo en este formato recopilado una dimensión de compleción, una visión de conjunto armonioso, que la lectura mensual de aquellos artículos —hoy capítulos— me impedía. Me quedo admirado de la manera que va tomando forma, capítulo a capítulo, una idea global del ilusionante proyecto de *metamorfosis*, de dejarnos transformar cada día por la vida (y por el Espíritu Santo), en algo que todavía no hemos alcanzado a ser.

Mi primera idea, cuando José Luis me pidió esta presentación, era que por cuanto son muchos los que han leído mis libros y en ese sentido saben quién soy, me correspondía presentar a José Luis a los lectores y lectoras. Pero José Luis es seguramente más conocido que yo en el mundo evangélico español, aunque este sea su primer libro. Y en Hispanoamérica quien está interesado en mis libros probablemente es también

lector habitual de *El Mensajero*, donde sin duda ya se ha acostumbrado a leer con interés los artículos de José Luis.

Lo que no es tan comúnmente sabido, quizá, es la larga amistad que nos une desde que nos conocimos en Curitiba, Brasil, en el Congreso Mundial Menonita de 1972. Él había llegado desde Bruselas, donde era un juvenil pastor menonita; yo de Bragado (Argentina), donde me estaba por iniciar en el ministerio. Ninguno podíamos sospechar que acabaríamos dedicando la mayoría de nuestros años y de nuestras labores de ministerio, a la iglesia en España. Ni que acabaríamos acumulando tantos recuerdos de conversaciones sinceras y abiertas, tal vez *metamorfósicas*, si se me permite acuñar el término.

Entre otras experiencias, hemos recorrido juntos a lo largo de diferentes años más de tres cuartas partes del Camino entre Francia y Santiago de Compostela. ¡Y a lo largo de los días, kilómetro tras kilómetro, siempre hallábamos temas apasionantes de qué hablar!

Pero ahora lo mejor que puedo hacer es seguramente quitarme de en medio y dejar al lector o la lectora a solas con José Luis, disfrutando de estas páginas que ha tenido a bien concedernos.

Dionisio Byler

Burgos, octubre de 2013

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin las numerosas ideas, observaciones y apoyo de tantos amigos que han creído que sería capaz de realizar el sueño de escribirlo.

Los pensamientos que expongo me los han inspirado el ejemplo vivo de tantos hombres y mujeres que se han cruzado en mi camino a lo largo de mi vida, así como las experiencias que he vivido con algunos de ellos.

En primer lugar quiero expresar mi agradecimiento a todos los miembros y amigos de la comunidad Menonita de Barcelona. Con ellos he compartido la mayor parte de lo que escribo en este libro. Sus comentarios y observaciones me han sido valiosos para mejorar y luego formular lo que expongo. Sus palabras de ánimo cuando me sentía estancado ha sido una fuerza determinante para poder terminar el libro.

Agradezco la gran contribución de Miguel Llop, que de forma tan amable y generosa me ha ayudado en la revisión final del manuscrito. Sus observaciones para mejorar el texto, así como para dar más claridad

a algunos de los puntos oscuros que no sabía muy bien cómo expresar. Las aportaciones genuinas de Miguel me han sido de gran ayuda para comprender mejor la diferencia entre hablar y escribir.

También deseo mencionar a Dionisio Byler y sus comentarios sobre la mayoría de los temas. Así como el apoyo técnico en la maquetación y la portada del libro.

Por último (pero no por ello menos valioso) mi agradecimiento a Maribel por el estímulo y paciencia diaria durante la nada fácil gestación y creación de este libro.

A todos vosotros, mi más profundo agradecimiento por vuestra abundante generosidad.

Agosto del 2013, Barcelona.



1. La vida es cambio

En el momento en que me pongo a escribir este libro tengo la sensación de estar llegando al final de una etapa llena de actividades y siento la necesidad de mirar hacia lo que he vivido como ser humano y como seguidor de Jesús, y poner por escrito estas vivencias.

Cuando observo mi trayectoria de vida, me doy cuenta de cómo, a lo largo de este camino marcado por el activismo, no me he parado lo suficiente para elaborar algunas de las convicciones más profundas de mi fe, las cuales han sido el motor de mi acción. Igualmente soy consciente de que, quizás, no me he parado porque, con los años, estas convicciones han ido tomando formas diversas, tanto en mi relación con el Señor, como con el compromiso con los demás.

LOS CAMBIOS VIVIDOS

Ahora, me percató de que he ido cambiando con los años, no sólo en lo físico sino igualmente como persona, en mis vivencias con el Señor, en mi carácter, en mi forma de relacionarme con los demás (los que me caen bien y los que no, también), en mi manera de afrontar los buenos y los malos momentos de la vida, en mis equivocaciones, en mis momentos de mayor inspiración y, por supuesto, en mi comprensión de la Biblia. Dicho con otras palabras: Mi cosmovisión de la fe, de la existencia, ha cambiado, y mucho, desde el aquel día ya lejano que, a los diecinueve años, opté por la decisión más importante y trascendente de mi vida de seguir a Jesús y tomarlo como la referencia para vivir. En este camino, las lecturas (además de la Biblia), las vivencias, los encuentros con personas de cerca y de lejos, los viajes y el contacto con otras culturas han marcado mi existencia de múltiples maneras, y me ha sido de estímulo para aventurarme por sendas desconocidas y, ahora, al escribir sobre el tema de la madurez cristiana en un mundo cambiante.

Considero que esta etapa, lejos de ser el final de un camino, es probablemente uno de los momentos más fascinantes de él, ya que es como (recordando mis tiempos de la infancia) intentar colocar juntas las muchas piezas de un puzle y obtener un hermoso

dibujo. Es esto lo que deseo realizar al atreverme a transmitir por escrito aquello que he venido aprendiendo, reflexionando y experimentando a lo largo de los años, con uno de los temas que más me ha seducido, como seguidor de Jesús: «La madurez cristiana». Tema que podría llevar otros nombres como: «Seguir a Jesús», «Discipulado», «Crecimiento espiritual» o simplemente «Crecimiento humano», pero he añadido al título «en un mundo cambiante», y ya en esta presentación explicaré el motivo de este añadido.

Me pregunto si hay aventura más apasionante que el crecimiento. Ver crecer a un niño es una de las maravillas más hermosas que podemos contemplar en la vida: Su capacidad de aprender, su creatividad, su curiosidad de aventura nos sorprende, e incluso en muchos momentos nos da miedo por lo que le pueda ocurrir; pero en esa imaginación llena de creatividad, deseo de saber, de aventurarse en lo desconocido, radica su crecimiento, porque difícilmente un niño crecería sin esa capacidad innata de apertura hacia lo desconocido.

Por desgracia, todos observamos cómo en muchas personas, cuando dejan de ser niños, desaparece toda la imaginación, creatividad y deseos de aprender, instalándose en una actitud que describo como el saberlo todo, donde ya no hay espacios para las

sorpresas, para la aventura, para lo nuevo; parece como si el camino ya estuviera trazado, dejándose guiar únicamente por lo que los acontecimientos les depara; no se espera demasiado de esta vida, aparte de obtener el máximo de comodidades y posesiones, porque muy a menudo incluso la vida deja de tener ya un sentido.

Como quiero ser de nuevo ese niño abierto al aprendizaje, a las sorpresas, a la curiosidad, estoy dispuesto a aventurarme en ese camino tan sublime, tan difícil, tan delicado y para muchos, lleno de peligros. Soy consciente de que escribo, en primer lugar, desde mi propia trayectoria; pero a la vez estoy seguro de que mis pensamientos y mis vivencias pueden encontrar eco en la mayoría de las personas que lean este libro.

A lo largo del mismo estará muy presente mi viaje personal en este recorrido de la madurez, porque considero que, para hablar o escribir de forma significativa y poderosa, lo universal debe estar entretejido con lo personal. Cada vez me atrevo menos a hablar o escribir de aquello que no forma parte de mis propias vivencias, ya que considero que el pensamiento solo, no es suficiente para cambiar cualquier situación, aunque no deje por ello de ser importante y en muchos momentos necesario. Uso el intelecto, pero sé muy bien que entender no es lo

mismo que experimentar, y que la comprensión intelectual no equivale a la práctica.

Tratar el tema de la madurez en el mundo en que nos ha tocado vivir requiere en primer lugar, referirnos a los cambios. Ellos son una parte esencial de la historia de la humanidad. Los cambios siempre han estado presentes en el mundo, donde nada ha sido estable e inalterable, porque hasta la materia inanimada es objeto también de cambios constantes: los continentes, las montañas, las rocas, los mares, la atmósfera, la propia tierra, las estrellas y las galaxias cambian continuamente. Todo evoluciona. La naturaleza es la manifestación constante de la vida que recomienza una y otra vez siempre de forma vigorosa, majestuosa y sorprendente.

TODO CAMBIA

Vivimos por tan breve espacio de tiempo que tenemos la tendencia a pensar que todo lo mencionado anteriormente es eterno e inamovible y ni siquiera nos paramos a pensar en los cambios físicos que sufrimos a lo largo de nuestra vida; nuestros cuerpos cambian de forma constante mientras en el transcurso de nuestra vida crecemos y nos desarrollamos. En realidad nada es permanente ni duradero, aunque algunas veces lo parezca porque cambia muy paulatinamente.

De los cambios ya habló Platón hace siglos al afirmar: «El mundo que nos rodea y al cual consagramos los afanes de nuestra vida es cambio constante. Todo cambia, pasa, transcurre. Al nacer, empezamos a morir, y al morir empezamos a nacer a una nueva vida». Y como también afirmó el filósofo alemán Schopenhauer: «Nada es inalterable. El cambio es la única cosa inmutable».

Sólo estas frases serían suficientes para demostrarnos que vivimos sumidos en un mundo en evolución. Sea lo que sea por lo que optemos reflexionar en un momento dado, se modifica al instante siguiente, porque el cambio viene y se va.

Sin embargo, en la actualidad, el término «cambio» ha adquirido una dimensión diferente al pasado, ya que vivimos en un momento de la historia de la humanidad en el que todo se mueve de forma tan rápida que no tenemos tiempo de entender lo que está cambiando. Aún no hemos asimilado el cambio de ayer y sus efectos, cuando aparece un nuevo escenario. Tenemos el mayor ejemplo de esto en el impacto de la revolución digital que está prácticamente en todo lo que nos rodea. Con la aceleración del ritmo de vida que nos envuelve las veinticuatro horas del día, cuando empezamos a entender cómo funciona el nuevo móvil que compramos hace dos días, ya tenemos que tirarlo porque se ha quedado

obsoleto. Disponemos de un mar de información a nuestro alcance de todo lo que ocurre en el mundo, en cualquier lugar donde nos encontremos, y estamos siendo bombardeados continuamente por la información. Las dificultades no radican en los cambios, sino en la rapidez con la que se dan y las dificultades que tenemos para asimilarlos.

Lo alarmante y sospechoso ocurre cuando damos por buenos todos los cambios tecnológicos y científicos olvidando que ni la ciencia, ni la tecnología son necesariamente sabias. Tampoco pueden erguirse en las garantes de lo que es bueno o malo.

Los inconvenientes se multiplican cuando observamos que, en un corto espacio de tiempo, en Occidente hemos pasado de una sociedad donde todo eran certezas, credos, dogmas y verdades inamovibles, a otra, en la que todas las certezas, verdades inamovible, credos, dogmas y convicciones se convierten en reliquias del pasado y lo único importante es lo nuevo, lo que acaba de llegar en una sociedad en la que todo es relativo. Las verdades absolutas son consideradas como sospechosas e incluso nuestro lenguaje «patriarcal» ya es inapropiado; una sociedad en la que cada vez son más las personas que están convencidas de que los viejos caminos son caducos (aunque fueran buenos en su tiempo) ya que

estamos dando respuestas del pasado a preguntas del presente.

Ante esta situación, las preguntas son: ¿Debemos desechar todas las certezas del pasado y abrazar todo lo nuevo con su relativismo absoluto sin hacernos ningún tipo de preguntas? ¿Podemos acoger lo que el pasado nos ha dejado como legado e inventar su pertinencia y sentido para el mundo de hoy y para nuestras vidas, en un proceso de contextualización continua?

Esta última pregunta es la postura que deseo sostener a lo largo de este libro, aunque considero que no será nada fácil, porque es hablar de la apertura al cambio; de un camino de aprendizaje continuo; de una ruta con muchos momentos de oscuridad, de dudas; de un recorrido no de aprendizaje general sino particular, singular de cada persona. Un trayecto en el que cada generación debe encontrar la forma más apropiada de entender su fe, de manera que sea significativa en el mundo en el que vive.

RECORDAR SIEMPRE LO ESENCIAL

Al empezar a escribir este libro, sugiero que, ante los grandes cambios que estamos atravesando y las múltiples ofertas que hoy tenemos, no olvidemos las más importantes: aquellas preocupaciones e inquietudes de ayer, de hoy y de mañana, que encontramos en

todos los pueblos, culturas y religiones, que son el eje sobre el cual gira nuestra vida y sobre las que los seres humanos han reflexionado a la largo de la historia. Temas como: cambios, libertad, amor, generosidad, riesgos, relación con los demás (que trataré en este libro) etc., que siempre han preocupado y ocupado al ser humano.

Cultivar y practicar aquello que es esencial para el ser humano sin lo cual no se puede existir, sin lo cual nuestra vida se hace pobre, monótona, sin sentido, es nuestro gran desafío. Es la atención plena a aquello que es esencial y a los temas que siempre estarán presentes en nuestro peregrinaje aquí en la tierra. Estos temas serán tratados en este libro, intentado que nos sirvan de orientación en este mundo cambiante. Este libro es una invitación a un viaje de autodescubrimiento de lo esencial para el ser humano en un mundo complejo en el que la madurez debe ser siempre contemporánea en un mundo cambiante.

Que necesitamos una nueva mirada a estos temas es un hecho que constatamos al observar cómo cada vez son más las personas que están buscando la luz que nos conecte con el pasado y, a la vez, con el presente y el futuro. Un nuevo amanecer contextual, global, porque no se puede responder a estos temas sin tener en cuenta el mundo que nos rodea, un mundo en cambio permanente.

Hay cristianos que piensan que se puede seguir a Jesús sin prestar demasiada atención a lo que sucede en este mundo cambiante. Es una evidencia que vivimos en nuestro mundo y no en otro, pero asimismo debemos afirmar que no podemos experimentar ninguna forma de madurez sin asumir los grandes cambios que aparecen en este nuevo siglo.

La enseñanza de Jesús fue completamente contextual. Jesús supo leer las señales de su tiempo y enseñó a sus seguidores a hacer lo mismo dando respuesta a los problemas que se planteaban en su sociedad y no en otra, ya fuera el pasado o el futuro.

Es evidente que, cuando a lo largo de la existencia podemos tener cerca a personas que nos acompañen (me siento muy agradecido por todos los modelos que me han servido de referencia y que tanto me han enseñado), el aprendizaje se hace más fácil y soportable, pero es también cierto que cada persona, cuando se aventura en la senda de la madurez cristiana, debe hacer su propio recorrido.

Considero que hay mapas para este itinerario y enumeraré algunos, pero, sé muy bien que estos mapas no son el camino, como tampoco las cartas de dos enamorados son el amor. Lo que pretendo (ya veremos si lo consigo) es compartir mis vivencias, así como algunos mapas, y rutas para el viaje que

considero más extraordinario de la vida de una persona. Me doy cuenta de que este tema puede tratarse desde perspectivas muy diversas, por lo que considero necesario dedicar los dos primeros capítulos («La madurez en la Biblia» y «Mitos acerca de la madurez») a una reflexión sobre lo que la Biblia nos enseña al respecto.

A modo de conclusión de esta iniciación en nuestro tema, sugiero a los lectores la lectura de la parábola del crecimiento de la semilla que encontramos en el evangelio de Marcos 4,26-29, así como una historia que nos enseña que no se puede hablar de lo que se desconoce.

LA HOJA DE RUTA

La parábola del crecimiento de la semilla que yo denomino «La hoja de ruta» en la madurez cristiana, nos muestra cuatro pistas para el inicio del camino de la madurez. Estas pistas son leyes universales que siempre han existido, en todo momento, en todo lugar y bajo cualquier circunstancia, como la ley de la causa y el efecto que reina en el universo. El orden en que se enumeran estas indicaciones es fundamental, por lo que no podemos ni debemos alterarlo.

- **El trabajo.** El sembrador siembra. «Crecer, madurar», habla de tiempo, de dedicación de esfuer-

zos, de paciencia y hasta de sufrimiento. No puede haber madurez sin esta realidad.

- **Confianza.** El sembrador, una vez hecho su trabajo, duerme tranquilo, confía en los procesos de la naturaleza, que es sabia. Una vez que la persona realiza todo lo que le corresponde, pone su confianza en el Señor, que es, en última instancia, quien permite el crecimiento.

- **Misterios.** El sembrador no entiende el proceso del crecimiento. En el camino de la madurez, la mayoría de las veces las cosas no ocurren como habíamos previsto. Estar abiertos a los imprevistos, a las sorpresas y los misterios, forma parte del camino.

- **Llega la cosecha.** Después del esfuerzo, el sembrador recoge el fruto del trabajo. La gracia de Dios y el esfuerzo de la persona son dos realidades inseparables en esta parábola. Así ocurre en el camino de la madurez: no podemos separar la ayuda de Dios de nuestro esfuerzo y nuestra dedicación.

Esta parábola nos enseña que lo único que resiste el paso del tiempo es la ley de los principios naturales. El campesino debe preparar la tierra, sembrar en ella, cultivarla, desbrozarla, regarla, para que el cultivo crezca y se desarrolle hasta dar el fruto. Estas leyes naturales se basan en principios que actúan independientemente de nuestros gustos y esperanzas. Estos principios se aplican en todo

momento y en todo lugar, y la historia nos enseña cómo los pueblos y las civilizaciones prosperaron en la medida en que obraron en armonía con estos principios, los cuales se han demostrado ser eficaces a lo largo de los siglos de historia de la humanidad.

Es sabio no intentar acelerar la obtención de los resultados y no sentir ansiedad, tensión o frustración si los resultados no aparecen de forma inmediata. En el universo, cada cosa tiene su tiempo de gestación, y no se puede acelerar más allá de lo naturalmente posible.

NO SE PUEDE HABLAR DE LO QUE SE DESCONOCE

Un arqueólogo que había viajado al Amazonas, había regresado a su pueblo donde todos sus habitantes esperaban conocer el relato de su viaje por el Amazonas. Pero ¿Cómo podía él expresar con palabras, lo que había experimentado al contemplar aquellos paisajes tan hermosos y al escuchar los sonidos tan diversos de los animales de la selva? ¿Cómo comunicar aquellas emociones profundas cuando percibió el peligro de los animales salvajes, o cuando conducía su canoa por los movimientos peligrosos de las aguas de aquel río? Después de pensar durante varios días les dijo:

—Id y descubrirlo todo por vosotros mismos. Nadie ni nada puede evitaros el riesgo de este viaje.

Para aconsejarles, les dibujó un mapa del Amazonas. Los habitantes tomaron el mapa y lo colocaron en el Ayuntamiento del pueblo y empezaron a hacer copias para cada persona del pueblo. Aconteció entonces que todos los que tenían una copia empezaron a considerarse expertos en el Amazonas. ¿Acaso no era cierto que conocían cada rincón, cada curva del río, su amplitud, su profundidad, cuándo el agua corría rápidamente y dónde se encontraban los saltos de agua?

Nadie del pueblo viajó nunca al Amazonas y el arqueólogo se arrepintió de haber dibujado aquel mapa, porque los habitantes de su pueblo no cesaron de hablar de aquello que desconocían.

La fe no es una doctrina, sino la apertura a un riesgo (Raimon Panikkar).



2. La madurez en la Biblia

Referirnos a la madurez en la Biblia es mencionar al humano que ha optado por seguir a Jesús y que, según el apóstol Pablo, está llamado a madurar para llegar a la plenitud en Cristo (Efesios 4,13-16). Jesús es el modelo de madurez al que todos debemos aspirar. Al final del libro, presentaré algunos comentarios acerca de Jesús como modelo de madurez.

A lo largo del libro, emplearé a menudo la palabra «maduración» en lugar de «madurez», ya que la idea de maduración contiene el componente de progreso lineal, de evolución, de camino; contrariamente a la palabra madurez, que la entendemos como un lugar al que hemos llegado. No existe madurez sin maduración, sin un recorrido que se está realizando. En el campo secular, se habla de la psicología evolutiva. Considero que la madurez es el comienzo de un viaje que no tiene fin.

La madurez tiene que ver con la totalidad de nuestra existencia. Los ejes que configuran la vida humana son: la calidad de relaciones interpersonales, el trabajo y nuestra relación práctica con el mundo exterior. Estas son las bases que estructuran toda nuestra vida, por lo que la madurez debe afectar a todas esas áreas.

El punto de partida es la cosmovisión de que la fe afecta toda nuestra existencia, que el encuentro con el Dios vivo transforma el sentido de la vida de toda persona. No hay dos amores —el divino y el humano, el vertical y el horizontal— sino una correlación entre nuestra relación con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos.

Llegados a este punto, no se puede evitar la pregunta ¿Qué tiene que ver la madurez humana con la cristiana? Es evidente que existe un paralelismo entre la madurez humana y la espiritual, incluso me atrevo a afirmar que no podemos separarlas; aunque es cierto que hay diferencias. A lo largo del libro, tendré presente la madurez cristiana, pero emplearé la mayor parte de veces el término madurez.

Aunque nos referimos a dos realidades diferentes, a la vez son dos vocablos inseparables, por lo que ambos se mezclarán muy a menudo, dado lo cual será necesario, en algunos momentos, unir estas dos palabras y en otros, separarlas. Es imposible disociar

la madurez cronológica, biológica, psicológica, existencial y espiritual, porque el ser humano es un todo.

Considero que la Biblia no concibe la madurez como una autorrealización personal, que hoy está muy de moda; nada más tenemos que leer alguno de los muchos libros sobre autoayuda y crecimiento personal para darnos cuenta de este enfoque.

El padre de la autorrealización personal para muchos es Abraham Maslow, que a principio de los años setenta escribió el libro que le hizo famoso: *El hombre autorrealizado*.

La madurez de la vida en Cristo es mucho más que una autorrealización personal, ya que no se concibe como un camino individual sin los demás y sin una referencia a lo divino, sino como: «...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efesios 4,13).

Un elemento común a ambas realidades es que si no se crece, hay razón para preocuparse. Así como unos padres se inquietarán, ¡y mucho! al ver que su hijo no crece, de la misma manera ya el Apóstol Pablo, hace dos mil años, expresaba en su carta a los Corintios (1Corintios 3,1-3) su preocupación por la inmadurez de aquellos cristianos que habían experimentado el nuevo nacimiento en Cristo, pero

viéndose poco crecimiento en su vida diaria. Su crecimiento en Cristo era limitado, sus razonamientos y vivencias eran infantiles cuando ya deberían ser personas maduras.

Un acercamiento a este tema, como a muchos otros de la Biblia, demuestra que a ésta no le interesa la definición de términos. Esta manera de entender la fe es producto de nuestra mentalidad moderna. La Biblia relata todo aquello que los hombres y mujeres experimentaron, sin dar importancia a definiciones de diccionario.

La madurez es un camino y un recorrido. No es un mapa, no es la definición de un lugar (como ya hemos visto con la historia del mapa del Amazonas), porque la mayor dificultad, cuando intentamos definir una palabra, es describirla desde las gradas, desde donde observamos lo que ocurre, y no desde el terreno de juego, por lo que, por muy buena definición que demos, no deja de ser irreal.

Los efectos trágicos de la falta de madurez es constatable tanto en la enseñanza de la Palabra de Dios, como en la vida de tantas personas. Esto se destaca especialmente en tres pasajes del Nuevo Testamento que califican a los creyentes inmaduros y como niños: Efesios 4,14 describe la falta de madurez con los términos «...niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema

de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error». En Hebreos 5,12-14, Pablo habla de tales niños como inexpertos en la Palabra, debiendo ser ya maestros. Después de tanto tiempo, necesitan más bien que se les vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de la palabra de Dios. En 1 Corintios 3,1-3, Pablo indica que los creyentes en Cristo son creyentes inmaduros, cuyos celos, contiendas y disensiones destruyen la unidad de la iglesia. Resumiendo la enseñanza de estos tres pasajes, observamos que una falta de madurez perjudica tanto a la persona misma como aquellos con los que se relaciona.

A lo largo de mi peregrinaje en este tema de la madurez, he aprendido que, independientemente de las situaciones tan diversas y de las etapas en las que nos encontremos, todos nos enfrentemos a la misma pregunta básica, que dejo para la reflexión personal: ¿Cómo puedo madurar y, a la vez vivir en un mundo cambiante y completamente material? No se trata del mundo material, sino de mi mundo material, que tan incompatible parece para muchos con la espiritualidad cristiana.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

Como, desde hace bastante tiempo, estoy convencido de que una imagen vale más que mil palabras y

como nuestro gran maestro Jesús nos dejó la mayor parte de sus enseñanzas con imágenes, deseo compartir una historia que leí ya hace años, que resume de forma extraordinaria lo que considero el eje central del tema de la madurez. Se trata de una historia tradicional sueca que nos introduce de manera hermosa en la metáfora de la maduración.

MUDAR LAS ESCAMAS DEL CORAZÓN

Una joven princesa llamada Aris, a causa de las fechorías de su padre con otros reinos para no ser invadido, debía ser entregada a un terrible dragón y casarse con él. Cuando el rey y la reina se lo dijeron, temió por su vida, pero, recuperando el ánimo, se dirigió al mercado para hablar con una mujer a la que consideraban muy sabia. La mujer le dijo que debía casarse con el dragón y le dio instrucciones para el día de la boda; en concreto, que ese día debía llevar puestos, uno sobre otro, diez vestidos de boda.

Después de la boda, el dragón se llevó a la princesa a su palacio. Cuando llegaron, la princesa dijo al dragón que debía quitarse sus vestidos con mucho cuidado y que, a medida que ella se quitaba un vestido, él debería hacerlo mismo. La princesa se quitó el primer vestido y observó cómo el dragón se quitaba la primera capa de escamas. Aunque era doloroso, lo había hecho antes alguna otra vez. Pero, entonces, la princesa se quitó otro vestido, y

luego el siguiente. El dragón comprobó que, en cada ocasión, tenía que quitarse una capa más profunda de escamas. Al llegar a la quinta, el dragón empezó a llorar profundamente con lágrimas de dolor. Pero la princesa prosiguió.

Cada capa sucesiva, la piel del dragón se volvía cada vez más tierna y su forma se ablandaba. El dragón se volvía cada vez más ligero. Cuando la princesa se quitó el último vestido, el dragón se liberó del último vestigio de la forma de dragón y surgió un hombre, cuyos ojos brillaban como los de un niño liberado de todas sus cargas.

A lo largo del libro, intentaré dar pistas, e ideas, para poder eliminar estas escamas del dragón que experimentamos en el cuerpo, en el alma, en la mente, en las relaciones con nosotros mismos, con los demás y con el mundo que nos rodea. Expongo algunos comentarios acerca de esta historia para empezar este viaje.

¿Desprendernos de estas capas podría hacernos pensar en la metamorfosis?

Palabras como purificación, limpieza, soltar, deshacerse, confianza... son parte de la historia de todo ser humano. La maduración es dolorosa, como también lo es desprendernos de nuestras escamas con

las que nos protegemos de los demás, de nosotros mismos y, a menudo hasta de Dios.

El proceso de maduración nos encamina a pasar por el gran terror de casarnos con el dragón, que para cada persona puede significar situaciones diferentes; se detecta que, a medida que se van eliminando escamas, no todo es dolor, porque aparece la alegría de la vida, sucediéndose muy a menudo momentos maravillosos, que proporcionan una restauración a toda nuestra existencia ¿Será esto la maduración?

Algunos hablan de estas escamas como los nueve pecados capitales (avaricia, cobardía, envidia, gula, ira, lujuria, pereza, orgullo y vanidad) del ser humano que son armaduras que nos alejan de la plenitud de la vida, de la maduración, y a los que podemos poner muchos nombres como: ambición, deseo de poder, falta de valía, de confianza en uno mismo, inseguridad, carencia de autocrítica, de autoestima, etc.

A medida que las escamas van desapareciendo, nos volvemos tiernos, vulnerables, compasivos, cercanos, con un corazón blando, sensibles, confiados, abiertos a las sorpresas, a los demás y a Dios ¿Nos acerca esto a la plenitud en Cristo y a la madurez?

Hablar de maduración es ir despojándose de viejas maneras de pensar y de actuar. Es un proceso de transformación que exige compromisos para toda la

vida. El viaje de la maduración no es como una autopista, de la que se sale cuando uno quiere, o como un trabajo que se puede dejar cuando a uno no le gusta. La maduración no es opcional, no tiene jubilación.

La metáfora de la vid y los pámpanos de la que nos habla Jesús en Juan 15 ¿puede darnos pistas sobre esta temática? ¿La poda nos acerca a la historia del dragón y sus cambios de escamas? ¿La metamorfosis podría significar despojarnos de viejas costumbres o pecados que nos dificultan caminar? ¿Podría ser decidarnos a eliminar nuestras vestiduras, nuestra piel, nuestro corazón, nuestros viejos hábitos, sin que quede nada de lo ya caduco? La historia del dragón ¿nos sugiere alguna capa con nombre concreto de la cual debemos despojarnos en el viaje de la maduración?

Creecer es el acto de dar un salto aterrador a lo desconocido, lo indeterminado, lo inseguro, lo impredecible. Es un salto que mucha gente nunca da en su vida (Scott Peck).

El ignorante afirma, el sabio duda y reflexiona (Aristóteles).



3. Algunos mitos acerca de la madurez

Es necesario, para ampliar el tema de la madurez y la Biblia, comentar algunos de los mitos que existen sobre la madurez. Enumeraré los cuatro que emergen más a menudo en la experiencia de numerosas personas.

«LA MADUREZ SE PRODUCE CON LOS AÑOS»

En nuestro país (como en la mayor parte de Europa), la ley determina que la persona es madura cuando alcanza los dieciocho años. Damos por hecho que, a partir de esa fecha, la persona puede asumir las responsabilidades de sus actos. Pero de esto a afirmar que la persona está capacitada para resolver los grandes desafíos de la existencia humana son palabras mayores, ya que todos sabemos muy bien que la madurez humana no viene dada con la edad.

Todos hemos observado que una persona no es necesariamente madura por tener muchos años. Cuántas veces hemos oído decir «es un cabeza loca» refiriéndose a una persona adulta, pero con poca capacidad para asumir sus responsabilidades en la mayor parte de situaciones por las que se encuentra, con decisiones equivocadas y actos que indican un gran infantilismo.

Así mismo, hemos observado cómo una persona joven puede haber alcanzado un alto grado de madurez que muchos mayores no tienen. Una persona no es sabia necesariamente por los años que acumula. Por el contrario, uno puede ser joven y ser muy maduro. De la misma manera que la madurez no se produce con los años, el que una persona atesore cantidad de años de creyente no significa que tenga un alto grado de madurez cristiana. Es posible que sea como aquellos creyentes de Corinto a los que el apóstol Pablo llamaba niños en Cristo, cuando ya debían ser adultos.

Damos por sentado que los años deberían aportar madurez. La Biblia alude constantemente al hecho de la sabiduría acumulada a través de los años. Pero la experiencia nos enseña que los años, por sí solos, no son suficientes para que una persona madure.

«LA MADUREZ

SE PRODUCE CON EL CONOCIMIENTO»

Muchas personas evalúan la madurez solamente en base a los conocimientos que una persona posee. La capacidad de interpretar pasajes de la Biblia, citar versículos de memoria, explicar la teología bíblica o el conocimiento de diferentes disciplinas humanas, no son en sí mismo sinónimos de madurez. Aunque el conocimiento de la Biblia es fundamental y necesario para la madurez, no se puede medir de esta manera, ya que la madurez no se da con los credos o las convicciones, sino con la conducta y el carácter. Se demuestra más con el comportamiento que con las creencias. Jesús habló de esto, y muy contundente, en el Sermón del Monte: «No todo el que me dice, “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre» (Mateo 7,21). En el relato del juicio final de Mateo 24, se nos recuerda que se entrará en el Reino no por los conocimientos, sino por los actos de misericordia hacia el prójimo.

El conocimiento solo no nos transforma. El mapa no nos lleva al lugar donde queremos ir; únicamente es un indicador de la ruta que hay que seguir. El conocimiento debe estar acoplado con el corazón y con los hechos. De no ser así, el sabelotodo se convierte en una memoria fotocopiadora, una

máquina sin relación con lo que nos acontece en el día a día. Los conocimientos no nos convierten en personas maduras, sino la capacidad de afrontar los grandes retos que se nos presentan a lo largo de la vida. El saber y las ideas han de estar emparentadas siempre con las vivencias; de no ser así, la persona puede convertirse en enferma y hasta esquizofrénica.

La madurez es el fruto de la experiencia, no de la teoría; no es una ciencia, ni una técnica, sino, más bien, como dijo el sabio Aristóteles: «un curioso tipo de saber práctico, que no se funda en las palabras, sino en los hechos».

La madurez se alcanza por el hacer y, en todo caso, por el sentir; no por el creer ni por el pensar. Una persona no sabe montar en bicicleta por mucha teoría acumulada, sino por una experiencia directa. Hay una diferencia abismal entre haber oído algo y vivirlo. El conocimiento tiene su lugar en todo ser humano, pero no debemos engañarnos, porque el intelecto puede ser un diablo astuto, ya que intentará embaucarnos para hacernos creer que entender es lo mismo que experimentar y que la comprensión intelectual es lo mismo que la realización.

Una cabeza llena de ideas, por muy buenas que sean, no es lo mismo que madurez, porque la mente racional no tiene todas las respuestas a las situaciones prácticas, ella no es el capitán de todo lo que aconte-

ce en el navío. Es evidente que a la hora de tomar decisiones y discernir, el conocimiento, como la información, puede sernos de mucha utilidad, ya que, sin el conocimiento, la maduración será más difícil, y hasta llena de peligros. No se trata de dar la espalda al conocimiento, sino de ponerlo en su lugar y afirmar que la maduración no se mide por lo que la persona sabe.

Es interesante observar cómo, en las primeras comunidades cristianas, primero venía la acción y, luego, se intentaba reflexionar sobre lo acontecido. Esta misma práctica la hallamos en los hombres y mujeres que siguieron a Jesús. Esta es también la manera como los niños maduran en su primera infancia: aprenden experimentando y disfrutando. Primero la vivencia con todos los peligros que eso conlleva; luego, reflexionan y así maduran. Más tarde, cuando van al colegio, los adultos los domesticamos para que piensen sin experimentar. Muchos niños se rebelan ante este cambio de paradigma en el que ya no disfrutaban, porque no practican y sólo reflexionan.

Considero que éste es un modelo pedagógico contrario al que encontramos en la Biblia, en el que primero aparece la práctica y luego se reflexiona.

La propuesta aquí no es otra que, para madurar, hay que abrirse al experimento. Antes que proclamar

las creencias, hay que vivirlas. El saber puede llevarnos a la puerta de la senda de la madurez, pero no es la madurez, ya que vivir, viajar, caminar, etc., son verbos y el verbo es acción. Una vida sólo pensada es poco práctica.

«LA MADUREZ

ES UN ASUNTO PERSONAL Y PRIVADO»

Que la madurez es un asunto personal y privado es una aberración muy occidental y muy de moda en la sociedad actual. La idolatría del individualismo en nuestra cultura ha influenciado la manera como pensamos sobre el crecimiento personal. Gran parte de la enseñanza sobre la madurez se basa y se concentra en el «yo», sin ninguna referencia a la colectividad humana. Esto es ignorar la metáfora del cuerpo humano, que no enseña que el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. (1 Corintios 12,14).

Es obvio que es necesaria una variedad de vivencias con otros para producir la madurez, ya que, en todas las esferas de la existencia, las personas que están dispuestas a aprender recurren a otras; un carpintero, un músico, hasta un deportista busca a otras personas con más experiencia para aprender. El autoaprendizaje es posible, aunque es muy probable que el camino sea mucho más largo y que la persona se equivoque muy a menudo. De todas formas,

dedicaré un capítulo a este tema: «Solos y acompañados».

La madurez surge como resultado de la relación con el prójimo y el compromiso con el mundo que nos ha tocado vivir. Necesitamos las relaciones para crecer. No maduramos en el aislamiento, sin los demás. Nos desarrollamos en el contexto de las relaciones diarias con aquellos que nos rodean.

«LA MADUREZ

LA PRODUCEN LOS DONES DE LA PERSONA»

Un motivo de malos entendidos se genera cuando se confunde la madurez con el ejercicio de los dones que Dios nos da. Es fácil considerar los poderes de los carismas como signos de madurez de la persona. Cuando se lee con atención la primera carta del apóstol Pablo a los Corintios, nos podemos dar cuenta de que esto fue lo que ocurrió a muchos de aquellos creyentes.

Los carismas pueden ser puertas falsas, al servicio del poder y de la demagogia, ya sea política, religiosa, artística o de cualquier disciplina del saber humano. Es posible que una persona tenga grandes dones, pero que no sea nada sabia ni madura. La mayoría de las veces la madurez no se presenta de forma de poderosa, sino en pequeños hechos como encontramos en 1 Reyes 19,12, donde el profeta Elías

reconoce la presencia del Señor. El texto nos narra cómo Dios pasa delante de Elías, pero no aparece en el poderoso viento que destrozaba los montes y quebraba las peñas, ni en el terremoto, ni en el fuego que siguió a este viento, pero sí en el susurro de una brisa apacible.

En muchas ocasiones, la madurez se percibe en lo ordinario de lo que acontece, en los detalles más sencillos del día a día; pero como son acontecimientos corrientes, nos pasan desapercibidos. Muy a menudo nos convencemos de que el Señor revela en lo grandioso, en lo que se ve al momento y donde creemos que las renovaciones son radicales e instantáneas.

Una persona no es madura por poseer dones espectaculares, ni por un alto grado de espiritualidad o de un lenguaje piadoso. Son muchas las que se engañan creyendo que la madurez se vende en la tienda de la esquina, en los mercadillos de rebajas espirituales, donde todo es fácil conseguirlo barato y que además nos transforma para siempre.

La madurez es la perla preciosa, que nunca será barata, que exige un largo camino por recorrer, debiendo estar constantemente alerta por los sucedáneos de madurez que se venden con tanta facilidad. Si se quiere lo auténtico, se debe saber que el precio es elevado.

Resumiendo estos cuatros mitos acerca de la madurez, se puede afirmar que una gran experiencia espiritual puntual no convierte a la persona en madura, porque esto requiere tiempo. La madurez incluye conocimiento bíblico, pero el conocimiento bíblico por sí solo no produce esa madurez. La madurez requiere una vida de fe con otras personas, pero esta vivencia, por sí misma, tampoco garantiza madurez.

Son muchas las personas que utilizan estos mitos para conseguir poder, prestigio, reconocimiento y respeto y hasta para eludir todos sus problemas.

Madurar no es subir a lo alto de la montaña y encontrarse con el Señor o a solas con uno mismo. Madurar no consiste en llegar a la cima y clavar allí la bandera del triunfo disfrutando del bello paisaje, sino llevar una vida permanente de servicio a los demás, por lo que, más que pensar en cómo llegar a la cima, el planteamiento de este capítulo y de todo el libro es cómo evitar quedarse estancados en mitad del camino, engañándonos y creyendo que ya hemos llegado, así como indicar pistas para ese largo camino de maduración.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

¿Madurar podría ser un viaje hacia lo desconocido, un recorrido que cada persona debe hacer por sí

misma, aunque con otros caminantes a su lado al lado?

¿Podría ser la maduración un proceso de metamorfosis que no se produce por casualidad, que la mayoría de las veces cuesta reconocerla, porque generalmente no implica alteraciones intensas, radicales y rápidas?

En estos días en los que en los medios de comunicación no se para de hablar de la jubilación, ¿tiene sentido afirmar que la maduración no tiene caducidad?

Cuando nos aferramos a nuestras viejas pautas de pensamientos y conductas, no podemos madurar plenamente ni experimentar el gozo de renacer que acompaña el pasaje a la madurez plena (Scott Peck).

Conocemos la verdad no solo a través de la razón sino también a través del corazón (Blaise Pascal).

Aunque seamos conscientes de una verdad, no la haremos verdaderamente nuestra hasta que sintamos su fuerza en lo más profundo de nuestro ser. Al conocimiento del cerebro hay que añadir la experiencia del alma (Arnold Bennett).

No se convierte uno en iluminado imaginando seres de luz, sino siendo consciente de las tinieblas
(Carl G. Jung).



1. Metamorfosis

Cuando yo era niño, hablaba como un niño, pensaba como niño, razonaba como niño; pero cuando llegué a ser hombre, dejé las cosas de niño (1 Corintios 13,11).

La maduración no se produce sin una metamorfosis, pero ¿cómo ocurre? ¿Qué es necesario para que se dé? Y ¿qué dificultades encontramos?

Para entender lo que significa la metamorfosis es necesario considerar la palabra transformación. El prefijo «trans-» significa «más allá o al otro lado». Con este prefijo delante de la palabra «forma», obtenemos la palabra «transforma». Si añadimos el sufijo «-ción», que indica acción, tenemos la palabra «transformación». Esta palabra apunta a la acción de ir más allá de la forma de la persona. Esto es lo que nos plantea la metamorfosis, un proceso continuo de alteraciones y de crisis. Estos procesos también podemos llamarlos «maduración».

Nuestra cultura enfatiza valores externos a la persona, lo que se posee, el estatus social, la apariencia física y todo que acontece fuera de nosotros. Pero lo constatable es que aquello que nos permite transformarnos, no nos viene del exterior sino del interior de la persona. Es un movimiento de adentro hacia afuera.

Esta visión de la transformación de adentro hacia fuera ya la afirmó hace dos mil años el apóstol Pablo escribiendo a la iglesia de Roma cuando dijo: «No os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto» (Romanos 12,2).

Para que la transformación aparezca, es necesario abrirse a la posibilidad de modificaciones, a no conformarse con lo que uno es, lo que la persona posee, lo que se realiza porque siempre ha sido así. Abrirse a lo desconocido es la exhortación que el apóstol Pablo nos propone en la carta a los Romanos cuando afirma: «No os amoldéis a este mundo, sino transformaos». Esta transformación es una metamorfosis que exige no vivir según los valores de la sociedad en la que se ubica. No amoldarse a los esquemas y criterios de la sociedad, no significa aislarse del mundo, sino actuar de acuerdo a otros principios, otros esquemas de valores. La transfor-

mación es lo que nos permite discernir lo que Dios quiere para nuestras vidas, de manera que no sea el mundo exterior quien decida cómo debemos comportarnos, sino que sea la Palabra de Dios. Y cada persona debe descubrir por sí misma la transformación interior y los efectos en la vida cotidiana.

La transformación nos da la posibilidad de ser nosotros mismos sin tener que depender de lo que los demás esperan de nosotros. Esta metamorfosis nos permite no identificarnos con los logros, los currículums, lo que se espera de nosotros y las etiquetas que tanto nos gusta ponernos y que nos dan la forma, pero que no transforman.

La metamorfosis interior es la fuerza para lograr los grandes cambios éticos, ser menos rígidos y no mantener tantas fronteras. Esto sucede cuando se concede poca importancia a lo externo, no se intenta controlar los acontecimientos, no se siente la necesidad de demostrar las creencias, cuando se supera la obsesión de convencer a los demás sobre nuestra verdad y de culpar a los demás de lo que nos sucede. Esta transformación interior nos hace más generosos hacia los demás.

La transformación es una oportunidad, nunca una amenaza, porque todo lo que vive en el universo nos

habla de movimiento continuo. Negarse a mejorar es negarse a madurar.

La metamorfosis es un acontecimiento que no se puede forzar, ni violentar. No es instantánea, ni aparece de forma mágica. Toda reforma que se da, tanto en individuos como en pueblos, de forma rápida, sin esfuerzo, sin complicaciones, debemos considerarla siempre sospechosa. Toda la creación nos enseña que las mejoras instantáneas no existen, sólo se dan en nuestra imaginación. El viaje de la maduración es un proceso que ocupa toda la vida, ya que son movimientos y rupturas con las formas interiores de pensar y hacer que teníamos antes; razón por la cual a muchas personas les atemorizan estas modificaciones.

La metamorfosis es a menudo dolorosa y produce miedo, porque exige aventurarse en lo desconocido; y no sólo eso, sino que la mayoría de las veces provoca crisis profundas, como en el caso del dragón que se despoja de las capas de su piel. Cuanto más grande sea el cambio, más profunda puede ser la crisis. El niño al nacer llora; cuando empieza a andar, se cae y sufre. Llorar y sufrir es el precio que debe pagar por la transformación.

Todo proceso de enmienda nos provoca temor porque representa ruptura en la forma de pensar, cambio de valores, criterios diferentes de acción, etc.

Esta es una de las razones por las que muchas personas no están dispuestas a embarcarse en esta aventura. No se puede aprender a tocar el piano sin tocar con anterioridad unas cuantas teclas equivocadas. Nos resistimos a la transformación porque buscamos estabilidad y seguridad, aunque el precio que pagamos es no vivir con plenitud. Transformarnos es salir de las zonas de seguridad, es pasarlo mal para luego vivir una vida más plena, más satisfactoria, más llena de sentido.

TRES PROPUESTAS PRÁCTICAS

Observo las prioridades que tengo en la vida, cómo reacciono ante todo lo nuevo que acontece, para pasar de la observación al comportamiento. ¿Qué lugar ocupa la transformación en todo esto?

Observo el comportamiento de las personas que tengo cerca e intento darme cuenta de lo que construyen o destruyen. ¿Me identifico con su estilo de vida, con los valores que me transmiten sus limitaciones y sus miedos y torpezas?

Intento dejar de etiquetarme o etiquetar a los demás como si esto fuera un medio de reconocerse como ser humano. Etiquetar dificulta la transformación, ya que al hacerlo identificamos al ser humano con la forma de realidades como profesión, edad, raza, sexo, nacionalidad, situación económica, logros,

etc. Cuando las formas pasan a un segundo plano, la transformación es posible. Al ser humano no se le puede dividir en compartimentos. Sören Kierkegaard dijo: «En el momento en que me colocan una etiqueta, me están anulando».

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

TODO NECESITA SU TIEMPO DE ESPERA

Un joven se acercó a un célebre maestro de artes marciales y le pidió ser su discípulo:

—Si trabajo con tesón, ¿cuánto tiempo tardaré en convertirme en maestro?

—Diez años —contesta el maestro.

—Y si trabajo, día y noche, ¿cuánto tiempo me llevará?

—Treinta años, —respondió el maestro.

—Pero yo estoy dispuesto a pasar por todo lo que sea con tal de dominar este arte en el periodo más corto posible.

—En este caso, setenta años, —respondió el maestro.

Reduce la velocidad. El ritmo de la vida moderna puede agobiar al más fuerte. En la era del culto a la velocidad, reduce la velocidad. Deja de hacer mil cosas a la vez. Antes de empezar cualquier actividad, destina tiempo para pensar en lo que vas a hacer y

proponte dejarte guiar por la inspiración divina. Algunos sabios empiezan a hablar de la sabiduría de la lentitud como medio para evitar muchas enfermedades.

Reflexiona. *Sin cambios el progreso de los pueblos y de los individuos es imposible y los que no pueden cambiar sus mentes, no pueden cambiar nada* (George Bernard Shaw).

LA METAMORFOSIS REQUIERE CAMBIOS DE PARADIGMAS

Un hombre estaba trabajando febrilmente talando árboles en un bosque, cuando un viajero que pasaba por allí, después de observarlo detenidamente durante un largo rato le preguntó:

—¿Que está haciendo?

—¿No lo ve?,— respondió sin levantar la cabeza— Estoy cortando éste árbol.

—Parece exhausto, —comentó el viajero—. ¿Cuánto tiempo lleva cortando el árbol?

—Más de cinco horas, y estoy molido. Esto no es sencillo.

—Por qué no hace una pausa durante unos minutos y afila la sierra. Estoy seguro de que cortaría mucho más rápido el árbol.

—*No tengo tiempo para afilar la sierra, —dijo el hombre enfáticamente—. Estoy demasiado ocupado aserrando el árbol.*

Es más fácil luchar por nuestros principios que vivir de acuerdo con ellos (Alfred Adler).

Y sólo cuando hayas alcanzado la cima de la montaña, comenzarás a escalar (Gibran Khalil).

El que pierde su vida la salvará (Mateo 8,35).



5. Paciencia

Con este capítulo de la paciencia, comienzo una serie de temas que son señales que nos indican la ruta para este largo viaje de la maduración, que nos ocupará toda la vida.

Igualmente nos será útil para ir evaluando nuestra propia maduración. Hay frutos que tardan mucho tiempo en madurar, el trigo tarda ocho meses, el ser humano pasa nueve meses en el seno materno, pero luego necesita toda una vida para madurar. Así ocurre con la madurez: estamos madurando toda la vida.

La maduración es un camino que debemos recorrer en lugar de un acontecimiento que ocurre en un momento concreto de nuestra existencia. Este recorrido se parece a la curación de una herida física. Todos sabemos por experiencia que, cuando nos hacemos un corte, la herida no sana de manera instantánea, sino que primero se forman plaquetas,

luego un coágulo, después crecen células de piel bajo la protección de la costra y, por último, aparece una piel nueva. Este proceso de curación se desarrolla a su propio ritmo, independientemente de cualquier opinión que la persona pueda tener al respecto, porque es un proceso natural. El deseo de que se cure pronto no sirve para mucho. Si se aplica la impaciencia al proceso natural de curación que necesita su tiempo, su ritmo, su momento, se está poniendo trabas a su curación.

En el universo, cada cosa necesita un tiempo de gestación, y no se puede acelerar más allá de lo naturalmente posible; si no respetamos los ritmos del universo, estaremos nadando contracorriente, lo cual significa que sufriremos y, muy a menudo, no alcanzaremos los resultados deseados, porque todo intento de acelerar el ritmo natural de la creación sólo traerá padecimientos innecesarios. No existen atajos para la maduración y quienes así lo crean se verán obligados finalmente a admitir que ésta es un proceso que requiere mucha paciencia y tiempo, que discurre a su propio ritmo. Una vez que hemos decidido dejar de ser niños para ser responsables de todo lo que nos acontece, estaremos comprometidos durante el resto de nuestra vida en el proceso de maduración.

A veces, este camino nos conducirá a encontrarnos vapuleados entre las conductas responsables y maduras y las irresponsables e infantiles, donde los cambios muy a menudo son imperceptibles y lentos, e incluso puede parecer que nos estanquemos. Otras veces, los cambios son como tornados, creando torbellinos que afectan a la totalidad de nuestra existencia, desafiando nuestras reservas internas y nuestros recursos espirituales. Por todo ello, en este recorrido tan lento, la paciencia será uno de los ingredientes principales y primarios que deberá acompañarnos.

¿QUÉ SIGNIFICA TENER PACIENCIA EN UN MUNDO CAMBIANTE?

Referirnos a la paciencia es pensar en: esfuerzo, perseverancia y espera. La palabra «paciencia», del latín «patí», significa padecer, sufrir. Esta palabra alude al esfuerzo que se necesita para esperar algo. No es cuestión de dolor, se trata de tiempo. Etapa en la que muy a menudo no se puede hacer más que esperar, lo cual para muchas personas significa una carga difícil de soportar. Tener paciencia es esperar hasta que algo acontezca.

La maduración se da con muchos procesos y ciclos que requieren infinidad de paciencia. Muy a menudo no es un asunto de semanas, de meses, ni siquiera de

años, sino que se trata un proceso natural, la mayor parte de las veces lleno de misterios.

La paciencia es la fuerza que nos permitirá respetar nuestra cadencia de maduración (y la de los demás). Todos hemos sido víctima de la impaciencia: la presión de las fechas tope; el conductor agresivo que aparece de pronto en nuestro retrovisor, encendiendo y apagando sus faros con irritación; el pasajero en el autobús que empuja a todo el mundo para apearse, cuando es obvio que algunos pasajeros nos bajaremos en la misma parada. Todas estas situaciones nos molestan. Cuando nos imponemos u otra persona nos impone un ritmo que no es el nuestro, nos sentimos violentados. La paciencia es la habilidad de comprender y respetar nuestros ritmos de vida y los de los demás.

La paciencia es la virtud de todo buen maestro, que sabe aguardar a que el alumno madure lentamente, en lugar de forzarle antes de que esté preparado. La paciencia de Jesús con sus discípulos fue uno de los ingredientes más importantes en todo el camino que realizó con ellos. La paciencia infinita de Dios con nosotros debe servirnos como fuente de inspiración para nuestra propia maduración, así como en la relación con los demás. Si sabemos ejercitar la paciencia estamos dando señales de maduración.

Unos científicos tenían que realizar un trabajo de investigación muy urgente en un lugar extremadamente lejano en la selva, por lo que pidieron a un grupo de nativos de la región que les transportaran a mano el equipaje. De pronto, los porteadores del material se detuvieron de golpe de forma inexplicable. Los científicos se quedaron perplejos ante el silencio de los transportistas a sus preguntas. Se enfurecieron porque tenían la sensación de estar perdiendo el tiempo. Después de un largo tiempo parados, los transportistas decidieron reanudar la marcha. Uno de ellos explicó a los científicos lo ocurrido: «Como caminábamos tan rápido, dejamos atrás nuestra alma. Nos detuvimos para esperar que nos alcanzara».

Con frecuencia nosotros también dejamos atrás nuestra alma cuando permitimos que las urgencias nos esclavicen y descuidamos lo que es verdaderamente importante en nuestra existencia. Acosados por el diablo de las prisas, abandonamos nuestra alma, nuestros sueños, nuestra capacidad de dejarnos sorprender por lo extravagante, por lo inesperado.

No cabe duda de que la velocidad tiene sus ventajas. Podemos ser más eficientes, palpar la sensación de control sobre todos los hilos que movemos. No sólo eso, sino que la velocidad estimula la adrenalina y actúa como una droga. Cuando hemos

probado sus efectos, el hecho de reducir la marcha nos parece aburrido e incluso humillante. En el mundo en que nos ha tocado vivir, la eficiencia consiste en intentar hacer varias cosas al mismo tiempo y olvidamos que en realidad, sólo podemos hacer bien una.

El antropólogo Robert Levine, un entendido en el ritmo de la vida cotidiana de la antigüedad, ha estudiado el tiempo tal como se percibe en diversas culturas. Levine manifiesta que, en los pueblos en los que el ritmo de la vida es acelerado, predominan las enfermedades cardiovasculares; que cuanto más corremos, menos dispuestos estamos a ayudar al prójimo; que somos más amables con los demás cuando disponemos de tiempo.

Yo añadiría al comentario de Levine que ir por la vida corriendo dificulta la inspiración para lo que hacemos; que cosechar decisiones sabias es incompatible con las prisas.

En la era de la impaciencia en que nos ha tocado vivir, en la que impera un ritmo acelerado y una gratificación inmediata, donde nos esforzamos por hacer todo lo que podemos en el plazo más breve posible, es normal que la paciencia se convierta en una cualidad impopular e incluso molesta. Alguien dijo (no recuerdo quién): «La paciencia infinita produce resultados inmediatos».

Hoy en día, hay mucha gente a la que la cuesta mucho esperar. Sin embargo, si se quiere que algo se desarrolle de verdad, es necesario tener mucha paciencia. La verdadera amistad entre personas necesita tiempo para desarrollarse. El proceso de formación de un grupo es cosa de tiempo. La maduración exige mucha paciencia y hablar de paciencia es hablar de tiempo. En la cultura occidental no nos han enseñado a tener paciencia. Cuando un superior encarga una tarea y preguntamos: «¿Para cuándo lo quiere?», la respuesta suele ser: «Lo quiero para ayer». El mensaje es obvio: no hay tiempo que perder; hazlo, y hazlo rápido. En realidad, la idea misma de ser pacientes con las personas va contra nuestra cultura.

Posiblemente, unos de los mayores ejemplos bíblicos de impaciencia en la maduración lo tenemos en la figura de Moisés. La formación en la corte del Faraón no le maduró lo suficiente, ya que no fue capaz de solventar de forma satisfactoria una disputa entre un egipcio y un hebreo y terminó matando al egipcio (Éxodo 2). Moisés, el gran libertador del pueblo de Dios, tuvo que madurar durante muchos años cuidando ovejas, para poder ser la persona que más tarde Dios usaría para liberar al pueblo hebreo de la esclavitud.

La paciencia suele desarrollarse con la edad. Al madurar, la experiencia nos enseña que todo en el universo sigue un determinado ritmo natural de progreso y que intentar acelerarlo sólo trae sufrimientos gratuitos e innecesarios.

Muy a menudo, las personas impacientes suelen tener un carácter negativo, mostrando insatisfacción o enfado ante cualquier situación cuyos resultados no se producen con la rapidez que ellas esperan.

ALGUNOS DE LOS MUCHOS EFECTOS DE LA PACIENCIA:

- Podemos disfrutar más de la vida
- Puede rebajar la tensión arterial.
- Se alcanza una mayor relajación corporal, emocional y mental
- Mitiga el nerviosismo y el estrés.
- Experimentamos mayor energía.
- Nos ayuda a crear buenas costumbres.

Si estos resultados todavía no nos inspiran, se puede añadir que la paciencia:

- Beneficia nuestras relaciones interpersonales.
- Eleva nuestra autoestima.
- Incrementa nuestra ternura.
- Nos hacemos más tolerantes.
- Aumenta nuestra creatividad.

- Gozamos de mayor bienestar en todo lo que hacemos.
- Nos convertimos en más auténticos.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

Juega a esperar. La espera es una de las grandes molestias de la vida moderna. Solemos pensar que esperar es una pérdida de tiempo, pero la espera puede ser una oportunidad de transformación. Abraham no pudo esperar a la promesa de Dios de que tendría un hijo. Las consecuencias de su no espera fueron catastróficas, para él y para todos sus descendientes (Génesis 15 y 16).

Ora mientras esperas. Sé amable con alguien que también está a tu lado esperando. Reflexiona sobre el sentido de tu vida mientras esperas. Mira a tu alrededor y da gracias a Dios por todo lo bueno que observas, etc.

Toda la sabiduría humana se resume en dos palabras: esperar y esperanza (Alexandre Dumas).

Hay que tener mucha paciencia si se quiere cosechar frutos maduros (Proverbio árabe).

No desees que las cosas se hagan deprisa. Desear que las cosas se hagan deprisa impide que se hagan bien (Confucio).

*¡Qué pobres son aquellos que no tienen paciencia!
(William Shakespeare).*



6. Flexibilidad

Cuando nos referimos a la paciencia en el capítulo anterior y a la flexibilidad ahora, la maduración ya se está realizando porque cuando una persona tiene paciencia y es flexible, manifiesta madurez y crecimiento. La impaciencia, la inflexibilidad y otras formas de actuación a las que me referiré a lo largo de los capítulos siguientes, son episodios normales en los niños en la fe, pero no lo deberían ser en personas que llevan años siguiendo a Jesús.

Todos hemos visto y oído los efectos de un gran tornado. Una de las características es que arrasa todo lo que encuentra en su recorrido. Hemos contemplado en la televisión imágenes de grandes árboles con muchos años de vida, que han sido derribados por los efectos de un gran tornado. Pero todos sabemos cómo las cañas de bambú pueden ser zarandeadas por grandes vientos, sin ser derribadas. La razón por la que aguantan los potentes vientos no es debido a los

años que tienen, ni a su tamaño, ya que son finísimas, sino a su flexibilidad para moverse de un lado hacia otro.

A lo largo de nuestra existencia, todos nos encontramos con personas inflexibles, intransigentes, intolerantes (quizás nosotros mismos lo somos), que ante situaciones determinadas no son capaces de dar su brazo a torcer por nada del mundo. En la mayoría de las situaciones, esa actitud produce grandes sufrimientos tanto en las personas que son así, como en las que padecen sus consecuencias.

La flexibilidad es la fuerza que, como la caña de bambú, nos permite movernos con el viento de la vida y responder a las situaciones inesperadas que se nos presentan un día sí y otro también, reconociendo que la mayoría de las veces no hay una sola respuesta a un problema, ni un único camino ante una situación confusa, por lo que la persona flexible es capaz de darse cuenta de que existe más de una posibilidad de acción ante una situación concreta.

La flexibilidad elimina la intransigencia, que es lo opuesto a la confianza. Esto sucede cuando afirmamos: «No estoy seguro, pero estoy dispuesto a escuchar y considerar que quizás hay otra manera de entender y hacer las cosas». La flexibilidad nos permite tener una actitud abierta a todo lo que nos acontece, abandonar la idea de que hay que imponer-

se en todas las discusiones y siempre querer tener razón.

Una persona flexible se resiste al dogmatismo, porque piensa que cualquier principio o estatuto puede discutirse. No acepta el pensamiento único que tanto sufrimiento ha causado a lo largo de la historia de la humanidad, porque los absolutos se oponen a los fundamentos de la probabilidad de equivocarse. La persona flexible está abierta a nuevos descubrimientos; la dogmática vive la evolución como una derrota; la flexible no es ni mucho menos perfecta, simplemente busca liberarse de la rigidez que niega cualquier posibilidad de variación.

El progreso de la humanidad y los grandes cambios en la historia habrían resultado imposibles si las cosas siempre se hubieran hecho como en el pasado. Sin hombres y mujeres abiertos a la flexibilidad, a considerar y examinar aquello diferente a lo que siempre se pensaba, todo progreso habría sido una quimera.

Ser flexible equivale a estar sensibles a ideas que uno nunca había considerado ni imaginado posibles, a escuchar con mente receptiva los proyectos y pensamientos más disparatados aunque al principio parezcan escandalosos.

Continuamente observamos a personas, inmóviles, duras como piedras inamovibles, cuya experiencia y el

paso de los años les convence de que nada debe moverse. Estas personas no se permiten dudar, porque sus cimientos son inmodificables e indiscutibles aunque la evidencia y los hechos demuestren lo contrario. Las personas inflexibles se caracterizan por su dogmatismo, normatividad, prejuicios, autoritarismo etc., por lo que para ellas la flexibilidad es una auténtica amenaza, ya que implicaría la renuncia a dos principios fundamentales como: «Soy dueño de la verdad» y «Yo tengo razón».

Sin flexibilidad, no hay base para las relaciones humanas. La relación de familia, de amigos, de vecinos, puede resultar inaguantable. Sin flexibilidad, no vivimos, porque estamos en perpetuo conflicto con los demás. Relacionarnos sin flexibilidad, produce los sectarismos, el desprecio del otro, odios, guerras y genocidios. Se vive con limitaciones, angustias, pobreza. La preocupación por el éxito, la competitividad y el individualísimo del ego, consumen todas las energías de la persona inflexible.

Flexibilidad no significa la aceptación sin más de lo que es malsano y perjudicial para uno y los demás, pero sí estar dispuesto a considerar cualquier asunto desde otro punto de vista y lo que significa para la vida de una familia, de un grupo, de una sociedad y de la humanidad.

Cuando maduramos, nos abrimos a la flexibilidad de forma natural. Nuestra existencia se revoluciona, ya que nos permite salir de nuestro mundo, de nuestra cultura e ideas personales para experimentar de un modo profundo la riqueza del otro. La flexibilidad nos acerca a miles de posibilidades que antes ni siquiera sospechábamos. Nuestros pensamientos se ensanchan de manera insospechable, configurando un mosaico lleno de belleza nunca imaginado. Todo se vuelve más global, más relacional con los demás, porque nos permite explorar, crear y crecer. Cuando se llega a este punto, la persona se libera de toda actitud de rigidez, de toda actitud cerrada e inflexible que bloquea herméticamente cualquier descubrimiento..

La flexibilidad es una forma de sabiduría práctica, una clarividencia que vive en el presente, que percibe el menor signo de alteración y que posee la facilidad necesaria para adaptarse a las nuevas circunstancias. Este tipo de sabiduría nos ayuda a comprender que no podemos controlar cada elemento de movilidad de nuestro universo, que somos personas limitadas.

Por este motivo la flexibilidad no es sólo una estrategia conveniente, sino una cualidad espiritual, porque significa librarnos de las ataduras que nos impiden activarnos y nos permite aceptar cada situación como es y no como nos gustaría que fueran.

JESÚS, MODELO DE FLEXIBILIDAD

«Jesús, modelo de flexibilidad» da para mucho más que unas cuantas frases. Me atrevo a afirmar que daría hasta para un libro entero. Me limito aquí a esbozar tres pinceladas que apuntan a que a lo largo de su ministerio en la tierra, Jesús vivió una flexibilidad que no siempre se ha reconocido y que, cuando sus contemporáneos (discípulos y detractores) se percataban de ella, lo acogían con desconcierto o como un auténtico escándalo. Pienso que eso mismo ha ocurrido a lo largo de la historia y sigue ocurriendo hoy.

Nada más empezar el Sermón del Monte, Jesús afirma: «No he venido para abolir la ley o los profetas; no he venido para abolir, sino para cumplir» (Mateo 5,17).

La flexibilidad de Jesús con la ley también aparece cuando se nos dice: «Por aquel tiempo Jesús pasó entre los sembrados en el día de reposo; y sus discípulos tuvieron hambre, y empezaron a arrancar espigas y a comer» (Mateo 12,1).

La inflexibilidad, la intolerancia, se manifiesta con la reflexión de los fariseos a este hecho cuando afirman, «Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo».

El segundo momento lo hallamos en el mismo texto del Sermón del Monte, cuando, en el capítulo 5,21-48, encontramos los seis «Pero yo os digo» que se refieren a seis pilares de la fe del pueblo de Israel: El no matarás, el no cometerás adulterio, el repudio a la mujer y la carta de divorcio, el no jurarás, el ojo por ojo y diente por diente, el amor y el odio al enemigo. Con el «Pero yo os digo», Jesús invita a sus oyentes a tener una mirada diferente, a percibir otra realidad que la conocida. Jesús propone a sus oyentes dejar de ser dogmáticos, intolerantes e inflexibles y estar dispuestos a explorar otra imagen de lo acontecido que no se limita a una única mirada de aquello que observan. A esto yo lo llamo «flexibilidad».

El tercer momento lo hallamos en el evangelio de Juan 8,1-19. La historia de la mujer adúltera, tan conocida por todos, contiene una riqueza muy a menudo desapercibida en relación al tema que nos ocupa. La Ley mandaba apedrear a la mujer adúltera. Jesús no niega ese derecho a los fariseos, pero es flexible y defiende a la mujer con un argumento demoledor: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra». Con sus palabras, Jesús ofrece a aquellos individuos dogmáticos, inflexibles e intolerantes otra alternativa al suceso que le presentan y, que como sabemos, modificó la actitud de aquellos

hombres hacia la mujer y permitió a ésta, además de evitar una muerte segura, recibir el perdón de Jesús.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

¿Tengo en cuenta las ideas opuestas a lo que pienso?

LOS RESULTADOS DE LA INFLEXIBILIDAD

En medio del patio de un cuartel militar algo retirado de un pueblo, había un banco de madera. Era un banco normal y corriente, donde muchas personas del pueblo acudían para conversar y disfrutar de un lugar de mucha tranquilidad.

Pero un buen día no se permitió más a la gente del pueblo acercarse al banco, ya que junto a él dos soldados se alternaban en una guardia constante, tanto nocturna como diurna. Nadie sabía por qué. Pero lo cierto es que la guardia se hacía de noche y de día durante todas las noches y todos los días del año, de generación en generación. Los oficiales transmitían la orden y los soldados obedecían sin saber cuál era la razón de esta obediencia.

Nadie dudaba nunca, nadie se preguntaba la razón de esa guardia, porque la tradición es sagrada y no se cuestiona; ni se ataca, se obedece. Así se ha hecho siempre; por alguna razón sería. Así se ha hecho siempre y así se seguiría haciendo toda la vida.

Y así siguió haciéndose durante mucho tiempo, hasta que un día alguien, no se sabe quién con certeza, quizás por curiosidad, quiso ver la orden original. Hizo falta revolver a fondo los archivos del Ayuntamiento, pero se encontró el motivo: ¡Hacía cincuenta y dos años, un funcionario había mandado montar guardia junto a un banco que estaba recién pintado, para que a nadie se sentara sobre la pintura fresca!

¿Sería demasiado atrevido afirmar que cuando somos flexibles, nos identificamos con Jesús y que, cuando somos inflexibles, nos identificamos con los fariseos?

A pesar de que la flexibilidad tenga matices que se puedan discutir, abarca una red de muchos colores, como la propia existencia. El arcoíris bien podría ser un brillante exponente de las muchas miradas que podemos hacer a todo aquello que nos ocurre.

¿Qué me produce esta idea de múltiples miradas que podemos tener ante todo lo que nos ocurre?
¿Cómo lo asimilo?

LAS TRÁGICAS

CONSECUENCIAS DE LA INFLEXIBILIDAD

Se cuenta que, en una ocasión unos hombres trajeron ante un juez a un joven fuertemente atado diciendo:

—Este hombre ha sido hallado robando un caballo. Aplícale la ley y haz justicia.

El joven ladrón se dirigió al juez pidiendo clemencia, diciendo:

—Sé que lo que he hecho está mal, pero mi padre está muy enfermo y lejos de aquí. Lo único que quería era poder ir a verle pronto para que no estuviera solo en su agonía. No robé por codicia, sino por necesidad.

El juez, que tenía un corazón de piedra en lugar de carne, condenó al joven a que le cortaran las manos, porque así lo decía la ley de su país.

A partir de entonces, el joven vivía de limosna y alguna vez se topó con aquellos hombres que le llevaron al juez para condenarlo, así como con el juez, sin que estos ni siquiera le mirasen.

Un día, pasados unos años, el joven mutilado estaba observando los peces que se movían en el fondo de un estanque público, cuando de repente vio cómo un niño se caía al agua y no podía salir porque no sabía nadar. El joven mutilado se tiró al estanque para salvarlo, pero al faltarle las manos no pudo ayudarlo y el niño se ahogó. Más tarde, el juez se enteró que el joven que había intentado salvar a su hijo era el mismo al que años antes había condenado a que le cortaran las manos.

Permítete reaccionar ante esta historia.

¿Qué te comunica? ¿Qué emociones descubres en ti al leer esta historia?

¿La flexibilidad en el juez habría podido convertirse en bondad, perdón y compasión?

Esta trágica historia nos recuerda que se cosecha lo que se cultiva.

El pensamiento único es la muerte de las culturas
(Adolfo Pérez Esquivel).

En el momento en que me ponen una etiqueta, ya me están anulando (Soren Kierkegaard).



7. Paradojas

LAS PARADOJAS DE LA VIDA

Una paradoja es la convivencia y hasta la alianza de dos pensamientos o dos acciones contrarias. La paradoja es la contradicción de dos afirmaciones que se oponen, que son irreconciliables. Las paradojas están presentes en cada momento de nuestra existencia; el mundo está hecho de contradicciones. Toda la creación es una paradoja, incluso nuestra vida es una paradoja, porque nos movemos constantemente entre dos universos: lo sagrado y lo profano, mundo de la materia y mundo del espíritu, labios que oran y manos que trabajan, acciones que no siempre van acompañadas de nuestras creencias, pensamientos y sentimientos, etc.

Nuestra tarea es reconocer a los opuestos como lo que son: en primer lugar, contrarios, pero, después, los polos antagónicos de una unidad que no siempre sabemos cómo manejar y menos vivir con integridad.

No se puede examinar únicamente el polo positivo de un imán; por muy delgado que sea, siempre habrá un polo negativo que se deberá tener en cuenta. La dualidad siempre está presente en todo el universo, porque un único punto de referencia sobre el todo será siempre parcial e incompleto.

Mi encuentro con las paradojas se produjo en los años setenta, cuando leí una historia que cuenta el psicólogo Paul Tournier en uno de sus primeros libros: *Technique et foi* (título original en francés). Paul Tournier vivía cerca de Ginebra y tenía como vista de fondo de su casa el Monte Cervino. En un viaje turístico por Italia cerca de la frontera Suiza y en cierto momento del recorrido, la guía indicó a los turistas que se encontraban delante del Monte Cervino. Paul Tournier, con toda la educación del mundo, hizo saber a la guía que no era el Monte Cervino, ya que él lo veía desde su casa y era muy diferente. Mucho le costó a la guía que Paul Tournier (entonces joven estudiante) entendiera que, a pesar de que el paisaje era diferente al que él veía cada día desde su casa, lo que tenía delante era el mismo Monte Cervino.

La lectura de esta historia puso patas arriba algunos de los fundamentos de mi fe. En aquel entonces, yo también era un joven estudiante de los que creían que las verdades son siempre absolutas y

que la verdad sólo se puede examinar desde una perspectiva.

Me ha costado años entender, y más aún vivir, que la verdad puede ser examinada desde ángulos múltiples. A esta maravilla lo llamamos paradojas.

Este descubrimiento fue el principio de grandes y profundas modificaciones en mi recorrido de fe. Hoy en día, vivo más a gusto con el hecho de que todo pensamiento y acontecimiento puede leerse y vivirse bajo miradas múltiples. A medida que maduro, me siento más cómodo con las paradojas, aprecio más las ambigüedades de la existencia, sus distintas posibilidades así como de los conflictos inherentes. Desarrollo un sentido por la ironía, el humor y el esfuerzo de abarcar el todo con su belleza, aunque por supuesto nunca lo lograré.

Al realizar una mirada a mi trayectoria de vida y de fe, observo cómo toda la educación recibida, tanto en el mundo secular como en la iglesia, ha tenido como base el blanco y el negro, lo justo e injusto, lo bueno y lo malo, lo puro y lo impuro. Recuerdo aún muy bien la primera vez que fui al cine en Piedralaves (un pueblo de la provincia de Ávila) donde viví mi infancia (debía tener unos diez años) y vi una película de indios y americanos: Quedó muy tangible para mí, después de ver la película, quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos. Aunque la sociedad ha

cambiado, la situación es la misma hoy en día. En la invasión de Irak en el 2003, todos escuchamos hasta saturarnos que había dos grupos, los buenos y los malos, los que estaban con Dios y los que estaban con el diablo.

Es incuestionable que la educación recibida no es ajena a la manera de entender los acontecimientos, los cuales interpretamos según las experiencias vividas. Elaboramos modelos de pensamiento a partir de costumbres sociales de la cultura y de las ideas de adultos importantes para nosotros durante nuestra infancia.

Todos creemos saber dónde está el bien y el mal, la verdad y la mentira, lo puro y lo impuro, y, como es normal trazamos una línea bien nítida para diferenciar estos dos mundos. Una lectura atenta del Nuevo Testamento nos muestra que los fariseos eran especialistas en este tipo de mentalidad y forma de leer los acontecimientos.

LAS PARADOJAS DE LA FE CRISTIANA

Toda la Biblia está llena de paradojas y a lo largo de la historia algunas de ellas han sido motivo de separaciones, de sufrimiento y hasta de muertes. Comento, a modo de ejemplo, cuatro paradojas con las que más hemos sufrido y seguimos sufriendo.

- **Soberanía de Dios y libertad humana,** Los creyentes sostenemos que Dios es soberano en todo lo que ocurre, que Él dirige la historia de la humanidad, que hace y deshace. Aquí podríamos citar cantidad de textos bíblicos para defender esta tesis, la cual es muy defendible. Son muchos los teólogos que lo han hecho.

Pero también son muchos los creyentes que sostenemos que Dios creó libre al ser humano, que el libre albedrío es parte de nuestra condición humana y que en consecuencia, lo que nos ocurre es el resultado de nuestras acciones. Aquí también podríamos citar cantidad de textos bíblicos para defender esta tesis, que es también muy defendible; también son muchos los teólogos que lo han hecho.

- **Fe y obras.** Los creyentes evangélicos sostenemos que somos salvos por la fe. Esta verdad fue un componente clave de la Reforma protestante del siglo XVI. Aquí también podríamos citar muchos textos que hacen referencia a esta convicción y, por supuesto, cantidad de libros se han escrito para defender esta tesis.

Pero igualmente muchos afirmamos que la gracia no se da sin las obras. Incluso encontramos en la Biblia relatos tan sorprendentes como el de Mateo 25 donde, en el Juicio Final de la historia, no se nos

preguntará por la fe que hemos proclamado, sino por las obras realizadas.

- **Una iglesia santa y pecadora.** El teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer en su libro *El precio de la gracia*, alude a la iglesia que es a la vez santa y pecadora.

Los creyentes sostenemos que somos santos. Esta verdad la vemos reflejada en la mayoría de las cartas del apóstol Pablo en el Nuevo Testamento, así como en muchas de las palabras de Jesús. Pero igualmente el texto bíblico señala que no sólo éramos antes pecadores, sino que lo seguimos siendo. El apóstol Pablo empieza su primera carta a los Corintios con el término santo, enumerando todas las virtudes de la iglesia de Corinto, para añadir en el capítulo cuatro, que son carnales y, en el capítulo cinco, reprocharles su inmoralidad, que ni siquiera existe entre los gentiles.

- **Renunciar y disfrutar.** En una ocasión, un periodista que había seguido la vida de Gandhi con admiración durante años le preguntó: «¿Podría decirme en tres palabras en qué consiste el secreto de su vida?» Gandhi no pudo resistir el desafío y respondió sonriente: «¡Sí: “Renunciar y disfrutar!”»

La gran paradoja del renunciar y disfrutar es el centro de la fe cristiana que nos muestra la muerte de Jesús (renunciar) y su resurrección (disfrutar). Los cristianos estamos llamados a articular estas dos

verdades conectadas una con la otra. El «y» de Gandhi es una palabra que une; a menudo en nuestras creencias y vivencia acostumbramos a utilizar el «o», palabra que separa, en lugar del «y» que une.

Desde hace años he llegado a la conclusión de que, como creyente, es difícil entender el mensaje de la Biblia sin comprender el misterio de las paradojas de la vida y de la fe cristiana. He comentado las más significativas y cito a continuación enumero algunas de las muchas que encontramos en la Biblia.

- Podemos estar llenos de alegría en medio de la aflicción (1 Pedro 1,6).
- Debemos ser necios para ser sabios (1 Corintios 3,18).
- Dando es como se recibe (Lucas: 6,38).
- Los últimos serán los primeros (Mateo 19,30).
- Nuestra fuerza está en nuestra debilidad (2 Corintios 12,9).

LAS PARADOJAS NOS INTERPELAN A LA UNIDAD DE TODAS LAS COSAS

Las paradojas nos sugieren abarcar los opuestos, acoger las contradicciones de la vida y de la fe en nuestro corazón, reconocer nuestras limitaciones incapaces de vivir con los opuestos al mismo tiempo.

Aparece el milagro cuando reconocemos esos dos polos opuestos, creando la unidad en la diversidad.

Es obvio que cualquiera que sea el punto de vista que mantengamos, podemos darnos cuenta de que existe algún otro posible. La paradoja es una verdad, pero de innumerables colores; es una verdad abierta y dinámica, que nunca la abarcamos en su totalidad. Debemos abrazar las contradicciones que emergen en los demás, en nosotros y en todo aquello que acontece en el mundo, como parte del regalo de la vida; porque en este mundo tenemos noche y día, oscuridad y luz, sol y lluvia, alegría y sufrimiento, muerte y resurrección.

Podemos comparar las paradojas a los colores y tonos de los paisajes que nos comunica la naturaleza en diferentes lugares y momentos del año. Existe una gran diversidad de paisajes y cada uno está lleno de colores diferentes; no percibimos un único color ni tono. Quedarse con un único paisaje sería perder la riqueza de la diversidad. Aceptar la gran complejidad de todo lo creado nos permite profundizar y ampliar nuestro punto de vista que, siempre será parcial y limitado y condicionado por nuestra propia historia personal. Nuestra vida está compuesta como la armonía de la creación, de cosas contrarias; así también de tonos distintos, suaves y duros, agudos y sordos, blandos y graves. ¿Qué sucedería del músico

que sólo amase alguno de ellos? Es preciso que sepa usarlos en común y mezclarlos y usar cada uno de sus tonos en el momento adecuado. Lo mismo debe ocurrir con toda persona en su peregrinaje de maduración; el bien y el mal están y estarán presentes de forma inseparable en nuestra vida.

Sólo la experiencia nos permite descubrir las paradojas en las que observamos una combinación de bien y de mal, que el bien en estado puro no existe en este mundo —de hecho nunca ha existido— y que si el mal no fuera posible, el bien no podría existir.

Recuerdo haber leído en algún lugar la historia de un juez que, poco antes de condenar a muerte a un asesino, reconoció en los ojos de aquel condenado sus propios impulsos criminales. Esta historia me conmovió de tal manera que me encaminó a una aceptación gradual de mis propias contradicciones. Esto ha favorecido el desarrollo de mi compasión. Antes rechazaba a las personas llenas de contradicciones; hoy en cambio, me parece algo extraordinario y hasta normal estos comportamientos en todo ser humano.

Vivir aceptando los pensamientos opuestos entre sí sin que se excluyan unos a otros, creer firmemente en el libre albedrío y en nuestra capacidad para influir en lo que nos rodea y a la vez abandonarnos en las manos de Dios, es lo que nos permite tener la

confianza de que todo lo que ocurre tiene sentido aunque no siempre lo entendamos. Es esta capacidad de abarcar los opuestos y las contradicciones de la existencia, lo que nos permitirá vivir plenamente aun cuando lo que ocurra no salga como lo habíamos previsto.

El aceptar las paradojas es lo que nos permitirá aumentar nuestro autoconocimiento y en consecuencia, aceptarnos de una manera más compleja y liberarnos de la culpa y la vergüenza por nuestros pensamientos y acciones negativas. Debemos encauzar constantemente de forma adecuada las emociones dañinas que aparecen cuando menos lo esperamos. Cuando esto acontece, es posible sanar nuestras relaciones con los demás, con nosotros mismos, así como vivir sin preocuparnos de los efectos de nuestras acciones una vez aprendida la lección.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

LA PALABRA COMO PARADOJA

Después de la cena, el amo, lleno de furia reprendió, a su esclavo Esopo:

—Ayer te dije que hoy tendría invitados muy importantes a cenar. Te pedí que compraras tres piezas de

la mejor carne... ¡Y me has traído lengua! El más barato de los cortes.

—Mi señor —contestó Esopo—, la lengua sirve para decir «Te amo», para nombrar a la persona amada, para perdonar y para repetir todo lo aprendido. ¿Existe una carne mejor?

A la semana siguiente, el amo mandó nuevamente a su esclavo al mercado:

—Esta noche se sentará a mi mesa uno de mis vecinos más detestados . Tráeme un pedazo de la peor carne que encuentres... Y no gastes demasiado, que no se lo merece.

Esopo salió a cumplir su orden y regresó al poco rato con su encargo.

—¿Qué es? —preguntó el amo.

—Lengua, señor—, contestó Esopo.

—¿Cómo? Hace una semana...

—La lengua —respondió el esclavo—, sirve para decir «Te odio», para traicionar y para ordenar asesinatos, para decir «No» y para repetir las frases más hirientes... Ciertamente, ¿existe una carne peor?

Muerte y vida dependen de la lengua, según se utilice así será el resultado (Proverbios 18,21).

No vemos las cosas tal y como son, las vemos tal y como somos nosotros (Anaïs Nin).

La alegría y la pena son inseparables; vienen juntas a nuestra casa; mientras una está a la mesa, la otra está durmiendo en nuestro lecho (Khalil Gibran).

Dios te lleva de un sentimiento a otro, y te enseña mediante contrarios; así que tienes dos alas para volar, no una (Yalal Ad-Din Rumi).

No hay luz sin oscuridad; no hay valor sin miedo; no hay cerca sin lejos; nada existe sin su opuesto (Wayne Dyer).

Cada vez que tratamos de alcanzar algo por sí sólo, lo encontramos amarrado a todo lo demás del universo (John Muir).

La angustiosa realidad es que la vida cotidiana del ser humano se halla atrapada en un complejo inexorable de opuestos: día y noche, nacimiento y muerte, felicidad y desdicha, bien y mal. Ni siquiera estamos seguros de que uno de ellos puede subsistir sin el otro, de que el bien pueda superar al mal o la alegría derrotar al sufrimiento. la vida es un continuo campo de batalla. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Si no fuera así nuestra existencia llegaría a su fin (Carl Jung).

Tómate unos minutos para pensar detenidamente en algo que de verdad te importa. Ese es un punto de vista, esa es tu experiencia, no es un pensamiento, sino una vivencia, una realidad tuya y no de toda la humanidad.



8. Humildad

Cuando me propuse escribir este libro, no sabía muy bien cómo acabaría, porque el sueño de escribir es una gran aventura, ya que podemos hacer muchos planes, pero luego llegan acontecimientos imprevistos que modifican todo lo que habíamos planeado. Así es la existencia del ser humano y así ocurre con todo proyecto en el que nos embarcamos.

En estos momentos, cuando me pongo a escribir este capítulo sobre la humildad, constato que es uno de los temas con los que más vengo luchando y con lo que tendré que batallar toda la vida. Así que este capítulo es el reflejo de mis propias reflexiones, vivencias, inquietudes, fracasos, transformaciones y esperanzas. En realidad, todo el libro es el reflejo de mi propio recorrido espiritual, pero el asunto de la humildad lo es muy especialmente por todo el esfuerzo que he venido realizando a lo largo de los años, ya

que lo he considerado fundamental en mi evolución espiritual.

He observado que cuando en lugar de ser humilde soy prepotente, altivo, soberbio, engreído y orgulloso, dejo de crecer y a la vez puedo hacer daño a los demás, por lo que con estas actitudes algunas personas se alejan de mí. Debido a la prioridad que he dado a este tema en los últimos años, este capítulo será uno de los más largos de este libro y seguramente el más testimonial.

En la sociedad en que nos ha tocado vivir, la humildad no goza de buena prensa, ya que tiene un resabio negativo y no resulta nada atractivo, y nos sugiere por lo general, la idea de empequeñecerse ante el otro, no confiar en uno mismo y menospreciarse. Percibimos la humildad como una actitud pasiva hacia la mayoría de acontecimientos que nos ocurren, por lo que a una persona humilde la consideramos inferior a otras, ya que no se valora, no toma iniciativas, no es arriesgada.

REFLEXIÓN BÍBLICA

El punto de referencia en cuanto a la humildad, así como en todo lo que concierna a la vida cristiana, no es otro que la vida y la enseñanza de Jesús. A modo de presentación de este tema, cito algunas de las muchas claves bíblicas y breves comentarios.

La vida de Jesús (Salvador, Maestro, Rey, Profeta, Señor, etc.) refleja la imagen del Mesías que vislumbran los profetas del Antiguo Testamento. El profeta Zacarías habla del Rey que vendrá con humildad y montado en un asno (Zacarías 9,9). Jesús se presenta ante sus contemporáneos como manso y humilde de corazón (Mateo 11,28).

Los apóstoles, que recogieron el testigo de lo que vivió y enseñó Jesús, aceptaron la humildad como parte de su seguimiento a Jesús.

El apóstol Pablo presenta a Jesús en la carta a los Filipense (2,5-8) como el Señor del universo que abandona todos sus derechos y se humilla hasta la muerte en la cruz.

El libro del Apocalipsis nos narra cómo, al final de los tiempos, el Señor de la historia es al mismo tiempo el Cordero inmolado, manso y humilde de corazón.

A lo largo del Nuevo Testamento Jesús invita a sus seguidores a considerarlo como referencia para su seguimiento. En su programa de lo que debe caracterizar la vida del Reino, la humildad aparece como un signo distintivo fundamental de todo cristiano (Mateo 5,3). Jesús propone a sus seguidores la humildad como norma de vida: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11,28). A la vez que recomienda a sus seguidores a

ser humildes, denuncia los signos de poder de los líderes de su tiempo.

El mismo apóstol Pablo, antes de presentar a Jesús como el Rey humilde, manifiesta a sus lectores: «Haya, pues en vosotros esta actitud que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2,5) y en la carta a los Gálatas presenta la humildad como una de las característica de la vida cristiana (Gálatas 5,2) .

En la Biblia la humildad es un signo de la salvación y de la nueva vida en Cristo. No se debe únicamente a un comportamiento dependiente de la voluntad humana ni tampoco al carácter o temperamento de una persona, sino a la obra del Espíritu Santo.

Juan Driver, en su libro *Militantes para un mundo nuevo*, habla de «Bienaventurados los humildes» y nos dice: «Esta visión es demasiado revolucionaria para que fuese aceptada por la iglesia a través de su historia. Si realmente captáramos esta visión, cambiaría nuestra escala de valores, nuestro estilo de vida e incluso (por qué no decirlo) una buena parte de nuestra vida y actividad eclesial. La persona humilde no es una persona apocada, ni a la que le falta espíritu para actuar».

El deseo de poder y mandar sobre otros ha sido (y sigue siendo) la gran tentación del pueblo de Dios a través de la historia. Sugiero que la humildad ha de

ser la manera de ser, de relacionarse con Dios, con uno mismo y con los demás. La humildad nos pone en guardia contra la arrogancia, la altivez y el orgullo, y nos recuerda, en última instancia, que Dios está al lado de los humildes, los ensalza y hace caer a los poderosos de su trono.

JESÚS, MODELO SUPREMO DE HUMILDAD

Después de la reflexión bíblica, pasamos ahora a algunas consideraciones prácticas sobre cómo se aplica esta enseñanza en la vida de todos los días. Como, a lo largo de este libro la vida y la enseñanza de Jesús es el paradigma de nuestro seguimiento, el texto por excelencia para empezar no puede ser otro que el relato que nos narra el evangelio de Juan, capítulo 13, donde Jesús lava los pies a sus discípulos y les enseña el mayor ejemplo de humildad en aquella época. Recordemos que eran los esclavos y los siervos quienes lavaban los pies a sus señores, como señal de reconocimiento, autoridad y sumisión. Lo hacían resignados; por miedo y obligación.

Pues si yo, el Señor y el Maestro, os lavé los pies, vosotros debéis lavaros los pies unos a otros (Juan 13,14).

Para Jesús, este acto tenía una importancia esencial que resume todo el sentido de su misión en la tierra. Con este hecho intentó comunicar cómo era él: un Dios humilde, siervo de todos y dispuesto a

inclinarse ante el más pequeño. Después de dar ejemplo, Jesús invita a sus seguidores a hacer lo mismo que él hizo.

Con esta acción simbólica, Jesús afirma abiertamente su identidad. Él no es un maestro más en Israel. Él es el Maestro, el Señor, aquel que, a lo largo de su vida, enseñó a sus discípulos el valor de la humildad y del servicio. Lo enseñó con palabras, pero sobre todo con sus hechos. El acto del lavamiento de pies es el ejemplo de toda una vida al servicio de los demás. Al hacerlo, está enseñando a los suyos los valores del nuevo Reino que él vino a inaugurar.

Por ello el camino de Jesús debe ser el recorrido de todos sus seguidores. Por esta razón, la humildad debe convertirse en uno de los valores supremos del creyente y todo aquel que quiere madurar como ser humano debe transitar por esta senda.

EL DIFÍCIL CAMINO DE LA HUMILDAD

No es natural ser humilde. Debido a nuestros miedos e inseguridades, optamos por lo seguro, lo previsible y lo que no nos causa molestias. Entonces, cerramos la puerta a la vulnerabilidad y a lo nuevo, a lo pequeño. Nos aferramos a lo que ya sabemos, conocemos y poseemos.

He podido observar en mi propio recorrido espiritual que la humildad es difícil y dolorosa. Pero, a la

vez, he experimentado que puede ser una de las mayores fuerzas de transformación; incluso me pregunto si una persona puede en verdad madurar sin ser humilde.

La humildad nos asiste en los momentos más difíciles, como cuando se descubre que no siempre se tiene razón. No es común darnos cuenta de que no somos tan inteligentes ni fuertes como creíamos. La humildad es un modo de ser, una actitud que está presente en todos nuestros pensamientos y acciones; es asumir nuestros límites; es reconocer ante los demás lo bueno y lo menos bueno que uno atesora. Aceptar que uno no es el centro del universo, que no es tan importante como pensaba. Todo esto puede ser doloroso, pero, a la vez, liberador. Confesar que se es una persona imperfecta como todos los humanos, puede ser desagradable, pero a la vez transformador.

Existen pruebas científicas que demuestran que cuanto más competitivos somos (ser más que los demás, mejores, más eficientes), estamos menos dispuestos a aprender; porque el esfuerzo de competir nos impide concentrarnos en la tarea de aprender.

La persona humilde no se prepara para ser más que los demás. No necesita triunfar para justificar su existencia. Sabe que otros son superiores a ella en muchos de los conocimientos de la humanidad,

incluso en aquellos que ella domina. No es nada sencillo ser humilde, ya que implica no tratar de ser lo que uno no es y que no se necesita ganar siempre y a toda costa para demostrar la valía.

MADURAMOS CUANDO SOMOS HUMILDES

Cuando demostramos nuestro saber en algún área del saber humano, causamos una excelente impresión a los demás. Hasta es posible que seamos de bendición o de ayuda al prójimo. Una persona que sólo conoce los triunfos, madura muy poco porque no ha descubierto la debilidad del ser humano. Se siente segura con aquello que sabe y que domina. Pero en esta fase de la vida, aprendemos poco sobre la humildad, ya que nos convencemos de que sabemos tanto que nos creemos que lo sabemos todo; pero lo cierto es que sólo cuando somos humildes estamos dispuestos a aprender a formular preguntas inocentes e incluso estúpidas.

Cuando se actúa con prepotencia, con desprecio hacia el prójimo, con orgullo de superioridad en cualquier disciplina del saber humano, la persona por mucho que sepa, se aleja de la humildad.

Los sabios de todos los tiempos nos enseñan que si se desea aprender, el mejor camino es el recorrido por la humildad. «Sé que no sé nada» es la frase de

todo hombre o mujer sabia, y yo diría que de toda persona en el camino de maduración.

Se ha demostrado que los estudiantes que piensan que saben poco y que les queda mucho por aprender son los más eficientes en lo que hacen. Ocurre muy a menudo que un estudiante que sobreestima sus conocimientos fracasa en un examen.

Los fracasos, en lugar de ser motivo de desánimo, si se contemplan con humildad, serán de mucha ayuda en el proceso de la maduración, porque después de un fracaso, nos volvemos más humildes.

¿CÓMO SABEMOS QUE ESTAMOS SIENDO HUMILDES?

La humildad en el día a día significa esforzarse por mejorar, porque uno sabe que no ha llegado a ningún sitio y sólo está en camino hacia la cima. Ser humilde va unido al deseo de aprender y de no considerarse maestro en nada, aunque los demás estimen que uno lo es. Humildad en la maduración es permanecer atento a lo que nos queda por conocer aún en las facetas de la vida en las que uno se considera un experto.

La humildad es no dar nada por sabido, es interrogarse continuamente sobre aquello que se sabe y sobre el bagaje espiritual y cultural que muy a menudo empieza a ser obsoleto.

Todos hemos observado a personas que se esfuerzan sin parar para demostrar lo intachables que son. No se contentan en ser cómo son, sino que están esforzándose continuamente en ser mejor que los demás y dando lecciones de perfeccionismo. Esto se convierte en el objetivo de su existencia. A estas personas, les cuesta gozar de la vida por su obsesión en demostrar la imagen de lo que en realidad no son. Debido a su afán por demostrar lo que no son ni saben, gastan tanta energía en esto que les queda muy poca para disfrutar, para aprender, crear, relacionarse con los demás de forma sana y mostrarse receptivas a las sorpresas que Dios nos tiene preparadas. La persona humilde no trata de demostrar su superioridad sobre otros ni de ganar una batalla, sino de disfrutar de la relación con los demás, en la que nadie triunfa, sino que todos ganan.

En la senda de la humildad no se alardea de los éxitos; y si se consiguen, se atribuyen a la gracia de Dios, a la ayuda de otras persona y las circunstancias. Se resiste a los grandes aplausos, porque no se necesitan para vivir.

La persona que madura con humildad, afirma: «Soy lo que soy, gracias a las personas que trabajan conmigo, escalando juntos montañas y construyendo unidos lo que estamos haciendo».

En el momento en que una persona se considera más importante que otra, rechaza la crítica constructiva y el aprendizaje continuo, deja de ser humilde. Posiblemente, nadie niegue este razonamiento, pero muchos viven de acuerdo con él.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

¿Puede el poder, como dominación sobre los demás, ir de la mano con la humildad?

El teólogo José María Castillo en su libro *El reino de Dios*, cuando trata el tema de poder y religión, enumera algunos de los signos de poder de los líderes religiosos:

- Vestirse de manera distinta, y por supuesto, más solemne que el resto de los mortales. (Mateo 12,38 y Marcos 12,38).
- Ser reverenciados en lugares públicos. Ser los primeros a los que había que saludar en los sitios más frecuentados por el pueblo. (Marcos 12,38).
- Ponerse en los primeros puestos, ya sea en las sinagogas o banquetes. Sentarse en los lugares reservados para personalidades distinguidas.
- Hacer todo para dar la impresión de ser personas intachables, que, según Mateo 23,5, era para llamar la atención.

El teólogo Antonio González en su libro *Reinado de Dios e Imperio*, nos habla del pueblo del Cordero y nos recuerda que el reinado de Dios, a diferencia de los imperios mundiales, no se caracteriza por la dominación y que las comunidades cristianas son las primicias de la nueva humanidad, donde la dominación de unos seres humanos por otros ha desaparecido.

Me atrevo a afirmar que esta propuesta de Antonio González, sólo es posible con la gracia de Dios y desde la humildad.

Leí (no recuerdo dónde) que uno de los dibujos de Goya muestra a un anciano agonizando y debajo dos palabras: «Sigo aprendiendo».

Quisiera decir lo que pienso y siento hoy, con la condición de que quizá mañana lo contradiga (Ralph Waldo Emerson).

La humildad es algo muy extraño. En el momento mismo en que creemos tenerla, ya la hemos perdido (Agustín de Hipona).

Las personas verdaderamente grandes no son aterradoras. Su humildad tranquiliza (Elisabeth Goudge).

El mayor don que podemos otorgarnos unos a otros es nuestra propia vulnerabilidad (M. Scott Peck).

Cuanto más grande es la isla del conocimiento, más larga es la costa del misterio (Houston Smith).

¿Recuerdas a alguna persona a la que has ofendido hoy? ¿Ayer? ¿Hace una semana? ¿Tienes la suficiente humildad para pedir perdón? ¿Y para modificar tu comportamiento?

¿Dejar al descubierto mis debilidades puede llevarme a una mayor humildad?



9. Perfección

Toda persona que transita en la senda de la maduración, en algún momento de este itinerario descubre que su meta es la maduración y no la perfección. Para ello, debe apoyarse en el poder de la bondad y la compasión hacia ella misma y hacia los demás, en lugar de los ideales y deseos de perfeccionismo.

En este mundo la perfección no existe, sólo acaecerá en su plenitud en el mundo nuevo del cual nos habla Apocalipsis 21,1-4. Considero que es de esta forma que debemos leer las palabras de Jesús en Mateo 5,48: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto». Debemos entender la perfección como un evento que sólo encontraremos al final del camino de la vida, que únicamente llegará a en su plenitud en el más allá y no en el más acá; que en esta tierra apenas vislumbramos algunos destellos de la perfección.

El apóstol Pablo se refiere a la perfección en la carta a los Efesios, cuando dice: «Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del hijo de Dios» (Efesios 4,13). No es realista esperar que todo en este mundo sea perfecto, pero sí que lo es madurar aprendiendo de las imperfecciones, mejorando en todo aquello que realizamos. A esto yo lo llamo crecimiento o maduración, no perfección.

La persona obsesionada con la perfección y no el crecimiento descubre (aunque no siempre) con amargura que no era realista con sus grandes sueños de no conformarse con menos que lo perfecto para uno, para los demás y para el mundo. La realidad, por mucho que nos pese, es que en este mundo nada es perfecto: lo óptimo siempre tiene defectos; las equivocaciones de uno y de los demás son parte de la condición humana.

La persona que madura reconoce que no ser perfecta no es un fracaso, que no siempre lo hace todo bien, que no siempre está acertada, que no siempre tiene razón, que no siempre toma las decisiones acertadas y que declarar la guerra a todas las formas de imperfección en uno, en los demás y en el mundo es un camino suicida, una esclavitud, una prisión de espíritu.

La maduración no tiene como meta encontrar un mundo de ensueño, donde todo es perfecto, sin

ninguna contaminación por las fuerzas del mal y donde la persona que busca un mundo perfecto lucha a capa y espada para conseguirlo.

La madurez consiste en aceptar de forma pacífica la condición humana, que es débil, que reconoce que todos funcionamos por ensayo y error, por lo que la respuesta más sabia a la imperfección, además de la bondad y la misericordia, es disfrutar de todo lo que Dios nos da en este mundo, más que alcanzar la perfección. Cuando esto acontece, muy a menudo la sorpresa es grande, ya que todo ocurre mejor que cuando se pretende alcanzar lo perfecto, que es estresante y desmoralizante y con consecuencias desastrosas para uno mismo y en la relación con los demás.

Como el humor es parte de nuestra existencia, me atrevo a afirmar que doy gracias a Dios por no ser perfecto, ya que, de serlo, dejaría de crecer, de madurar, de sorprenderme de lo que me sucede y, lo que sería más grave, no podría vivir con nadie imperfecto, y por descontado, nadie podría vivir a mi lado.

Madurar es dejar de perseguir el perfeccionismo en uno mismo y en los demás; cesar de buscar una intensa pureza en todo; y considerar la bondad y la compasión el objetivo a alcanzar, en lugar del perfeccionismo.

La persona que no busca la perfección, sino la madurez, tiene, como punto de arranque y de meta abrir su corazón al amor y la compasión hacia este mundo imperfecto, sembrando alrededor suyo simientes de esperanza y de confianza, sabiendo que un día todo será perfecto. Este día no llegará probablemente según nuestros deseos, ni de la forma que hemos imaginado, pero una vez, que sembremos las semillas de bondad y de compasión, hasta es posible que veamos algunos brotes y señales de esa perfección en nosotros y en los demás.

Con esta mirada de bondad y de compasión (la mirada con la que Dios contempla toda su creación) el sufrimiento humano se puede convertir en relaciones de esperanza, de confianza y de colaboración en este mundo imperfecto.

La bondad y la compasión no hacen mucho ruido, pasan la mayor parte del tiempo desapercibidas porque no hay muchas palabras, no son grandes acciones televisadas, ni intentos de convencer a los demás de lo que uno cree y desea. Soy muy consciente de que estos pensamientos suenan raros e impopulares, ni siquiera son atractivos. Influenciados por la sociedad actual, donde queremos resultados instantáneos, espectaculares y poderosos, parece que esto es lo verdadero y lo que se vende. Lo sencillo y lo pequeño no tiene cabida.

Es en esta práctica no idealista, cuando lo divino puede brillar en medio de las imperfecciones humanas. Es en acciones de bondad y compasión hacia todo lo que nos acontece en el día a día, que la crítica y la culpa desaparecen, puesto que la persona en el camino de la maduración no busca perfeccionar el mundo ni a los demás, sino vivir el amor y la bondad hacia todo aquello que encuentra a su alrededor.

El monje y poeta Thomas Merton, un hombre de una espiritualidad poco común, refiriéndose a la bondad comenta en uno de sus libros: «Si sólo pudiéramos vernos los unos a los otros de este modo, no habría razones para la guerra, para el odio, ni para la crueldad». Considero que los fracasos no consisten en no alcanzar la perfección, sino en no aprender nada de ellos.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

¿DÓNDE SE HALLA LO PERFECTO Y LO IMPERFECTO?

Un hombre se paró en una gasolinera y le preguntó a un empleado:

—¿Cómo es la gente de este pueblo? Estoy pensado en venirme a vivir aquí y me gustaría saber con antelación qué clase de vecinos me voy a encontrar.

El empleado de la gasolinera le contestó:

—¿Cómo son sus vecinos del pueblo en donde usted vive?

El hombre respondió:

—Son cotillas, desagradables, nunca tienen una palabra amable para nadie, egoístas, poco dados a ayudar a los demás.

—Vaya —contestó el empleado—. Siento decirle que aquí se encontrará más o menos la misma clase de personas que en su pueblo. Le recomiendo que siga buscando.

Al cabo de unos días, se paró otro hombre en la gasolinera e hizo la misma pregunta al mismo empleado:

—¿Qué clase de personas viven en este pueblo?

Y de nuevo, el empleado le contestó:

—¿Qué clase de personas vive en el pueblo donde usted reside?

—Gente afable, cariñosa, servicial, maravillosa— contestó el hombre.

El empleado le respondió:

—Aquí, en este pueblo, encontrará esa misma clase de personas.

No seas más virtuoso de lo que tus fuerzas te permitan. No te exijas nada que sea inverosímil (Proverbio chino).

Se tarda lo mismo en ver el lado bueno de la vida que en ver el malo (Jimmy Buffet).

La medida de la salud mental es la predisposición a hallar lo bueno en todas partes (Ralph Waldo Emerson).

Jamás tendremos amigos si esperamos encontrarles sin defectos (Thomas Fuller).

Si quieres montar en una mula sin defectos, acabarás siempre yendo a pie (Miguel de Cervantes).

Toda desmesura es del diablo (Anselm Grün).

- Parábola del fariseo y el publicano: Mateo (18,9-14).

ALA BÚSQUEDA DE LA PERSONA PERFECTA

Un día, un anciano se encontró con un amigo bastante más joven, que le preguntó si había pensado alguna vez en casarse. El anciano le dijo que hacía años había decidido casarse y se puso a buscar la mujer perfecta.

—Viajé por toda Europa hasta que, por fin, en París encontré a una bella, encantadora e inteligente mujer. Pero desgraciadamente pronto me di cuenta que era muy inconstante y un poco egoísta. Viajé a la India, donde conocí a una mujer que tenía un alma buena y generosas,

pero no teníamos aficiones en común. Viajé entonces a China, donde encontré una mujer que me cautivó por su sencillez y por su ternura. Sin embargo, era una mujer viuda y yo no podía casarme con una mujer viuda. Finalmente, viajé a Estados Unidos y allí encontré a la mujer perfecta: espiritual, bella, culta, algunos años más joven que yo. Realmente no le faltaba nada, era perfecta en todo. Me pareció haber encontrado la mujer de mis sueños, teníamos todo en común. Tenía delante de mí la mujer que había buscado toda la vida.

—¿Te casaste con ella? —preguntó el joven.

—Por desgracia, no —contestó el anciano—. Resulta que me rechazó porque ella también buscaba al hombre perfecto.

Reflexiona. ¿Puedes plantarte la posibilidad de que la imperfección forma parte de nuestra existencia y de que el intento de ser perfecto en todo es una quimera y está condenado al fracaso?



10. Riesgos

La necesidad de seguridad es una de las principales fuerzas motivadoras que llevan al ser humano a buscar un puesto de trabajo estable, a protegerse contra todos los peligros que le puedan amenazar. Todos los sistemas de alarma con los que vivimos diariamente son una metáfora de nuestra necesidad mental de seguridad. Las cámaras de vídeo que nos vigilan en los aeropuertos, en los grandes centros comerciales, las puertas que funcionan con control remoto y que parecen decirnos: «Detente. ¿Quién eres?», los detectores de objetos metálicos en los aeropuertos, etc. Todos son medios para darnos seguridad, para garantizarnos que no corremos peligro alguno. Con estos mensajes, se nos está comunicando que alguien externo a uno mismo vigila por nuestra protección. Las compañías de seguros ganan auténticas fortunas ofreciendo seguridad a la gente.

Pero todos los días constatamos que no todo es controlable, por lo que podemos afirmar que no se puede madurar si se quiere tener todo controlado. El proverbio «Quien no se arriesga, no cruza el río», nos indica que la maduración humana entraña riesgos y peligros. Por esta razón muchas personas no maduran, porque no están dispuestas a vivir en la inseguridad. El no exponerse para evitar los peligros, no es más seguro, a largo plazo, que exponerse a ellos; porque la vida, o bien es una aventura sorprendente, o deja de ser significativa. Es evidente que un cierto grado de recelo de prudencia es necesario, ya lo dijo Jesús: «Sed prudentes como serpientes»; pero esta prudencia no implica ir por la vida desconfiando de todo, porque el riesgo es parte de la naturaleza humana y sin riesgo no hay maduración.

El ejemplo más sencillo lo observamos en el crecimiento de un niño. Un niño no podría madurar sin enfrentarse a los riesgos y esto lo hace de forma natural e instintiva, aunque muchas veces tenga que sufrir las consecuencias de su aprendizaje; pero es el peaje que debe pagar para madurar como persona.

Normalmente arriesgarse implica encarar situaciones nuevas y desconocidas. El miedo a lo ignorado dificulta el riesgo, porque buscamos garantías y certezas. Una persona que madura, asume que lo encubierto forma parte de su crecimiento y acepta

este desafío a pesar de la oscuridad, y de no saber qué ocurrirá la mayor parte de las veces.

Lo que en muchos momentos llamamos falta de oportunidades, es el miedo al peligro que nos impide percibir las y aceptarlas. La mayoría de las veces en las que debemos actuar, es mejor arriesgarse y experimentar las consecuencias de una decisión que nos parece la correcta, que permanecer al margen temiendo que las cosas no salgan bien.

Cuando pensamos en arriesgarnos, la pregunta es: ¿Seré capaz de lograrlo? El riesgo muchas veces consiste en jugársela todo a una carta, sabiendo que los imprevistos y los misterios pueden aparecer a la vuelta de la esquina. Cuando una persona se arriesga, acepta un átomo de locura, de sin sentido. Dar por buena la aventura, supone no saber ni dónde ni cuándo terminará el recorrido.

LA HISTORIA DE ABRAHAM, MODELO DE RIESGO

El autor de la carta a los Hebreos (11,8-12) presenta a Abraham como modelo de fe, prototipo de un hombre que asumió el riesgo de obedecer una llamada misteriosa que emerge desde la profundidad de la fe. Esta llamada invita a Abraham a confiar contra todo sentido común, e incluso en muchos momentos contra las leyes de la naturaleza (el nacimiento de su hijo Isaac es el mayor ejemplo).

Esta llamada de Dios le ordena iniciar un camino sin calcular el precio. Si tenemos en cuenta la situación de seguridad en la que vivía y sus setenta y cinco años, ponerse en camino (Génesis 12,4) hacia un mundo incierto, sin una certeza de lo que le esperaba, no cabe ninguna duda de que era una decisión de alto riesgo, para él y para todos los suyos. Después de oír el llamado de Dios, Abraham abandonó lo que tenía (que era mucho) y obedeció a la voz misteriosa de Dios sin saber lo que acontecería.

El riesgo está en estrecha relación con la confianza. Confiar en otra persona es asumir la inseguridad que ésta corresponderá a la confianza que se ha depositado en ella. Confiar es arriesgarse. Si se confía en un amigo, uno se expone a ser decepcionado y hasta traicionado. Abraham demuestra su confianza en Dios, al que considera digno de fiarse.

A la vez, la confianza le situó en una posición de vulnerabilidad, ya que dejó atrás toda su seguridad, para creer en lo que no veía. Esta fragilidad da valor a la aventura, a la confianza de Abraham, porque, si la confianza no comporta ninguna inseguridad, deja de ser una creencia. Es por el riesgo por lo que la confianza se convierte en una decisión audaz. Aceptar ponerse en camino hacia lo desconocido es asumir la inseguridad y sin este riesgo no se avanza, no se crece, no se madura.

NUESTROS RIESGOS Y NUESTRA CONFIANZA EN EL SEÑOR

Jesús eligió para él y sus seguidores el camino del riesgo, consciente de que una vida plena y fecunda incluye riesgo, cruz y, a menudo, fracasos. Por eso, anuncia sin rodeos que envía a sus discípulos como ovejas entre lobos. En la pedagogía de Jesús, el riesgo y el sufrimiento (escogidos por la persona) son necesarios para el triunfo final. Preguntémonos: ¿Cuál es nuestra actitud ante el riesgo? ¿Lo hemos integrado a nuestra vida como necesario e incluso como la clave de nuestra maduración?

En la base del riesgo está la confianza, el abandonarse, el asumir que, para madurar, se debe renunciar la mayoría de las veces a las seguridades a las que nos agarramos. Cuando confiamos, sabemos que nos exponemos a todo tipo de imprevistos; pero también el fiarse de uno mismo, de los demás y de la bondad de Dios, constituye la esencia de nuestro peregrinaje en este mundo.

Entregarse a Dios y depositar en Él nuestras angustias ante lo incierto del camino, es uno de los riesgos menos comprensibles para la persona racional de nuestro tiempo. Nada evita la inquietante sensación de salto en el vacío. Sólo la fe nos alumbrá para saber que, detrás de todo, está Él sosteniendo y cuidando a sus criaturas. El caminar con Dios es un

riesgo que modifica todo lo previsto. Es una aventura peligrosa que nos embarca en lo desconocido de Dios y de nosotros mismos, que deshace y reconstruye permanentemente nuestras seguridades. El riesgo de la confianza con Dios es la capacidad de vivir en una locura osada por aquel que nos ha amado, la capacidad de fiarnos de Él en los momentos de especial soledad, oscuridad...

Sin riesgos, no hay maduración, no hay recompensa y a su vez, el verdadero riesgo se encuentra en una vida sin riesgos, porque no hay ningún juego en el que se pueda ganar si no se juega.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

Los héroes del riesgo (Hebreos 11,1-40).

Es mejor actuar y fracasar, que no haber actuado jamás (Wayne Dyer).

El barco está seguro en el puerto, pero está hecho para navegar (William Shedd).

No arriesgarse en esta vida significa poner en peligro la propia alma (Sören Kierkegaard).

En medio del camino de la vida, me desperté encontrándome solo en un oscuro bosque (Dante Alighieri).

Arriesgarse es perder el equilibrio momentáneamente. No arriesgarse es perderse a uno mismo (Soren Kierkegaard).

Acercaos al abismo les dijo. Tenemos miedo, respondieron. Acercaos al abismo, les dijo. Se acercaron. Él los empujó... y salieron volando (Gustave Apollinaire).

LA META

*Hay que llegar a la cima, arribar a la luz,
darle un sentido a cada paso...*

*Hay que subir por la calle ancha
y dejar atrás el horror y los fracasos.*

Y cuando entremos cantando por la cumbre,

*Recién entonces... estirar las manos hacia abajo,
para ayudar a los que quedaron rezagados.*

—Hamlet Lima

¿ Me encuentro tan incómodo con la incertidumbre que me aferro a la primera excusa para librarme?



11. Generosidad

Cada vez que reflexiono sobre algún tema bíblico, acostumbro a consultar los diccionarios bíblicos que dispongo y esta vez me ha sorprendido no encontrar en ninguno (ni católico ni evangélico) la palabra «generosidad».

Mi primera reacción (que posiblemente no sea justa) ha sido pensar que la generosidad no forma parte ni de la teología cristiana ni de los valores cristianos. Pero, leyendo los evangelios y, sobre todo, las parábolas de Jesús, me llama la atención la importancia que Jesús da a este asunto. Y de hecho, quiero usar para este capítulo cuatro parábolas de Jesús muy conocidas referente a la generosidad

Las parábolas son el género literario que Jesús escogió para hablarnos del Reino de Dios; Reino en el que la generosidad es uno de los componentes fundamentales de su mensaje.

En tres de estas parábolas, Jesús intenta comunicarnos la generosidad del Padre.

Empezamos este capítulo, entonces, con algunos breves comentarios de estas cuatro parábolas:

PARÁBOLAS DE JESÚS ACERCA DE LA GENEROSIDAD

Parábola del hijo prodigo (Lucas 15,11-32). Entre las muchas lecciones que enseña esta parábola, una fundamental es la generosidad del padre hacia su hijo menor, que vemos reflejada en el perdón que el padre ofrece sin antes escuchar el arrepentimiento del hijo y, sobre todo, en la fiesta que prepara para el hijo perdido. Esta acción supone un escándalo para su hijo mayor, el cual no entiende la generosidad de su padre, después del derroche de los bienes de su hermano. Pero así es el Padre Dios con sus criaturas: generoso, sin que lo merezcan.

Parábola de los obreros de la viña (Mateo 20,1-16). Esta parábola nos desconcierta, y hasta nos parece injusta, ya que, a la hora de la retribución a los jornaleros, el amo empieza con los últimos que empezaron a trabajar y a quienes les paga de forma generosa, mientras que los que han trabajado durante todo el día reciben según el salario convenido. Con ésta parábola, Jesús enseña que Dios no trata a las personas según sus méritos, sino a partir de la

generosidad. Así es Dios con todos nosotros: generoso sin que lo merezcamos.

Parábola del buen samaritano (Lucas 10,30-37). Esta parábola nos sorprende porque conociendo las costumbres en aquella sociedad, las relaciones entre judíos y samaritanos, que un judío recibiera una ayuda tan generosa y hasta arriesgada precisamente de su mayor enemigo era algo inimaginable.

Así es Dios con todos nosotros: cuando seamos enemigos de Él, siempre será generoso aunque no lo merezcamos.

Parábola sobre la avaricia (Lucas 12: 13-21). Esta parábola nos habla de lo opuesto a la generosidad. El hombre de esta parábola muestra con su egoísmo su manera de entender su existencia: «Mis cosechas, mis graneros, todo mi grano, todos mis bienes, mi alma». La no generosidad de este hombre contiene tres componentes. El primero es que considera que todo lo que tiene ha sido debido a su único esfuerzo. El segundo, la consecuencia lógica de su forma egoísta de vivir y la soledad absoluta en la que se encuentra es que no aparece ningún ser humano cerca de él. El tercer componente de esta historia es que no había previsto que tenía todo, menos el control de su propia vida.

Este hombre no es capaz de disfrutar de los bienes que dispone, ni de compartirlos con los demás, y se

olvida de lo más esencial en este mundo, que es disfrutar y compartir con los demás lo que se posee. No puede disfrutar porque no es dueño de su riqueza, sino que la riqueza es dueña de él.

Esta historia nos recuerda que somos como los niños que construyen unos castillos de arena en la playa. Cada uno tiene su castillo. Cada uno tiene su territorio. Y se sienten importantes: «¡Es mío! ¡Es mío!». Incluso se enzarzan en peleas, se declaran la guerra, dejan de ser amigos. Cuando los niños regresan a su casa, se olvidan de sus castillos de arena y se van a dormir. Entre tanto, la marea alta destruye sus creaciones. Nuestros bienes tan preciados son como los castillos de arena. ¿No es absurdo que nos aferremos tan seriamente a nuestras posesiones, que hoy las tenemos y mañana han desaparecido?

Esta historia nos recuerda igualmente que la generosidad de Dios no cabe en una persona que sólo está llena de ella misma.

Relacionando esta parábola con el tema de la madurez cristiana: Este tipo de persona sería el prototipo de la absoluta inmadurez.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA GENEROSIDAD EN RELACIÓN CON LA MADUREZ

La generosidad puede manifestarse en tres formas diferentes.

Generosidad interesada. Es la generosidad que va acompañada de una mirada al futuro. Es posible que esta sea inconsciente, pero no por ello deja de estar presente en las muchas veces que somos generosos. Damos porque quizás mañana lo podamos necesitar nosotros. Esta generosidad es como una despesa en la que ponemos lo que nos sobra para cuando lo necesitemos. La despesa es el otro.

Podemos observar este tipo de generosidad en la facilidad con que somos generosos con aquellos que tienen más que nosotros. Sin percatarnos de ello, somos menos generosos con aquellas personas que tienen menos que nosotros o que no tienen nada. La razón esencial es que pensamos que los que no tienen nada difícilmente serán generosos con nosotros cuando lo necesitemos. Esta forma de ayuda al prójimo es una generosidad de disfraz, que tiene a largo plazo fines egoístas.

Generosidad fraternal. Esta generosidad está dirigida hacia aquellos que nos son queridos, que tenemos cerca, que sabemos que valoran lo que ofrecemos y que, por supuesto, también confiamos en que si un día lo necesitamos seremos recompensados.

Por supuesto, esta generosidad es buena y necesaria; es el compartir de hermanos y hermanas. Es lo natural, es parte de la vida de los humanos. Pero

como dijo Jesús: «¿Qué hacéis más que otros?» (Mateo 5,46-47).

Generosidad genuina. Esta generosidad se manifiesta de múltiples formas. Es una generosidad que no mira quién es el otro (parábola del buen samaritano). Va más allá del color de la piel, la religión, el estatus social del otro.

Considero que esta es la generosidad de toda persona madura y que nace de un sentido de plenitud de la persona. Esta generosidad se manifiesta cuando la persona ha descubierto que sus posesiones y riquezas internas son muchas y más amplias que las externas. Es la convicción de que los recursos internos que no son materiales nunca se agotan.

Por esta razón la generosidad se convierte en una forma de vivir. No es un acto desprendido que aparece en un momento concreto lleno de emoción, o que se ofrece sólo cuando a uno las cosas le han ido bien. La persona es generosa cuando tiene poco, como cuando tiene mucho, porque no depende de lo que posee. Es una forma de existir, porque la generosidad es, por definición, desinteresada.

Cuando una persona es generosa, concede menos importancia a los bienes materiales y más a las personas, porque no es una ventaja material, sino una revolución interior.

Se necesita mucha madurez para ofrecer este tipo de generosidad, porque es arriesgada; pero cuando una persona decide serlo ya no hay vuelta atrás, porque concede menos importancia a los bienes materiales y más a las personas.

LOS MUCHAS RASGOS DE LA GENEROSIDAD

Todos podemos ser generosos. Nadie puede decir que no tiene nada para ofrecer.

Está al alcance de la mano de todos. No necesitamos ningún tipo de formación ni de conocimientos especiales o técnicos para ser generosos.

A continuación presento una lista indicativa, aunque no limitativa, de las múltiples formas de ser generosos con los demás.

La generosidad puede darse dedicando tiempo a los demás, donando de un libro que ya hemos leído, dando una parte de nuestro dinero, de nuestros bienes materiales; así como también con servicios espirituales. Podemos serlo en el perdón. Jesús, en la cruz, pidió al Padre por los que le crucificaban: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Esta oración de Jesús es tan generosa que incluso pide al Padre que excuse a los que lo están crucificando, porque no saben lo que hacen.

No hace mucho, una persona muy cercana me comentaba lo bien que se sentía después de desprenderse de algunas posesiones que ya no necesitaba.

En este momento que estoy escribiendo, estoy siendo generoso con las personas que leerán este libro. Nunca imaginé que un día me pondría a dejar mis pensamientos por escrito, pero, una vez superado el miedo al ridículo, de no hacerlo bien y aprendiendo día a día el arte de ser un buen comunicador por escrito, me doy cuenta de que debo dar lo mejor de mí mismo, para que mis pensamientos puedan enriquecer e inspirar a otras personas. Esto es también generosidad. Esta manera de entender nuestra relación con el prójimo nos transforma y nos permite contribuir al sueño de un mundo más altruista y más amable.

Pero, sea cual sea el gesto altruista que realicemos, existe un requisito indispensable para la generosidad y es la gratuidad, que es no esperar nada a cambio. Porque la generosidad por deber, por obligación, por mala conciencia, por esperar ser recompensado o reconocido, para que el otro nos diga «¡Qué generoso has sido!», a lo largo nos perjudicará porque no siempre se nos reconocerá lo realizado.

La generosidad no debe darse en el contexto de la culpa, de la deuda, de crear dependencia hacia uno, de demostrar nuestra superioridad, bondad, etc., sino

como un don gratuito que genera libertad; debe ser la bondad en estado puro.

La generosidad toca lo más profundo de nuestro ser, porque en última instancia afecta a nuestro sentido de la propiedad. La parábola del hombre avaro nos recuerda el valor de lo que poseemos. Si consideramos que lo que tenemos es nuestro, que lo hemos ganado sólo con nuestro esfuerzo, estamos apegados a nuestras pertenencias y difícilmente podemos ser generosos. Cuando no lo somos, perdemos una parte de nosotros mismos y posiblemente mucho de la generosidad de Dios.

La generosidad es dar más de lo que la otra persona espera. Me pregunto si es esto lo que Jesús enseñó en el Sermón del Monte, y muy concretamente en Mateo 5,38-42. Afirmo, por experiencia, que la generosidad nos transforma, nos hace más humanos, más maduros, más auténticos, más desprendidos y, hasta algunas veces, produce milagros (Lucas 9,10-17).

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

GENEROSOS CON EL FUTURO

En una ocasión un beduino llamado Abdul, caminando por el desierto, divisó a lo lejos un oasis en cuyo interior relucía una laguna rodeada de vegetación.

—*Qué bien!* —exclamó *Abdul*—. *Ahora podré saciar mi intensa sed.*

Se dirigió, pues, al vergel. Pero, cuando se estaba aproximando a él, divisó a un hombre viejo inclinado al lado de la laguna excavando en la tierra, mientras sudaba profundamente.

—*¡Buen hombre!*— comenzó a modo de saludo *Abdul*—. *¿Qué haces cavando pozos con ese afán en este día de tan caluroso?*

El viejo levantó la vista y le respondió:

—*Estoy plantando semillas para que crezcan higueras.*

—*¿Qué dices?* —inquirió a su vez *Abdul*—. *¿Para qué harías una cosa así, si tú nunca verás los frutos, ya que las higueras tardan muchos años en crecer? ¡Ven refréscate en la laguna y olvida esas pesadas tareas!*

—*Pues, aunque es verdad que yo no los veré crecidos* —respondió el viejo—, *ni espero probar yo mismo los higos, planto estos árboles para que, un día, algún otro pueda saborear sus frutos, del mismo modo que hoy estoy disfrutando de los frutos que sembraron otros antes que yo.*

LAS CONSECUENCIAS DE LA NO GENEROSIDAD

Un operario de la construcción ya estaba en condiciones de jubilarse. Le contó a su jefe sus deseos de

terminar el trabajo de la construcción y vivir una vida más tranquila con su familia, y le dijo que extrañaría su trabajo porque le gustaba, pero que consideraba que ya era hora de descansar.

El jefe lamentó que se jubilara y le preguntó si podría construir sólo una casa más, como un favor personal. El operario de construcción contestó que sí, pero fue fácil observar que su corazón ya no estaba en su trabajo. Utilizó ayudantes no cualificados y materiales de baja calidad, todo con el propósito de acabar cuanto antes, sin importarle mucho cómo quedaría al final la casa. Era una manera de terminar su profesión.

Cuando el operario de la construcción terminó su trabajo y su jefe fue a inspeccionar la casa (que ni siquiera lo hizo, por la confianza absoluta que tenía en su operario), al recibir las llaves de la casa, el jefe las tomó y le dijo:

—Esta es tu casa. Es un regalo por todos los años trabajados a mi servicio.

¡Qué golpe! ¡ Qué vergüenza! Si hubiese sabido que estaba construyendo su propia casa, la habría hecho de otra manera (como siempre lo había hecho); pero ahora tendría que vivir en una casa mal construida.

La moraleja de esta historia es bien sencilla: «Cosechamos lo que sembramos». Si sembramos

generosidad, tarde o temprano recogeremos generosidad.

La verdadera generosidad para con el futuro consiste en entregarlo todo al presente (Albert Camus).

Hay quienes poseen poco y lo dan todo. Estos son los que creen en la vida y en su generosidad; su cofre jamás se verá vacío (Khalil Gibran).

La vida nos ha sido dada, y sólo dándola la merecemos (Rabindranath Tagore).

Juega a dar, no hay juego más divertido. Gástate, piensa, canta y actúa. Que la heredad ingrata de la muerte, encuentre los baúles vacíos cuando venga a reclamar su parte, que sólo encuentre los restos de una fiesta y la morada abandonada (Lanza Del Vasto).

¿Estoy dispuesto a tener en cuenta que puedo hacer por los demás en lugar de vivir de forma egoísta?



12. Manos abiertas

Una característica importante de la madurez es la capacidad de entrega y servicio al prójimo. Ayudar a los demás se halla en de todas las convicciones religiosas y seculares, es patrimonio de la humanidad. Ayudar al prójimo cuando lo necesita es el precio que tenemos que pagar por vivir en este mundo. Este precio nunca debería ser una carga, sino un privilegio que se nos otorga a todos los seres humanos. La mayoría de las veces, el servicio al prójimo pasa desapercibido, es poco espectacular. Raramente sale en los medios de comunicación porque no vende, ya que se manifiesta en pequeñas acciones cotidianas que no parecen evidentes, pero en muchas ocasiones son de gran ayuda para quien lo necesita.

En el mundo en que nos ha tocado vivir se buscan (en la mayoría de los ámbitos de la vida, incluso en la espiritualidad) experiencias intensas porque conside-

ramos que en ellas que se encuentra el secreto de la plenitud de la vida. Pero muy pocas son las personas que se paran a valorar los muchos y pequeños detalles de servicio que se nos presentan en los acontecimientos de todos los días.

Es un hecho que nuestros actos cotidiano (muy a menudo, los más pequeños) hablan por nosotros, ya que con los actos comunicamos a los demás lo que creemos.

JESÚS, MODELO DE MANOS ABIERTAS

Para la persona que quiere madurar, Jesús debe ser el espejo de manos abiertas donde uno se observa. Al pensar en el servicio o la ayuda que una persona ofrece a otros, la referencia para esa ayuda deben ser la vida y la enseñanza de Jesús.

Todo lo que el texto bíblico nos dice acerca del servicio de Jesús debe iluminar lo que debe ser nuestro servicio al prójimo. Aunque nunca llegaremos a hacerlo de forma plena como lo hizo Jesús, él debe ser el modelo a seguir.

Un servicio ejemplar. Jesús no sólo habló del servicio sino que él mismo, a lo largo de toda su vida, sirvió a los demás en las necesidades que planteaban. El Padre le encomendó la misión más importante que jamás un hombre pudo haber tenido. Esta

misión no era otra que el anuncio del evangelio, y para realizar esta misión adoptó la forma de siervo.

El servicio en la vida de Jesús no se limitaba a un horario, ni a un lugar específico designados a tal efecto, sino que aparece sirviendo en situaciones inoportunas e imprevistas. Muchos quisieron pagarle el servicio que él ofrecía, como cuando realizaba milagros e intentaron de hacerle rey. Jesús sirvió y su única demanda hacia aquellos que sirvió fue que, si querían seguirle, debían servir como él.

Este servicio ejemplar ilumina lo que debe ser la ayuda hacia los demás de una persona que madura. Debe contemplar en su agenda diaria, semanal o mensual, espacios reservados para otros. Debe pensar y actuar de forma organizada hacia aquellos que necesitan esa llamada telefónica, esa visita o esa carta, porque lo están pasando mal. Hay muchas personas que están solas, enfermas o que simplemente requieren un tiempo de relación. Cuando no se planea la ayuda sino que se deja para cuando aparezca la oportunidad, es muy posible que no llegue nunca. Organizar la vida de ayuda a los demás es parte de la vida de una persona que está en el camino de la maduración.

Un servicio integral. Con frecuencia, los cristianos nos sentimos paralizados frente al dilema de servir a las necesidades humanas o espirituales. Tal separa-

ción es ajena a la enseñanza de Jesús. Cuando los discípulos proponen a Jesús despedir a la multitud hambrienta después de escuchar su enseñanza, él desecha esta opción y satisface sus necesidades inmediatas, multiplicando los panes y los peces por el poder de Dios. Él entiende las necesidades humanas y hace lo necesario para satisfacerlas. En varias ocasiones, descubrimos a Jesús atendiendo a los enfermos, movido por la compasión. Él no sólo enseña, sino que va de lugar en lugar sanando toda enfermedad. Su preocupación por el dolor y el sufrimiento humano le lleva a acercarse a la gente para ofrecerles palabras llenas de esperanza. Jesús también provee salud en el área social, cuando ayuda a aquellos cuyas relaciones sociales se han roto. Al sanar a un leproso, no sólo le libera de la enfermedad, sino que se atreve a realizar lo prohibido: le toca, manifestando así su aceptación total y su cercanía.

A aquellos cuya sed no puede ser satisfecha con agua, Jesús les ofrece el agua viva del Espíritu de Dios, sabiendo que las necesidades del ser humano no se agotan sólo en los aspectos materiales. Jesús no hacía diferencia en cuanto a las necesidades de la gente, sino que actuaba ante ellas, fueran del tipo que fueran. El servicio para Jesús era una señal del Reino de Dios, las señales de un nuevo mundo.

Seguir los pasos de Jesús. Servicio, una palabra con la que todos estamos familiarizados, pero cuyo uso deja mucho que desear, pues la utilizamos para todo. Algunos ejemplos: en la ruda competencia de los negocios, cuando intentamos convencer al cliente de que el único propósito es servirle. Muy a menudo, la encontramos en los labios de nuestros líderes políticos, al justificar sus actuaciones argumentando que su objetivo es servir al pueblo. Los grandes señores de la guerra cuando invadieron Irak, interpretaron su acción como un servicio a la humanidad matando a miles de personas. También ocurre que médicos y enfermeras se refieran prestar un servicio a los enfermos, cuando tantas veces deja mucho que desear.

Todas estas expresiones pretenden comunicar que es bueno ayudar al prójimo. Pero, ¿de dónde viene este concepto tan importante en nuestros valores sociales y personales? ¿Estamos diciendo lo mismo que Jesús, el Señor y Maestro, intentó transmitir a sus seguidores?

En el mundo en que nació Jesús, el servicio era menospreciado. Para la cultura dominante de la época, el servicio nunca fue un camino deseable y, mucho menos, agradable. El servicio era una tarea que correspondía a los esclavos. Mandar y no servir era lo propio del hombre (como lo es hoy), pues no

podía ser feliz si debía servir a otros y menos por obligación. Sin embargo, Jesús, el hijo de Dios, el Señor de la historia, describió su misión en la tierra como un servicio: «Porque el Hijo del Hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate de muchos» (Marcos 10,45). Con esta declaración, Jesús está exponiendo a sus discípulos: «Yo no soy el salvador que vosotros esperáis. No soy un rey que basa su reinado en el mando sobre otros, sino en la entrega de mí mismo por los demás». Esta manera de ser rey no encaja con los modelos de ser rey de los discípulos, como tampoco con la norma de lo que es un líder en nuestro mundo.

Para Jesús este servicio consistía en amar y servir al prójimo, en estar atento a sus necesidades, dedicarles tiempo, comprensión, perdón, apoyo, curación y, sobre todo, esperanza. El servicio de Jesús devolvía la dignidad a las personas restaurando también sus relaciones sociales.

El apóstol Pablo, en su gran himno sobre la humillación y exaltación de Jesús en Filipenses 2, nos comenta cómo Jesús dejó a un lado lo que era suyo y adoptó la naturaleza de siervo. El servicio fue el camino elegido por Dios para acercarnos a Él en la persona de Jesús.

La referencia para el servicio no es otra que: Como Dios nos sirve en la persona de Jesús, así

debemos servirnos unos a otros. Todo servicio empieza dignificando a la persona que servimos. En el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, la frase «Dame de beber» es mucho más que manifestar una necesidad. Es dar al otro la misma dignidad que a uno mismo.

De todo lo expuesto, se desprende que Jesús nos invita como discípulos suyos a seguir sus pasos. Él dijo: «Os he dado un ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo que yo he hecho» (Juan 13,15-17). Así, debemos servirnos unos a otros sin diferenciar la clase de servicio que hacemos. Debemos considerar que toda ayuda en el nombre de Jesús puede traer liberación, esperanza, deseos de vivir, de comprometerse con los demás, de buscar a Dios. No somos quiénes para valorar los efectos de nuestra dedicación al prójimo, pero sí de llevarlo a cabo.

En Jesús, encontramos el modelo de servicio para todo creyente y la norma es que: «El que quiera entre vosotros ser el primero, será vuestro servidor» (Mateo 20,26).

Una persona que sirve no es un accidente, sino un reflejo de la naturaleza del Maestro que vino a servir y dar su vida en rescate de muchos.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

UNA LEYENDA DE MANOS ABIERTAS

Un monje andariego se encontró en uno de sus viajes una piedra preciosa y se la guardó en su mochila. Un día, se encontró con un viajero y al abrir su mochila para compartir con él sus provisiones, el viajero vio la joya y se la pidió. El monje se la entregó sin más. El viajero le dio las gracias y se marchó lleno de alegría con aquel regalo inesperado de la piedra preciosa que bastaría para darle riqueza y seguridad el resto de su vida.

Sin embargo, pocos días después volvió en busca del monje y, cuando le encontró, le devolvió la joya y le suplicó:

—Ahora te ruego que me des algo de mucho más valor que esta joya valiosa. Dame por favor, lo que te permitió darme la joya a mí.

En el momento de morir, sólo te llevas aquello que has dado (Luciana Prennushi).

Dormía y soñé que la vida es alegría. Desperté y vi que la vida era servir. Serví y vi que la vida era alegría (Rabindranath Tagore).

El destino más elevado del ser humano es servir más que gobernar (Albert Einstein).

Vivir para los demás, no es sólo la ley del deber, es también la ley de la felicidad (Auguste Comte).

El servicio a los demás es el precio que debemos pagar por el hecho de estar vivos. Es el verdadero propósito de la vida y no algo que uno hace en su tiempo libre (Marian Wright Edelman).



13. Cambios

De vez en cuando me sorprenden los cambios que han tenido lugar en mi vida. La mayoría de las veces, me doy cuenta de ellos no cuando acontecen, sino mucho tiempo después, cuando observo los nuevos caminos por los que transito. Percibo que no soy una persona distinta a quien era hace años, pero sí que emerge mi auténtica naturaleza.

Soy consciente de que estos cambios son el resultado es un aprendizaje continuo que se produce reflexionado, leyendo, orando, meditando y corrigiendo las muchas equivocaciones, escuchando a los demás y, por supuesto, con una apertura constante a todo lo que me ocurre en el día a día.

Este aprendizaje siempre es personal y emana de mi propia experiencia, pero a la vez es un camino que realizo con las personas que tengo cerca y lejos. En muchos momentos mis compañeros de viaje me

sirven de espejo para observarme y son referencia para mi recorrido de fe.

De alguna manera, me estoy refiriendo a mi propia historia mezclada con mis viajes por el mundo de la Biblia, de la oración, de lo aprendido con las muchas lecturas, así como de los abundantes testigos que me han acompañado en este maravilloso mundo de los cambios.

A lo largo de los años he venido aprendiendo que la vida se halla siempre en movimiento y en perpetuo cambio, que un ciclo sólo se termina para dar comienzo a otro. He asumido asimismo que el cambio es el verdadero sentido de mi vida, que en cada uno de estos cambios las cosas alcanzan una mayor belleza, integridad y perfección. El final de cada cambio (que de joven me asustaba) hoy lo vivo con mucha confianza, porque sé que en cada situación nueva encuentro la luz para un mayor sentido a mi existencia. Estoy aprendiendo que todo acontecimiento nuevo me ayuda a deshacerme de viejos hábitos y pautas que me sirvieron en el pasado, pero que ahora se alejan de la senda que quiero seguir.

CAMBIAR

En el lenguaje habitual usamos la palabra cambiar cuando nos referimos a reemplazar, sustituir, mudar,

alterar una posición, adaptar, mover y transformar. Cambiar es ir de un lugar a otro; es transformación, modificación, metamorfosis, dejar una cosa para tomar otra. Cambiar supone una alteración que es independiente de que sea buena o mala: siempre implica pasar de un estado a otro diferente. Es lo opuesto a lo estático, lo inamovible, lo fijo. El cambio es el diseño del Creador para sus criaturas. Es un principio, una norma, una ley que rige el plan de Dios para su creación. Cuando se entra en esta dinámica, se encuentra la clave del sentido de la vida, de la armonía con uno mismo, con los demás, con el creador y con toda la creación. El cambio es la base misma de la vida. Sin él, el mundo sería horrible y monótono, aburrido, sin expectativas, sin sueños, sin esperanza.

Existen distintos tipos de cambio. Son muy diferentes los que realizamos por iniciativa propia, de aquellos que nos son impuestos o nos acontecen de manera ajena a nuestra voluntad (pérdida de un empleo, una enfermedad incurable, etc.).

Esta diferencia es fundamental en la medida en que, en el primer caso, uno elige y asume sus consecuencias y que, por supuesto, encontrará la fuerza y motivación para llevarlo a cabo. Por otro lado, con los no elegidos será más difícil mantener el compromiso, ya que, sin la motivación personal, al menor

infortunio se abandona. También es evidente que algunas veces ciertos cambios no elegidos se pueden asumir como propios debido a la oración, la reflexión, la escucha de la voz de Dios y el sentirse a gusto con sus consecuencias.

A lo largo de este capítulo la reflexión apunta a los cambios que realizamos por iniciativa propia, aunque no será nada fácil separar los que nosotros mismos deseamos de los que nos vienen dados del exterior, porque la mayoría de las veces no podemos afirmar cuándo empieza uno y termina el otro o viceversa , o cuándo uno es el resultado del otro.

LA NECESIDAD DE CAMBIOS

Uno de los elementos esenciales en la maduración son los cambios. Es una verdad como un templo que sin innovaciones no hay madurez. Todo lo que nace se convierte en un eterno movimiento continuo que sólo termina cuando llega la muerte.

La mayoría de las personas tienen miedo a las modificaciones, a lo nuevo, sin darse cuenta de que en este mundo, nada permanece estable para siempre. Todo cambia continuamente y lo único que no cambia, son los cambios.

Sin cambios no habría vida en el universo. Nuestras células se modifican cada segundo. El cambio está en el origen de nuestra humanidad. Nos guste o

no, es parte de todo lo que está vivo. Aprender a dar la bienvenida al cambio en lugar de cerrarse a él, es fundamental para madurar y vivir en plenitud.

El cambio es la condición inevitable del ser humano y debe ser entendido como una maravilla del creador del universo. En lugar de evitarlo, considerarlo como una amenaza o un enemigo, se le debería dar la bienvenida.

Los cambios contribuyen a la supervivencia, a la estabilidad y a la plenitud de la vida de todo ser humano. Cuando no hay cambios, nos deslizamos hacia el caos y la desintegración, no sólo del ser humano, sino de la humanidad. Cuando nos estancamos, nuestro horizonte se estrecha cada vez más y nos anestesia a todo lo nuevo que pueda aparecer.

Los cambios en el ser humano abarcan lo físico, lo emocional, lo mental y lo espiritual, porque están registrados en el ADN de todo ser humano.

Jesús inició su ministerio llamando a la gente a cambiar su forma de vivir, a seguirle, a tomarle como referencia para vivir, a confiar en el amor incondicional del Padre Dios.

El Sermón del Monte es una llamada al cambio en nuestra manera de entender la relación con Dios, con los demás, con nosotros mismos y con el mundo en general.

LAS DIFICULTADES PARA CAMBIAR

Si pensamos que todo cambio es sospechoso, habremos entrado en el peligroso terreno del fanatismo. Si una persona decide aferrarse a lo que ya tiene, sin abrirse a lo nuevo, tendrá una existencia empobrecida, dolorosa y sesgada, porque nada es eterno en este mundo. Muchas personas prefieren la comodidad y la seguridad de lo conocido, aunque sea malo, a la incertidumbre de lo desconocido o lo inédito. Sin embargo, una existencia sin movimiento, anclada en la rutina, en la resignación con lo que hay, arriesgando poco o nada, con actitudes rígidas y con resistencia a los cambios, será una vida no vivida, llena de limitaciones, sin sentido y sin expectativas. Una cultura basada en el conformismo y la repulsa al cambio está condenada a la extinción.

Todo cambio significa creatividad, curiosidad por explorar lo desconocido. El cambio es parte de la vida del individuo, de las organizaciones, de los gobiernos, de todo grupo humano y de todo el universo.

Todo cambio provoca algún tipo de crisis, porque es aventurarse en lo incierto, lo que no controlamos. No obstante, muy a menudo la crisis que lo acompaña es más beneficiosa que dañina. Una de las mayores dificultades para el cambio son los miedos ¿Seré capaz de hacerlo bien? ¿Qué ocurrirá? No existen transformaciones fáciles, porque son rupturas

interiores con la forma de pensar y hacer que teníamos en el pasado e implican romper con situaciones que antes dominábamos, pero que ahora no.

Otro elemento que dificulta los cambios es la tendencia a usar todas nuestras energías para defender lo que poseemos, situaciones ya consolidadas, lo que ya sabemos, los logros externos: nuestro barrio, nuestro lugar de trabajo, nuestra ciudad, lo que nos es conocido y familiar; y rechazar de forma sistemática lo que viene a perturbar nuestra seguridad. Preferimos lo que tenemos en lugar de salir de las zonas conocidas, que nos tranquilizan y nos mantienen alejados de lo que podría perturbar nuestra estabilidad emocional y espiritual.

Muy a menudo nos agarramos con uñas y dientes a lo que poseemos, y al hacerlo nos cerramos a lo desconocido, a salir del mundo donde todo está controlado y perfectamente ordenado. Son muchas las personas que prefieren seguir atadas a lo que ya conocen, por aquello de que «Más vale malo conocido que bueno por conocer». Nos resistimos a los cambios.

Cuanto más grandes sean los cambios, más profunda será la crisis. El niño al nacer llora, el primer día de colegio entra en crisis, cuando se llega al final de la vida lo desconocido provoca temor y hasta pánico (aun en las personas de mucha fe),

debido al desconocimiento de lo que hay después de la muerte.

Cambiar representa ruptura en la forma de pensar, valores nuevos, criterios de acción diferentes; y esto produce temores, miedos, angustias y hasta desesperación. Esta es la razón por la que son pocas las personas que están dispuestas a cambiar su manera de pensar y de vivir, ya que es doloroso. En el libro de Éxodo se nos narra la salida del pueblo de Israel de Egipto. Todo un pueblo se arriesga a abandonar lo conocido (la esclavitud, el malvivir) para aventurarse a lo ignorado. Pero cuando aparecen las dificultades (Éxodo 16,1-3.), desean volver al pasado, a lo conocido, a lo seguro.

Hay que saber tolerar las ambigüedades y la incertidumbre para favorecer el cambio. En vez de ir en contra, hay que ir con él, siendo flexibles, abiertos y permisivos, para aceptar que todo cambio produce siempre incertidumbre.

EL CAMBIO COMO PROCESO

Vivimos en una sociedad en la que predomina la inmediatez y la ley del mínimo esfuerzo para conseguir lo que se desea. Casi todos los anuncios publicitarios están basados en términos de rapidez y mínimo esfuerzo. Somos bombardeados diariamente por los medios de comunicación con mensajes que

nos presentan cambios instantáneos y sin esfuerzos. Esto ocurre también en la iglesia: Hace unos años, vi un libro en una librería evangélica con el título *Cómo conseguir el poder de Dios en cuarenta y ocho horas*. Todo producto o programa, ya sea de adelgazamiento, aprender un idioma o dominio de cualquier técnica, que promete resultados instantáneos, rápidos, sin problemas y fáciles, hasta el sentido común nos dice que no está basado en principios correctos. Deberíamos considerarlo sospechoso e incluso peligroso. Los cambios instantáneos son excepciones (milagros). La mayoría de las veces son producto de nuestra imaginación, más que de la realidad. Aquí es bueno recordar el proverbio: «Del dicho al hecho hay mucho trecho».

La metáfora de la agricultura que ya expliqué en la presentación de este tema nos ayuda a entender el elemento del proceso del tiempo y del precio a pagar. El agricultor prepara la tierra, siembra la semilla, desbroza, abona, riega, y luego llega la cosecha. No hay otra fórmula. No se puede violentar el proceso del tiempo. Hay que dejar que el fruto madure en su momento.

El cambio no se puede forzar. Cuando se violenta el proceso de maduración, a la larga se descubre el fracaso, porque los principios de la agricultura

forman parte de todo crecimiento auténtico del universo.

La metáfora de la agricultura nos enseña que es imposible violar o ignorar el desarrollo humano como proceso. Es contrario a la naturaleza humana, que tiene etapas y momentos: el niño antes de andar da vueltas en la cuna, se sienta, gatea y, luego, camina y corre. Todos los pasos son importantes y todos requieren tiempo. No es posible saltarse ninguno de ellos. Así ocurre con la maduración.

COMPONENTES QUE FAVORECEN LOS CAMBIOS

Hasta ahora, hemos examinado la importancia de los cambios, las dificultades para cambiar y la importancia de percibirlos como procesos en lugar de un acontecimiento determinado que ocurre una vez para siempre. Llegados a este momento, es necesario amplificar algunos componentes que favorecen los cambios.

Mi inspiración procede de tres relatos bíblicos en los que encontramos acontecimientos muy diferentes, pero que tienen mucho en común. En los tres textos, hallamos los ingredientes fundamentales para todo cambio.

El primer texto de referencia se halla en el libro de Génesis 12,1-20, que nos narra la llamada de Dios a Abraham a dejar la tierra en la que vivía, para ir a una

nueva tierra que Dios tenía preparada para él y sus descendientes.

El segundo relato empieza en el libro de Éxodo capítulo 4, donde Moisés recibe la llamada de guiar al pueblo de Dios, de la esclavitud a la tierra prometida. El relato termina con la conquista de Jericó en el libro de Josué, capítulo 6.

El tercer relato lo hallamos en la carta del apóstol Pablo a los Filipenses (3,4-16). En este texto, el apóstol Pablo da testimonio de su fe en Cristo, fe que no se queda anclada en el pasado, sino que se aventura hacia el futuro, olvidándose de lo que deja atrás, mirando a la meta final.

Estos tres relatos poseen componentes en común como: voz interior, elección, prioridades, ruptura con el pasado, apertura a lo nuevo, imprevistos, aventura, desafíos, inseguridades, miedos, un precio a pagar.

Un elemento fundamental que se da en los tres relatos, aunque expresado de forma diferente, lo encontramos en la llamada de Dios a Abraham: «Te bendeciré y serás de bendición». En todo cambio, el primer beneficiario es la persona que se aventura en lo desconocido, pero, para que sea una evolución auténtica y genuina, siempre debe favorecer al prójimo.

Hasta ahora no he indicado ninguna definición de lo que es el cambio. Lo considero demasiado complejo y variable para ser recogido con una definición. Prefiero señalar los rasgos esenciales, los componentes que, a mi juicio, son fundamentales y característicos del mismo.

TODO EMPIEZA CON UNA LLAMADA

Todo cambio tiene su origen en una convicción personal y profunda de que ya es la hora del cambio. Para el creyente, esta llamada emerge con la fe. Todo cambio nace cuando la persona toma consciencia de que debe empezar una nueva etapa y que por muy bonito que haya sido el pasado, ya no se puede permanecer en el mismo lugar.

Esa voz interior es misteriosa porque no se puede contemplar, examinar ni comprobar. El cambio personal no es un asunto de conocimientos, sino en primer lugar de una convicción interior inexplicable para la mente humana, porque no especifica detalles del camino a seguir (incluso la mayoría de la veces, la voz es ilógica), pero la persona intuye que hay que responder y obedecer.

Los griegos tenían dos formas de entender el tiempo: el *chronos*, entendido como tiempo lineal, el tiempo del reloj, el tiempo que se mide; y el *kairos*, el

momento justo, oportuno, adecuado, aquel que, cuando llega hay que tomar una decisión.

Esta hora, el *kairos*, los escritores bíblicos la describen como el momento de Dios, la hora de actuar. Es la hora de la cual habla el evangelio de Mateo (26,45): «He aquí ha llegado la hora». Es el momento decisivo en el que Jesús será entregado por Judas a los líderes religiosos de su tiempo.

La llamada al cambio siempre aparece cuando la persona está preparada, en su momento, ni antes ni después. Un proverbio asiático dice: «Cuando el alumno está preparado, aparece el maestro».

ELECCIÓN

Todo cambio exige una elección. La mayoría de las veces, ante la decisión, nos gustaría quedarnos con lo antiguo y lo nuevo; pero esto no es siempre posible. De intentarlo, nos puede pasar como aquel cazador que decidió perseguir dos liebres al mismo tiempo y terminó sin conseguir ninguna. La metáfora de dos indicaciones diferentes cuando hacemos senderismo nos enseña que no se puede seguir ambas al tiempo: hay que elegir una. Esto ya lo dijo Jesús: «No se puede servir a dos señores al mismo tiempo». La elección es el comienzo para el cambio.

La persona que elige debe recordar siempre que la decisión la asumió ella y no los demás, y que su

destino final dependerá de las decisiones efectuadas a lo largo de la vida. Al elegir, creamos las circunstancias favorables que permitirán que aparezcan los cambios.

RUPTURA

El «Vete de tu tierra» que escuchó Abraham, constituye parte del cambio. La elección exige una ruptura con el pasado. No puede haber cambio sin ruptura y la ruptura es dolorosa, no es gratuita. Al nacer, el niño, rompe el vínculo primario con la madre y esto produce lloro y sufrimiento, pero es el precio a pagar por venir a la vida. Los cambios no se producen por sí solos, necesitan nuestra participación. Aferrarse al pasado impide ver lo que hay en el presente.

La ruptura implica que hay prioridades en la vida. Descubrir dónde tiene uno que gastar sus energías es fundamental en esta etapa. La ruptura siempre es correr un riesgo, porque el cambio auténtico siempre es doloroso e incierto.

Cuando ocurre una ruptura se pasa por un periodo de inestabilidad. Se tiene la sensación de estar pisando un terreno pantanoso. Entraña muchos esfuerzos, porque se está construyendo un mundo diferente al antiguo, donde todo es nuevo y, por ser nuevo, se avanza lentamente y con incertidumbres

Por ello, muy a menudo los cambios en nuestra vida pueden ser desagradables, incluso aterradores.

En todo rompimiento se pasa por distintas fases emocionales, porque posiblemente ciertos cambios no se suelen asimilar con facilidad y a menudo se duda de haber optado por la buena decisión. Incluso pueden llegar momentos en los que se piensa tirar la toalla. Esto le ocurrió al pueblo de Israel varias veces en su camino hacia la tierra prometida.

IMPREVISTOS

En todo cambio, conocemos el punto de partida, pero no podemos adivinar el futuro. A todos nos gustaría saber de antemano lo que nos espera, pero no existe un manual que dé respuesta a la mayor parte de preguntas que nos hacemos sobre la marcha, por lo que, cuando las cosas van más despacio de lo que pensábamos o no acontecen como habíamos calculado, son normales los altibajos emocionales. Los acontecimientos inesperados nos pueden incluso llevar a no volver a ser nunca más la misma persona.

Todo cambio es una aventura, ya que no sabemos por adelantado dónde nos conducirá. Esto hace que normalmente nos sintamos incómodos. Nos gustaría conocer con seguridad dónde nos conduce el cambio. No tenemos dominio sobre los acontecimientos, por lo que la única opción válida y sabia, una vez decidi-

dos cambiar, es permanecer abiertos a lo desconocido, a las sorpresas, al milagro, sabiendo que escogimos lo que entendimos como lo mejor para nuestra vida, y confiamos que así sea.

La meta siempre está por llegar, ninguna decisión es para siempre. Cuanto más cambiamos, más nos damos cuenta de lo que falta por cambiar. Todo cambio es pasajero, porque siempre quedan montañas por escalar.

BENDECIDOS PARA BENDECIR

Todo cambio es un desafío que constantemente debemos percibir no como una amenaza, sino como una bendición. Nunca hemos de entenderlo como un bien únicamente personal. Lo que nos otorga el cambio es ser bendecidos (vivir en mayor plenitud) y ser de bendición para otros.

La tarea que tenemos, es interpretar el cambio como una oportunidad para madurar, crecer, aprender y ensanchar horizontes. Esto nos permitirá experimentarlo no como un adversario, sino como un amigo que nos enriquece y que será de bendición para el prójimo.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

LA CASA DE LOS HUÉSPEDES

El ser humano es una casa de huéspedes.

Cada mañana, llega alguien nuevo.

*Una alegría, una depresión, una mezquindad,
alguna conciencia momentánea llega sin avisar,
como un visitante inesperado.*

¡Dale la bienvenida!

*Aunque sea una multitud de penas
que barren violentamente tu casa
y la despojan de todo mueble.*

*Aun así, trata con honores a todo huésped;
puede que te esté preparando para algún nuevo deleite.*

*El pensamiento oscuro, la vergüenza, la malicia,
recíbelos en la puerta riendo,
e invítalos a entrar.*

*Agradece la llegada de cada huésped,
porque cada uno ha sido enviado
como guía desde el más allá.*

—Yalal ad-Din Muhammad Rumi

Sólo el cambio perdura (Heráclito).

La transformación espiritual puede ser dulce y gloriosa, pero también desconcertante y aterradora (Jack Kornfield).

El que puede cambiar sus pensamientos, puede cambiar su destino (Stephen Crane).

Cuando ya no somos capaces de cambiar una situación, nos encontramos ante el desafío de cambiarnos a nosotros mismos (Víctor Frankl).

Vivir es cambiar, y para perfeccionarse es necesario haber cambiado muchas veces (John Newman).

Lo único que permanece en esta vida es el propio cambio (Heráclito de Éfeso).

No siempre harás las elecciones correctas, pero, si prestas atención, incluso tus errores —quizás sobre todo tus errores— te llevarán al siguiente escalón (Philip Goldberg).

El mundo que nos rodea y al cual consagramos los afanes de nuestra vida, es cambio constante. Todo cambia, pasa, transcurre. Al nacer empezamos a morir y al morir empezamos a nacer a una nueva vida (Platón).

Son muchos los que piensan en cambiar la humanidad, pero pocos piensan en cambiarse a sí mismos (León Tolstoi).

No es la especie más fuerte la que sobrevive, ni la más inteligente, sino la que responde mejor al cambio (Charles Darwin).

ALGUNAS PROPUESTAS ÚTILES PARA EL CAMBIO

Decide realizar algo que nunca has hecho. Hazlo sin valorarlo ni analizarlo, sólo por el placer de llevar a cabo algo nuevo.

Intenta hablar con una persona de una cultura diferente a la tuya. Hazlo sin otro propósito que el de descubrir su manera de entender, sus luchas, sus sueños, sus valores.

Deja de luchar por detener los cambios en tu vida y alrededor tuyo, permitiendo que ocurra aquello que tiene que acontecer.

Da la bienvenida a todo cambio, aunque no siempre te guste.

Mira el cambio como si fuera una puerta que se abre hacia una misión y una tarea por cumplir.



14. Espacios expansivos

ABIERTOS A LO DESCONOCIDO

Los cambios del capítulo anterior serían difíciles sin hacerse preguntas, sin gozar de una apertura mental y espiritual, que no es otra cosa que la disposición a recibir lo desconocido. Esta actitud es lo que muchos entienden como salirse de vez en cuando del rebaño para percibir otras realidades, escuchar ideas algunas veces disparatadas que muy a menudo pueden parecer escandalosas.

Puede sonar arrogante y vanidoso afirmar que cuando confío en mis capacidades y señales internas para discernir la ruta a seguir sin que sean otros los que me indiquen lo que debo hacer, estoy madurando. Pero, esta afirmación no niega que admito con humildad los límites de mis conocimientos y capacidades y lo prudente y necesario que es confiar en fuentes más sabias que yo mismo; como permanecer anclado en la autoridad de la Biblia, la

escucha de las personas que han recorrido un largo camino en la fe y en los conocimientos de verdades inmutables que han pasado la prueba del tiempo. En la combinación de la autoridad externa y de uno mismo se encuentra la sabiduría que nos enseña que en el camino de la espiritualidad no existe talla única. A mi entender, en esto descubrimos una de las claves de la maduración.

Más que adoptar creencias, valores y conductas de quienes nos rodean, se trata de llegar a convencernos nosotros mismos de lo que queremos que sea nuestra manera de vivir. Para ello, uno de los métodos más eficaces es hacernos preguntas, la apertura de la mente. He podido darme cuenta por mí mismo que la disposición «mente abierta» no es nada fácil, debido a los muchos condicionamientos que se producen a lo largo de la vida de toda persona. Expresar mi disconformidad en algunas de las herencias recibidas ha supuesto muy a menudo oír voces exigiéndome volver a lo establecido: «Siempre se ha hecho o pensado así».

Seguir la senda del «Siempre ha sido así» no permite disfrutar una mente abierta a nuevas ideas, a la vez que manifiesta la necesidad de tener razón, de poseer algo, de ganar a toda costa, de que nada se modifique.

Considero que poseer una mente abierta constituye uno de los principios más básicos y fundamentales para madurar, porque sólo esta actitud permite a la persona explorar, crear y crecer, y una mente cerrada bloquea toda evolución. Nos permite practicar el perdón, irradiar amor, ser generosos, respetar la forma de vida de los demás, etc.

Muy a menudo en el camino aparecen incertidumbres, contradicciones, ambigüedades y paradojas. Esto es inevitable si queremos madurar. Más de una vez me ha ocurrido que aquella revelación que ayer me llegó al alma y que modificó alguna área de mi vida, se convierte en la duda de hoy y la tontería de mañana. Y viceversa, lo que hoy me parece una tontería, mañana se convertirá milagrosamente en una revelación. Por eso, el punto de equilibrio en el camino de la maduración se puede encontrar en la certeza de la incertidumbre y la aceptación valiente de la ambivalencia como compañera de viaje. La actitud más saludable es rendirse ante el misterio, entregarse a él, aceptarlo y maravillarse al comprobar cómo Dios hace perfectas las cosas y a su tiempo. Pero para que esto ocurra, es menester una mente abierta.

ESPACIOS EXPANSIVOS Y CERRADOS EN LA BIBLIA

De entre las muchas referencias a espacios expansivos y cerrados que encontramos en los textos bíblicos, quiero comentar dos. Pero antes deseo explicar a cómo se encara lo nuevo y lo antiguo en el Nuevo Testamento. A ningún lector atento a su lectura le pasan desapercibidas las grandes controversias de Jesús con los fariseos. A pesar de que aparecen otras más de todo tipo, todas éstas giran alrededor de lo nuevo y lo antiguo. Mantenerse aferrado a lo antiguo es la postura defendida a capa y espada por los fariseos. Esta visión de los acontecimientos les conducía a situaciones inhumanas, de condenación y de falta de misericordia. Por otra parte, hallamos la postura de Jesús, que, si bien en ningún momento rechaza lo antiguo, sí era capaz de interpretar lo ocurrido con una apertura expansiva, para dar sentido al texto bíblico de forma que se convierta en salvación, restauración y significado para la vida.

El primer relato de esta postura expansiva lo encontramos en el Sermón del Monte (Mateo 5,17-48). En estos versículos se nos habla de lo antiguo y lo nuevo. Jesús, de forma magistral, enseña con el «Yo os digo», frase repetida seis veces, que ha de superar el «Habéis oído» para que la vida del ser humano se convierta en una aventura digna de ser vivida.

Jesús, no sólo en el texto citado sino a lo largo del Sermón del Monte y de todo su ministerio, intenta enseñar a sus seguidores a explorar lo desconocido de forma que puedan captar una nueva manera de entender y vivir la fe.

Me atrevo a sacar el «Pero yo os digo» de su contexto para afirmar que aquí encontramos uno de los componentes más importantes de la fe cristiana, indispensable para la maduración.

El segundo relato lo hallamos en el libro los Hechos de los Apóstoles, capítulo 15. En este relato aparece el conflicto más determinante que la iglesia primitiva tuvo que afrontar. Tanta importancia suscitó este conflicto, que se convocó el primer Concilio de la iglesia primitiva. El conflicto era de tal envergadura que afectaba el centro de la fe cristiana, ya que de lo que se trataba era de si los nuevos convertidos a la fe podían ser salvos sin pasar por el rito de la circuncisión.

De nuevo aparecen las dos posturas: mente cerrada y mente abierta. Aquí radica el problema y al mismo tiempo la solución: Después de un largo debate y consultas, en este Concilio se acordó que los nuevos convertidos podían ser salvos sin pasar por el rito de la circuncisión. El único camino que permitió llegar a este acuerdo fue la apertura al Espíritu Divino y al diálogo entre unos y otros.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

Cuanto más grande es la isla del conocimiento, más larga es la costa del misterio (Huston Smith).

La verdadera creencia implica una actitud constante de investigación, crecimiento y superación de uno mismo (Houston Smith).

La duda es la maleta más valiosa del equipaje de los genios y la que más falta en los fanáticos (Edmond H. Fischer).

Lo Importante en la vida es no dejar de hacerse preguntas (Albert Einstein).

No sea esclavo de su pasado, sumérgase en los sublimes mares, bucee por las profundidades y nade hacia horizontes lejanos (Ralph Waldo Emerson).

Los amantes de la sabiduría deben dejar siempre la puerta abierta (Heráclito).

Mis descubrimientos nunca han sido el resultado de un proceso de razonamiento racional (Albert Einstein).

ENCADENADO DESDE EL NACIMIENTO

A Antonio, un niño de ocho años, le encantaba el circo. Lo que más le gustaba eran los elefantes. Durante la función, la enorme bestia hacía despliegue de su tamaño,

peso y fuerza descomunal, pero, después de su actuación y hasta un rato antes de volver al escenario, el elefante quedaba sujeto solamente por una cadena que aprisionaba una de sus patas fijada a una pequeña estaca clavada en el suelo. Sin embargo, la estaca era sólo un minúsculo pedazo de madera apenas enterrado unos centímetros en la tierra. Y aunque la cadena era gruesa, parecía obvio que ese animal, capaz de arrancar un árbol de cuajo con sus propias fuerzas, podría arrancar con facilidad la estaca y huir.

El misterio es indudable: ¿Qué lo mantiene atado entonces? ¿Por qué no huye? Antonio tenía cinco o seis años y cuando ya preguntaba a sus padres, familiares o amigos por el misterio del elefante, la explicación que recibía era que no se escapaba porque estaba amaestrado. Pero Antonio seguía preguntando por qué lo encadenaban. Sólo cuando Antonio fue mayor, una persona le explicó el misterio del elefante:

El elefante del circo no se escapa porque ha estado atado a una estaca desde muy pequeño. Antonio cerró los ojos y se imaginó al pequeño recién nacido sujeto a la estaca. Seguramente en aquel momento el elefantito empujó, tiró, sudó, tratando de soltarse. Y a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo. La estaca era ciertamente muy fuerte para él. Seguro que se durmió agotado y que al día siguiente volvió a probar, y también al otro y al otro... Hasta que un día, un terrible día para su historia, el

animal aceptó su impotencia y se resignó a su destino. Este elefante enorme y poderoso que vemos en el circo, no se escapa porque cree que no puede.

El elefante tiene registrado el recuerdo de su impotencia, aquella impotencia que sintió poco después de nacer. Y lo peor es que jamás se volvió a cuestionar seriamente ese registro. Jamás, jamás intentó poner otra vez a prueba sus fuerzas.



15. Solos y acompañados

Es un hecho cierto que cada persona realiza el camino de la vida espiritual de forma individual y que no hay traje a la medida de todos. No es una casualidad que, en todas las tradiciones de espiritualidad, se insiste en vivir en comunidad como hermanos.

El cuerpo humano es el ejemplo más maravilloso de la necesidad de vínculos con los demás. Consta de muchos órganos y partes diferentes, que si bien actúa cada uno por separado, también lo hacen en conjunto e influyéndose mutuamente. Los ojos estarían muy limitados sin el movimiento de los pies. Una buena digestión y una breve siesta tendrá una gran influencia en los pensamientos. Todas las partes del cuerpo son dependientes entre sí, todas mantienen una interacción recíproca.

Nuestra vida depende del funcionamiento conjunto de todas las partes de nuestro cuerpo. El modo

en que se relaciona unas con otras, les da capacidad para influenciar a todo el cuerpo. Cuando una de las partes se separa del cuerpo, se muere.

Sin estos vínculos con los demás, ¿dónde encontrar apoyo y aliento cuando el camino se hace difícil o en la toma de decisiones importantes? ¿Quién nos hará preguntas delicadas, acertadas, y muchas veces desconcertantes, que nos ayuden a entender las situaciones más diversas por las que pasamos a lo largo de nuestra existencia? ¿Con quién compartiremos nuestras alegrías, descubrimientos y preguntas acerca del camino espiritual? ¿Quién nos traerá consuelo cuando nos encontremos en momentos de incertidumbre, de cruces de caminos, de desánimo? ¿Quién nos ayudará cuando nos lleguen las noches oscuras del alma, como expresaba Juan de La Cruz? ¿Quién nos tenderá la mano amorosa cuando se nos va la olla y nos desviamos del camino? ¿Quién nos sostendrá cuando la duda y la confusión aparezca en nuestro horizonte? ¿A quién acudiremos cuando no tengamos energías para vivir conforme a los valores que profesamos, cuando nuestras debilidades aparezcan y sintamos que no llegamos a ningún sitio?

Es muy posible que algunos compañeros de viaje también hayan pasado por los momentos tortuosos en los que uno se encuentra y cuya experiencia pueda

traernos la luz que nos permita sufrir menos y tomar decisiones sabias.

La vida de muchas personas nos enseña que algunas (por desgracia, son pocas) aprenden de los errores que otros cometen. Estas personas son sabias y maduras; otras se aferran a que el verdadero aprendizaje y la madurez sólo se consigue con las vivencias personales, aunque la cruda verdad nos enseña que se padecen muchos sufrimientos y angustias cuando se camina solo, lo cual no sería necesario si aprendiéramos en cabeza ajena. A esto yo lo llamo «sufrimientos gratuitos».

Los compañeros de viaje (familia, amigos, hermanos en la fe, todos los que se nos cruzan en el camino) son los que desde fuera captan lo que muy a menudo no percibimos. Si les dejamos espacio, cuestionarán las maneras equivocadas de acercarnos a algunas decisiones descabelladas que tomamos. La mayor parte de las veces, estas personas rompen nuestros esquemas de pensamiento y trastocan nuestra lógica en aquello que estamos decidiendo.

Nuestros compañeros de viaje serán también los que reconocerán nuestros aciertos, nos mirarán con alegría y sus palabras permitirán que nuestra autoestima se fortalezca, para recuperar fuerzas para seguir adelante, descubriendo todos los dones que Dios nos da.

Mirarnos en el espejo de cómo nos ven los demás es uno de los mayores indicios de maduración, ya que esta mirada nos permite revisar las deformaciones o carencias que hemos ido acumulando a lo largo del camino.

La buena noticia (además de que Dios nos ama, nos cuida, nos comprende, nos ayuda y nos salva) es que disponemos de un espejo en el que podemos mirarnos. Este es el espejo de los demás, los cuales nos devuelven una imagen de nosotros la mayoría de las veces mucho más fiable y objetiva de la que nosotros mismos percibimos.

La maduración pasa por la capacidad de relacionarnos con los demás y difícilmente se madura cuando una persona no vive su fe con otros y ni siquiera tiene amistades. También es verdad que la capacidad de establecer relaciones depende de la educación recibida y del carácter, pero no es menos cierto que el carácter se educa.

Una de mis convicciones más profundas de la fe cristiana es que maduramos poco o nada cuando, en el camino de la fe, los demás están ausentes de nuestra vida (no hablo sólo de la asistencia regular a una comunidad de fe, sino de la globalidad de la vida) tanto en las alegrías como en las penas, en los triunfos como en los fracasos, en los momentos de luz como en los de oscuridad. Nos engañamos a

nosotros mismos cuando afirmamos que Dios todo lo suple y que con Él no necesitamos a nadie. Si alguien piensa que sólo necesita a Dios y nada más para el camino de fe y descuida sus relaciones humanas, debe recordar que la relación con Dios no es un sucedáneo de la relación con los demás y que la relación con Dios y con los demás se complementan.

Por mi propia experiencia y por lo vivido muy de cerca con otras personas, me he dado cuenta de que la sola relación con Dios puede convertirse incluso en muy peligrosa cuando una persona se aísla de los demás.

Jesús enseñó de forma tajante, que la relación con el Padre y con el prójimo es inseparable. El gran mandamiento del Evangelio de Lucas 10,27 nos invita a amar a Dios y al prójimo como a uno mismo.

Ya en las primeras comunidades cristianas se daba un tipo de espiritualidad engañosa que separaba la relación de Dios con el prójimo. Por eso el apóstol Juan, en su primera carta, de manera franca y con variaciones diversas, nos deja afirmaciones rotundas que nos invitan a estar continuamente atentos al tipo de espiritualidad que vivimos.

«El que dice que está en luz y aborrece a su hermano, está aún en tinieblas» (2,9). «El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor»(4,8). «Si alguno dice: “Yo amo a Dios”, y aborrece a su

hermano, es un mentiroso, porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto» (4,20). En todas estas afirmaciones, el apóstol Juan emplea el término «amor» y, entre las muchas definiciones que le podemos dar a la palabra «amor», todas transitan por el campo de las relaciones humanas.

Cualquier persona que cree que no necesita apoyos, que confía en sus propias fuerzas, que se considera el Llanero Solitario, además de no conocer la naturaleza humana, también desconoce el mensaje de la Biblia, que nos enseña que el caminante solitario no existe y que, además, puede convertirse en un recorrido lleno de peligros cuando se realiza sin la compañía de otras persona. La historia de la humanidad se encuentra llena de tragedias debido a esta mirada tan unilateral y limitada de la fe.

En mi camino de fe y maduración, estoy aprendiendo que el Señor me acompaña, a la vez que otras personas. Necesito la Biblia, la orientación del Espíritu Divino, así como cartógrafos, mentores y compañeros de viaje, ya que el camino es muchas veces confuso y ambiguas las señales. Sé que, en última instancia, soy yo mismo quien decide el camino a seguir, pero mis compañeros de viaje amplían mis horizontes y, la mayoría de las veces, me permiten

encontrar mayor luz en situaciones de triunfos así como de fracasos.

Observo que me cuesta tomar conciencia y reconocer que la imagen que tengo de mí mismo puede estar distorsionada y que la mirada de los demás y la confianza en el otro, pueden ser referencias para madurar. Sé que esto lo logro con mucha humildad y con la ayuda del Señor.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

TODO ACONTECIMIENTO NOS CONCIERNE

Una mañana, un ratón, mirando por el agujero en la pared de su escondite, vio cómo el granjero y su esposa abrieron un paquete. Se preguntó qué tipo de comida podía haber allí. Quedó aterrorizado cuando descubrió que era una trampa para ratones. Fue corriendo al patio de la granja para advertir a todos:

—¡Hay una ratonera en la casa!

La gallina, que estaba cacareando y escarbando, levantó la cabeza y dijo:

—Discúlpeme, señor ratón; entiendo que es un gran problema para usted, pero a mí no me perjudica en nada y no me incomoda.

El ratón fue hasta el cordero y le dijo:

—¡Hay una ratonera en la casa!

—*Disculpe, señor ratón, no hay nada que pueda hacer por usted. Le recordaré en mis oraciones, porque su vida corre peligro.*

El ratón se dirigió, entonces a la vaca que, después de la información del ratón, le respondió:

—*¿Pero acaso estoy yo en peligro? Pienso que no me afecta en absoluto.*

Entonces, el ratón volvió a su casa, pero preocupado y abatido, porque sólo él debía encarar el tema de la ratonera. Aquella noche se oyó un gran barullo, como el de una ratonera atrapando a su víctima. La mujer del granjero corrió para ver lo que había atrapado. En la oscuridad, no vio que la ratonera había atrapado la cola de una serpiente venenosa y ésta picó a la mujer. El granjero la llevó inmediatamente al hospital. Ella volvió a casa con fiebre. Todo el mundo sabe que, para alimentar a alguien con fiebre, nada mejor que una sopa. El granjero agarró la gallina y la mató al ser ingrediente principal de la sopa. Como la enfermedad de la mujer continuaba, los familiares fueron a visitarla y, para alimentarlos, el granjero mató al cordero. La mujer no mejoró y acabó muriendo. El granjero, entonces, vendió la vaca al matadero para cubrir los gastos del funeral.

La moraleja de esta historia es que cuando pretendemos vivir la madurez como experiencia personal, sin una mirada a la colectividad humana, nos puede

ocurrir lo que nos describe el cuento del ratón, la gallina, el cordero y la vaca.

LA RECOMPENSA DEL TRABAJO EN EQUIPO

Una noche, hubo en la carpintería una extraña asamblea: Las herramientas se habían reunido para arreglar las diferencias que las impedían trabajar juntas.

El Martillo pretendió ejercer la presidencia de la reunión, pero rápidamente la asamblea le notificó que no podía ejercer esta tarea por lo ruidoso que era.

El Martillo acepto el argumento, pero propuso:

—Pido también que sea expulsado el Tornillo de la asamblea, puesto que siempre hay que darle muchas vueltas para que sirva para algo útil.

El Tornillo dijo que aceptaba su expulsión pero puso una condición:

—Si yo me voy, expulsad también a la Lija, puesto que es muy áspera en su trato y siempre tiene fricciones con los demás.

La Lija dijo que no se iría a no ser que el Metro fuera expulsado también. Afirmó:

—El Metro se pasa todo el tiempo midiendo a los demás según su propia medida, como si fuera el único perfecto.

Estando la reunión en tan delicado momento, apareció inesperadamente el Carpintero que se puso el delantal e

inició su trabajo. Utilizó el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Trabajó la madera hasta terminar un mueble. Al finalizar su trabajo se fue.

Cuando la carpintería volvió a quedar a solas, la asamblea reanudó su deliberación. Fue entonces cuando el serrucho, que aún no había tomado la palabra, habló:

—Señores, ha quedado demostrado que todos tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades; son ellas las que nos hacen valiosos. Así que propongo que no nos centremos tanto en nuestras debilidades y que nos centremos en la utilidad de nuestras fortalezas.

La asamblea valoró entonces que el Martillo unía partes separadas; el Tornillo daba cohesión a partes distintas; la Lija era especial para limar asperezas; y observaron que el Metro era exacto y preciso para que en todo lo realizado reinará la armonía. Entonces todas se sintieron un equipo capaz de producir muebles de calidad. Se consideraron orgullosas de sus fortalezas y de poder trabajar juntas.

Ningún ser humano es una isla completa en sí mismo; cualquier ser humano forma parte del todo (John Donne).

Todo el mundo fuera de mí, no sólo me concierne, sino que me constituye (Jordi Llimona).

¡Qué dulce y agradable es para los hermanos vivir juntos y en armonía! (Salmo 133,1).

Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo (Gálatas 6,2).

Ven, crezcamos juntos (Thomas Merton).

Sin los demás, el mundo es un desierto (Francis Bacon).

El encuentro entre dos personas es como el contacto entre dos sustancias químicas. Si hay alguna reacción, ambas se transforman (Carl Jung).

Si quieres ir deprisa, camina solo; si quieres llegar lejos, camina con otros (Proverbio africano).

¿Tienes cerca de ti personas que te acompañan en los momentos de luz y oscuridad de tu vida espiritual?



16. Amor

Estamos llegando al final de este libro y me gustaría concluir con tres temas sobre la madurez: el amor, la libertad y Jesús cómo modelo de madurez.

En estos tres capítulos, intentaré ser breve en la exposición para dejar espacio a preguntas, pistas y propuestas, de forma que estos temas no se queden sólo en la reflexión (la cual es buena, necesaria e indispensable), sino que se encarnen en la vida; porque, de lo contrario, la reflexión será poco eficaz. Ya el dicho popular acerca del amor nos dice: «Hechos son amores y no buenas razones».

EL AMOR

Todos deseamos amar y ser amados. Esta es la mayor aspiración humana desde que el mundo existe. La necesidad de amar y ser amado aparece en todas las épocas, religiones y culturas. Desde tiempos

inmemorables y en forma de poemas, cantos, música, pinturas, novelas, esculturas y hasta en los dichos de la sabiduría popular, el amor ha estado presente en la vida de todos los pueblos.

El amor ha sido, es y será el centro de la existencia del ser humano, el corazón de la relación con Dios, con el prójimo y con uno mismo y con toda la creación.

Pero tendríamos que comenzar preguntándonos: ¿De qué hablamos cuando empleamos esa palabra misteriosa llamada «amor»? El amor es demasiado grande, profundo, inmenso y sublime para que se pueda comprender, medir o acotar dentro de las palabras. Ninguna definición del amor nos satisface. Sólo me atrevo a afirmar que el amor es lo que permite el crecimiento total de la persona en relación con todo lo que la rodea: uno mismo, los demás, el Creador y toda la creación.

Cuando en la actualidad conversamos acerca del amor, pensamos en el amor entre dos personas; pero yo sugiero que reflexionar sobre el amor desde la madurez, es referirse al amor que nos trasciende y que afecta a todo lo que tocamos, vemos, sentimos, decimos y experimentamos y que, en última instancia, es una manera de ser y de vivir.

El camino del amor está minado de trampas. Todos hemos escuchado alguna vez: «Sin ti, no

puedo vivir». Esta es una frase que se considera de amor en canciones, poemas y películas. Pero por mucho que nos creamos el valor de esta frase, no es una declaración de amor, sino de un peligro y trampa emocional muy tóxica. Una persona en el camino de la madurez diría: «Puedo vivir perfectamente sin ti. Puedo sentirme a gusto sola. Pero aun así, decido compartir contigo mi vida, porque te amo y a tu lado soy más completa».

EL MISTERIO DEL AMOR

Escribir sobre el amor es una tarea de locos, porque es un campo lleno de minas peligrosas, de sorpresas y de misterios. Nunca comprenderemos del todo el amor. Siempre nos quedarán muchas preguntas sin respuesta. Jamás entenderemos el misterio de su nacimiento, de igual manera que nunca entenderemos su muerte.

Nos cuesta entender cómo el amor puede llenar la vida de una persona, hacerla feliz, transformar toda su existencia; cómo el amor puede curar, renovar, proteger, inspirar; y cómo la tristeza, y hasta la desesperación, se adueña de la persona cuando el amor desaparece. El amor puede fascinarnos y conducirnos a actos insospechables de sacrificios por otra persona; pero, asimismo, cuando desaparece, producir heridas muchas veces incurables.

Es una realidad como un templo que el amor es la fuerza más poderosa de nuestra naturaleza. Es la energía que nos lleva a desear ser mejores personas, que nos impulsa hacia los demás y que nos permite conocer y vivir el amor del Creador del universo; pero a la vez, cuando el amor no es correspondido, nos convierte en personas amargadas, resentidas, sin ganas de vivir e incluso deseando lo peor a la persona que tanto hemos amado.

El amor es la vida misma en su estado de madurez y de perfección. El amor no está sólo en el pensamiento, corazón o deseo; es acción y solamente en la acción se conjuga el pensamiento, el corazón y el deseo.

El amor es la única ley que rige el universo, porque el amor lo es todo, como ya dijo el apóstol Pablo hace dos mil años: «Sin el amor nada soy; el amor es todo» (1 Corintios 13).

LA TRILOGÍA DEL AMOR

El amor se manifiesta de múltiples formas. Es como un diamante que abarca múltiples dimensiones pero una sola belleza e infinitud de misterios: el amor en la pareja, el amor entre padres e hijos, el amor entre amigos, el amor a uno mismo, el amor que Dios nos tiene, así como nuestro amor a Dios, así como el amor a todo lo creado.

Los esfuerzos para explicar el amor han conducido a dividir el amor en categorías: eros, filia y ágape. Los griegos distinguían entre el *eros*, amor pasional que se refiere sobre todo al amor entre el hombre y la mujer; la *filia*, el amor de la amistad, y el *ágape*, el amor desinteresado al prójimo, el amor de Dios al ser humano y el amor del ser humano a Dios.

Es curioso que, en las tres tradiciones espirituales monoteístas (judaísmo, islamismo y cristianismo) encontramos, esta máxima del amor en estas tres manifestaciones diferentes; pero, con el paso de los siglos, este vínculo se pierde y se convierte en una unión con lo divino o en asunto puramente terrenal.

No viene a cuento desarrollar en este capítulo las razones de esta separación. Intuyo que una de ellas es la dificultad que tenemos para abarcar los opuestos y entender el amor como un todo en lugar de parcelarlo, lo que conduce a valorar un área del amor más que las demás. Eso se convierte, a su vez, en una forma de simplificarnos el amor, aunque a la larga limite su esplendor.

Todo lector de la Biblia reconoce que el amor es el centro del mensaje que contiene. En Jesús de Nazaret descubrimos y experimentamos el amor. En las enseñanzas de Jesús, el amor no es, en primer lugar, una exigencia planteada al ser humano, sino un don de Dios. Es la esencia misma de Dios. El apóstol

Juan expone esto de forma magistral cuando afirma: «Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Juan 4,6).

Con estas palabras, Juan nos comunica que la esencia más íntima de Dios es el amor y que cualquier persona que ame y sea amada, experimenta a la vez parte del amor de Dios.

Las palabras de Jesús: «Amarás a Dios; y al prójimo como a ti mismo» nos recuerdan la unidad y la insolubilidad de los tres amores. En el pensamiento de Jesús el amor es la mayor fuerza natural que mueve todas las cosas y Dios es, en último término, la causa primaria de todo amor. El amor acerca a los seres humanos y en lo más hondo de este amor encontramos al Dios de amor.

Me atrevo a afirmar desde la fe, desde mi comprensión de la Biblia y mi propia vivencia sobre este tema, que el amor a uno mismo, a los demás, al creador y a todo lo creado, no sólo van de la mano, sino que en última instancia no se les puede separar, porque el amor es una realidad de una sola pieza con múltiples manifestaciones.

Es complicado, por no decir imposible, que una persona pueda amarse a sí mismo si no ama a los demás, ya que, cuanto más profundo sea el amor hacia uno mismo, más grande será el amor hacia los demás. A su vez, si experimentamos la presencia

amorosa de Dios, extendemos ese amor hacia todo lo que existe. Por eso es un engaño pretender amar Dios, a quien no vemos, y a la vez no amar al prójimo que tenemos al lado; y difícilmente se puede amar a Dios, si uno no se ama a sí mismo.

Para quien transita en el camino de maduración, estas tres formas de amor constituyen una sola, ya que las tres se alimentan mutuamente para que cada una exista, pero no sin las demás. Cada una de estas cualidades es indispensable. Sin alguna de ellas, al amor le falta una parte importante del todo.

PARA QUE EL AMOR SEA DURADERO

Recordamos una vez más que todo agricultor sabe que, para cosechar el campo, primero hay que sembrar, arrojar muchas semillas ya que no todas germinarán; pero también entiende que por el hecho de que algunas semillas se pierdan, no puede dejar de sembrar. La persona en el camino de la madurez comprende que el amor es una planta muy delicada que necesita riego constante; que es equivocado pensar que una vez encontrado, todo está hecho, cuando en realidad todo está por descubrir.

Amar significa dedicar tiempo al amor. Para la persona en el camino de la madurez es esfuerzo, paciencia y disciplina. Aunque es un regalo del cielo, no obstante es el resultado de una decisión de

dedicación que la persona conquista cada día. Hacer del amor una forma de vida es construir una casa cada día —construcción que nunca termina—, siempre conscientes que el amor es delicado como un pájaro que si se aprieta demasiado, se ahoga y si no se le cuida bien, se escapa.

PARA PODER IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

El amor en el camino de la madurez toma diversas formas. Enumero algunas de ellas: Desear el trabajo bien hecho. La prudencia ante el juicio precipitado. No devolver el insulto. Esperar siempre. Confiar en uno mismo, en los demás, en el destino, en Dios. No buscar que los demás le correspondan para actuar. En el amor está implícita la bondad, el perdón, la empatía y la comprensión.

Vive el amor sabiendo que no es un fuego que nos devora o, como dicen los franceses, *un coup de foudre*, sino un manera de relacionarnos con los demás.

Vive el amor sabiendo que el deseo de amar no es suficiente, sino que es un acto de voluntad, de intención. Es acción, es una elección y no un deber. No se limita al enamoramiento (emoción del momento), que es una experiencia hermosa pero transitoria, ya que la sensación de éxtasis que caracteriza al enamoramiento es pasajera. La luna de miel siempre termina, el amor permanece para siempre.

Vive el amor ofreciendo palabras positivas, obsequios, acciones de servicio, contacto físico. Habla desde la amabilidad, permite que los demás sean imperfectos, escoge perdonar, admite los propios fallos, devuelve el bien cuando sufres el mal, trata a los demás como amigos, recibe con gratitud, habla con cortesía, crea espacios para la amistad, sacrifica algo de valor por el bien de la relación, regala tiempo a los demás, toma partida por la verdad y por la integridad.

¿Al finalizar este día, puedes decir si alguno de estos actos han formado parte de tu vida hoy?

¿Puedes recordar un acto de amor específico que realizaste la semana pasada? ¿Cómo te hace sentir lo que hiciste?

Sólo quien ama vuela (Miguel Hernández).

Amo, luego existo (René Descartes).

No conoces a alguien hasta que no le amas
(Margarete Buber).

El amor es lo único que se duplica cada vez que lo compartimos (Albert Schweitzer).

El amor sana tanto a los que lo reciben como a los que lo dan (Karl Menninger).

El amor sólo vive renaciendo sin parar (Edgar Morin).

El amor exige brazos abiertos. Con los brazos abiertos uno deja que el amor venga y se vaya a voluntad, libremente, dado que de todas formas así lo hará. Si uno cierra sus brazos al amor, se hallará tan sólo reteniéndose a sí mismo (Leo Buscaglia).



17. Libertad

¿A QUÉ NOS REFERIMOS
CUANDO HABLAMOS DE LIBERTAD?

Hablar de libertad implica, en primer lugar, definir qué entendemos por esta palabra mágica que ha sido usada desde siempre por todos los pueblos y culturas para expresar las realidades más diversas. La libertad está constantemente expuesta a malos entendidos, cuestionada y amenazada. En nombre de la libertad, muchas personas han dado la vida; pero, como tantas de las grandes palabras, por su abundante utilización puede significar cualquier cosa.

Consideramos que la libertad es la mayor aspiración del ser humano. Pero a muy a menudo, cuando empleamos hoy esta palabra, en multitud de ocasiones está vacía de contenido porque, en nombre de la libertad, todo se justifica y todo es válido. Para muchas personas, ser libre equivale a poder hacer

todo lo que se les ocurre y traducir en actos los mínimos caprichos.

Jesús narra una historia muy conocida en el Evangelio de Lucas 15, donde un joven desea vivir en libertad y, para ello, despilfarra la herencia de su padre. Para este joven, la libertad significaba hacer lo que le venía en gana. La historia de este joven nos muestra cómo no es libre una persona por el hecho de dejar la casa paterna y decidir vivir su vida sin rendir cuentas de sus actos a nadie.

El concepto de libertad de este joven es igualmente entendida hoy, por muchas personas, como la posibilidad de hacer lo que se quiere sin tener en cuenta a los demás ni las consecuencias de sus actos. Esta libertad en sí y para sí, sin contar con la colectividad humana, termina casi siempre en auténticos problemas e incluso en tragedias. La libertad no es, ni puede ser nunca, absoluta. Este es el primer límite de la libertad.

Como para este joven de la parábola que nos cuenta Jesús, este concepto de libertad es, precisamente, lo que puede conducir a una persona a ser un auténtico esclavo en lugar de ser libre. Un ejemplo muy sencillo es suficiente para darnos cuenta de este hecho: cuando el borracho entra en un bar y bebe hasta perder su sano juicio, es posible que afirme que hace lo que quiere y que es libre; pero lo que sucede

es que es un esclavo de la bebida. Y esto no sólo tiene consecuencias en su vida, sino en la de aquellos que le rodean.

Mucha gente se imaginan que son libres porque compran y consumen lo que les viene en gana, pero no es así: Son esclavos de la influencia de los medios de comunicación y de la publicidad, que nos hacen creer en necesidades que no tenemos. Considerar la libertad como la capacidad de hacer lo que a uno le viene en gana es un auténtico engaño.

Cuando hablamos de libertad, su sentido no es el mismo en un momento de la historia que en otro, incluso de un continente a otro. Hoy, nosotros mencionamos la libertad de prensa, libertad de expresión, libertad para la mujer, libertad para elegir cantidades de cosas, libertad para hacer lo que nos apetece; mientras que, en otros momentos de la historia, la libertad ha significado el contraste con la carencia de libertad de los esclavos.

Referirnos a la libertad es afirmar que el ser humano detenta la posibilidad de decidir lo que quiere hacer con su vida. Pero esta libertad no es posible cuando las acciones son realizadas bajo presiones externas. Debemos, a la vez, entender la libertad bajo el prisma de que la persona es dueña de sus propios actos, pero es esencial que esa libertad nunca debe dañar al prójimo. Ser libre es ser dueño

de uno mismo, pero siempre recordando que vivimos en una colectividad humana donde nuestros actos de libertad afectan a los demás.

Por esta razón, la libertad para la persona en proceso de maduración no se puede entender como una manera de vivir en la que uno actúa como bien le viene en gana, sin tener en cuenta a los demás, sin ser conscientes de las fuerzas internas negativas (yo lo llamo pecado o ataduras) que dificultan ser auténticamente libres.

Es evidente que la libertad es la mayor meta de todos los seres humanos, pero esta aspiración no puede ocurrir sin asumir la responsabilidad que se tiene hacia los demás. Por eso yo definiría la libertad como facultad que todo ser humano debe tener para decidir su forma de vivir y obrar de acuerdo con sus convicciones y valores, pero teniendo siempre presente que la libertad de uno termina allí donde se la quita a los demás.

Mientras estoy escribiendo este capítulo, un grupo de jóvenes están comiendo unos bocadillos y bebiendo delante de la puerta de mi casa. Cuando he salido a la calle, estos jóvenes habían dejado restos de comida delante de la puerta, así como latas de cerveza vacías. Por supuesto, he tenido que recoger todos los desperdicios y tirarlos a la basura ¿Es la

acción de estos jóvenes un acto de libertad? ¿No será, más bien, de libertinaje e irresponsabilidad?

Pensamos que somos libres cuando nadie nos obliga a hacer lo que no queremos, pero muy a menudo, somos auténticos esclavos de nuestros malos hábitos, costumbres o carencia de dominio propio.

JESÚS, MODELO DE HOMBRE LIBRE

Jesús, que dijo «La verdad os hará libres» (Juan 8,32), enseñó que la libertad del ser humano es el gran proyecto de Dios para toda la humanidad; que la libertad deja de ser cuando aparece la esclavitud o cuando uno hace daño a los demás.

En tiempo de Jesús la sociedad tenía sus leyes y normas de convivencia, pero si esas leyes, en lugar de ser instrumentos que permitían la libertad del ser humano lo esclavizan, Jesús opta por rebelarse ante ellas. El mejor ejemplo es cuando dijo: «El día de reposo se hizo para el hombre, y no el hombre para el día de reposo» (Marcos 2,27).

Jesús, en nombre de la libertad, se enfrentó a las cuatro instituciones más importantes y fundamentales del pueblo judío: la ley, la familia, el templo y el sacerdocio.

Sería desviarnos del tema profundizar sobre el funcionamiento de estas cuatro instituciones en este

capítulo, por lo que sólo me limito a enumerar dos hechos significativos en las acciones de Jesús que nos muestran su gran preocupación por la libertad y su oposición los poderes de su tiempo. Enfrentamiento que, por cierto, le acarreó la muerte; porque Jesús se jugó la vida por defender la libertad de los más débiles.

Si, por un lado, Jesús nunca se opuso a las leyes y las normas que permitían regular la vida del pueblo judío y velar por el bienestar de todos, a la vez quebrantó en múltiples ocasiones esas leyes que no permitían, entre otras de las muchas normas, curar un enfermo el día de descanso. Quebrantar esta ley equivalía al castigo de la pena de muerte. Jesús asumió este riesgo en nombre de la libertad para curar a un enfermo el día que no estaba permitido por la ley.

Jesús vulneró los modelos de familia establecidos en su tiempo, en los que un hombre judío no podía dirigirse a una mujer en público y menos si era extranjera. La historia del encuentro de la mujer samaritana con Jesús (Juan 4) nos muestra la acción de Jesús en nombre de la libertad al hablar con ella y atreverse a que responda a la necesidad de calmar su sed. Con este acto, Jesús no sólo la restaura, sino que enseña un principio fundamental de libertad (que por desgracia no hemos sabido percibir a lo largo de los

siglos): que no puede haber libertad entre hombre y mujer cuando existe una relación de dominio y sumisión entre ellos. Únicamente en igualdad dentro de sus diferencias, puede vivirse la libertad entre hombre y mujer.

El mensaje de Jesús es que la libertad es una realidad interna de la persona que afecta a todo con lo que se relaciona. Su enfoque de la libertad resultó escandalosa para la gente de su tiempo. La libertad de Jesús consistía en no buscar su propio bien, sino el de la humanidad. De sus enseñanzas se desprende que la verdadera libertad de la persona madura no consiste en absoluto en la libre disposición sobre sí mismo, sino en una vida en relación con el Creador y con sus semejantes, que implica el respeto de la creación de Dios y la convivencia con el prójimo. Lo demás es puro libertinaje o simple esclavitud.

Afirmo que la libertad, ya sea individual o colectiva, no llega de forma automática. No es una gracia que el destino puede concedernos y un revés arrebataránola. Depende exclusivamente de nosotros y de la ayuda divina. La libertad no se consigue de la noche a la mañana, sino a costa de un trabajo paciente realizado día tras día. Así lo dice Nelson Mandela, uno de los grandes líderes morales y políticos de nuestro tiempo, en uno de sus libros que lleva por título *El largo camino hacia la libertad*.

Escoger la libertad y asumir la responsabilidad que conlleva, es una tarea que no podemos rehuir si queremos madurar.

Sacando un texto de su contexto, el relato de Génesis 2,15-17 puede ilustrar esa gran verdad de que la libertad del ser humano no es absoluta ni individual. En el relato de Génesis, Dios declara al hombre: «De todo árbol del huerto podrás comer». Pero a continuación afirma: «Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que comas, ciertamente morirás».

Para algunos eruditos, el árbol del conocimiento del bien y del mal (por cierto, misterioso) podría significar muy bien el optar por hacer lo que a uno le da la gana sin tener en cuenta ni a Dios ni a los demás seres humanos, lo cual tiene consecuencias trágicas no sólo en el relato de Génesis sino en la vida de muchas personas en la historia de la humanidad.

Pocos alcanzan la libertad, el bien más deseado de todos, ya que se necesita una auténtica madurez debido a que no son pocas las ataduras que nos lo impiden. Seguramente, algunos lectores pensarán que la esclavitud es parte de la triste historia de la humanidad. Pero la esclavitud sigue existiendo; y la persona que se halla en proceso de maduración debe estar atenta a todas las formas de esclavitud moderna

que nos acechan y que nos impiden vivir en auténtica libertad.

Jesús no sólo enseñó a vivir en libertad, sino que también alertó a sus seguidores sobre algunas ataduras que lo dificultan, las cuales pueden esclavizar al ser humano.

A continuación, enumero algunas de las más frecuentes, para luego terminar con algunos apuntes sobre el precio que tenemos que pagar para vivir en libertad.

ALGUNAS DE LAS ATADURAS MÁS FRECUENTES QUE NOS IMPIDEN VIVIR EN LIBERTAD

• **Ataduras a las posesiones.** Las posesiones se han convertido en el mayor tesoro del mundo moderno. Cargamos nuestra mochila con todo aquello que nos parece necesario, no sólo para hoy, sino para mañana. El poder económico es en la actualidad la mayor fuerza que mueve el mundo; es la enfermedad del mundo occidental. No defiendo una aversión al dinero ni a las posesiones, pero sí afirmo que cuando el dinero o las posesiones se convierten en el factor de mayor trascendencia de la vida y el barómetro que guía nuestras decisiones, estamos siendo dominados por el poder de las posesiones. No somos libres.

Cuando nos identificamos con todo aquello que poseemos, nos hemos convertido en esclavos de las

posesiones y, por consiguiente, esta esclavitud nos convierte en seres humanos incapaces de considerar otras alternativas.

Cuando la mayor parte de decisiones que tomamos tienen como referencia el poder económico, aunque no lo reconozcamos estamos siendo dominados por aquello de lo que nunca estaremos satisfechos, ya que siempre queremos más y más.

En Occidente, nuestra identificación no es con nuestra persona, sino con todo aquello que poseemos; medimos nuestra valía como seres humanos en función de nuestras adquisiciones. Sin ellas nos consideramos seres desprovistos de valor e incompletos.

• **Las ataduras del pasado.** Son muchas las personas que viven ancladas en el pasado, en lo que les hubiera gustado hacer y no hicieron; en las equivocaciones que no se han llegado a perdonar; en los agravios que otras personas les hicieron y que no pueden olvidar, viviendo en continuo rencor hacia quienes les hicieron daño.

Esta semana, me enteré de una situación de dos hermanos, que viven enemistados desde hace 20 años. Al fallecer el padre, uno de ellos se negó a ir al entierro, por no querer encontrarse a su hermano.

Aprender a liberarnos del pasado, de forma que nos sirva de aprendizaje pero no de atadura, y que nos permita vivir con alegría, es el gran reto para muchas personas en el día de hoy. El perdonarnos y perdonar, significa soltar un peso de la mochila que nos impide vivir en libertad.

• **Las ataduras a los triunfos.** Ganar y ganar —al precio que sea— es una de las grandes adicciones en nuestra cultura. Pero como eso ocurre muy raramente, si lo que perseguimos es únicamente triunfar nos tocará sufrir, y mucho. No estoy en contra de las superaciones personales; al contrario, la superación debe ser una constante en la vida del ser humano; pero sí rechazo el ganar a expensas de que los demás pierdan.

No ganar no significa siempre perder. Si durante la realización de lo que estábamos haciendo disfrutamos, ya ganamos. La belleza está en el disfrute, no siempre en ganar. Disfrutar es posible siempre; y ganar sólo ocurre algunas veces.

Cuando los deportistas de élite se obsesionan por ganar, se bloquean y en la mayor parte de las ocasiones pierden. Cuando un buen entrenador de fútbol dice a sus jugadores de que disfruten, que se lo pasen bien jugando, son muchas las veces que ganan, además de disfrutar.

Esta es una de las grandes paradojas de nuestra existencia: que no vivimos para triunfar, sino para disfrutar. El triunfo consiste en disfrutar antes que en ganar. Cuando la única preocupación es ganar, nos ponemos tensos, nerviosos, nos enfadamos, nos enfermamos, no disfrutamos y además perdemos. La persona en el camino de la madurez, no precisa vencer para sentirse mejor y satisfecha con lo realizado.

- **Las ataduras a los demás.** La persona en el camino de la maduración considera que la presencia de los demás en su recorrido vital es esencial, pero, a su vez, no depende de los demás en aspectos tan trascendentales de su existencia como la economía y las decisiones.

Toda relación humana es valiosa en la medida en que se da desde una actitud de desprendimiento e independencia. Pero la independencia no significa despreocupación por los demás, sino todo lo contrario: nos preocupan tanto los demás, que deseamos eliminar todo elemento que dificulte una relación de autonomía y libertad. Una persona se encuentra encadenada cuando vive a expensas de lo que otros le den, de lo que opinan y esperan de ella, de que ellos decidan su manera de vivir.

- **Las ataduras a tener siempre razón.** Observo que la tendencia a tener siempre razón forma parte del

estilo de vida de muchas personas. Mantener a toda costa el propio punto de vista, querer tener siempre razón y en todo, cerrándose a cualquier posibilidad de percibir las cosas de otra manera, se convierte muy a menudo en una causa de sufrimiento, al no poder dialogar de forma pacífica con los demás.

¡Qué difícil es reconocer la propia ignorancia! El creer que siempre tenemos razón, que lo sabemos todo, es lo que nos aleja de las personas en lugar de acercarnos a ellas. Una buena tarea educativa con los niños es enseñarles a decir desde su tierna infancia «No sé», «No tengo ni idea», «No entiendo».

Relacionarnos con los que nos rodean sin la pretensión de tener siempre razón nos permite mostrarnos tal como somos, vulnerables, capaces de cambiar y de reconocer equivocaciones. Cuando esto acontece, estamos en la senda de la libertad para amar, servir, aprender, caminar con otros y dejar espacios para las sorpresas.

EL PRECIO QUE DEBEMOS PAGAR POR VIVIR EN LIBERTAD

Jesús demostró con sus palabras y su manera de vivir que fue asombrosamente libre. Interpretó el deseo del Padre de forma que no tuvo miedo a nada, empezando por expulsar a los mercaderes del templo y terminando por no temer ni al mismo Pilatos, el

procurador romano que lo condenó a muerte. Porque Jesús no se sometía a las falsas necesidades.

Jesús no se hallaba atado ni a las posesiones, ni al pasado, ni a los triunfos, ni a los demás, ni siquiera a demostrar que tenía razón en todo aquello que afirmaba. No estaba encadenado a nada ni a nadie, porque su libertad no consistía en buscar su propia libertad, su propio bien, sino el bien del ser humano: su salvación.

Jesús demostró que la libertad siempre tiene un precio, que implica la liberación de los apegos a las cosas, a la necesidad del éxito, a mantener una buena imagen y, sobre todo, a buscar la libertad exclusiva de uno mismo.

Para la persona en el camino de la maduración, el precio de la libertad no es otro que buscar el bien común, todo aquello que es lo mejor para la familia humana y no únicamente de forma personal. Porque no somos individuos aislados, sino parte de un todo mayor que uno mismo, debiendo ser ese «todo» lo que determina la libertad. Considero, en definitiva, que la libertad radica en un cambio profundo de paradigma, que nunca debe ser algo sólo personal sino de todos aquellos con los que nos relacionamos y, en última instancia, de toda la humanidad. Esto quiere decir que debemos actuar para el bien común de toda la colectividad humana y asumir que la

mayoría de las veces, la libertad está repleta de renunciias.

LA LIBERTAD NUNCA ES GRATUITA

En cierta ocasión un hombre, durante un paseo por el bosque, descubrió una crisálida en la corteza de un árbol y se la llevó a su casa para poder descubrir cómo se producía su nacimiento. A los pocos días, se dio cuenta de que había una pequeña apertura en el capullo y entonces se sentó a observar la salida de la mariposa. El hombre vio como la mariposa se esforzaba para poder pasar su cuerpo a través de la pequeña apertura. Hubo un momento en que parecía que ya no adelantaba en su intento de salir del capullo. Daba la impresión de que se había quedado paralizada.

El hombre se impacientó, y decidió ayudar a la mariposa. Aproximándose, le echó el aliento para calentarla lo más rápido que pudo. Y así ante sus ojos empezó a producirse el milagro de la vida. Se abrió el cascarón y la mariposa empezó a arrastrarse lentamente. El hombre continuó observando y esperando que en cualquier momento, las alas se desdoblaran lo suficiente como para poder volar.

El horror del hombre fue grande al darse cuenta que las alas de la mariposa estaban plegadas a la espalda y arrugadas. La infeliz mariposa intentaba desplegarlas con todo su cuerpo tembloroso. El hombre se inclinó hacia

ella e intentó de nuevo ayudarla con su aliento, pero todo su esfuerzo fue en vano. La mariposa luchó desesperadamente y, unos pocos segundos después, murió en la palma de la mano del hombre.

Lo que en su ignorancia no entendía este hombre, inmerso en su espíritu de buen samaritano, era que el impedimento de la abertura del capullo y la lucha de la mariposa por salir a través de la diminuta apertura, era la forma en que la naturaleza, mediante los movimientos de su cuerpo, imprimía fuerza a las alas, a fin de que fueran grandes y fuertes y poderosas para volar.

El buen samaritano no sabía que la libertad y el volar sólo puede llegar después de la lucha. Al privar a la mariposa de su lucha, también el hombre le privó de su libertad y de su vuelo y eso provocó su muerte.

PARA POR IR MÁS LEJOS CON EL TEMA

Nadie es libre si no es dueño de sí mismo (Epicteto).

La libertad no es algo que se halla en las condiciones externas. Está en las personas: quien desea ser libre lo es (Paul Ernst).

El hombre puede ser desposeído de todo, excepto de una cosa: la última de las libertades humanas, la libertad de escoger la actitud que uno adopta ante cualquier conjunto de circunstancias y de elegir su propio camino (Viktor Frankl).

Buscando la libertad de nuestros semejantes encontramos la nuestra (Wayne Dyer).

La mayoría de las personas que ansían la libertad no quieren renunciar a sus cadenas (Khalil Gibran).

Sólo merece la libertad y la vida quien diariamente sabe conquistarla (Goethe).



18. Jesús, modelo de madurez

A lo largo de este libro sobre la madurez, he basado mi reflexión en la persona que más ha marcado mi vida: Jesús). Pero ha sido a la vez un testimonio acerca de mi recorrido de fe, por lo que quiero hacer mías las palabras del apóstol Pablo: «No quiero decir que haya logrado ese ideal o conseguido la perfección, pero me esfuerzo en conquistar aquello para lo que yo mismo he sido conquistado en Cristo Jesús» (Filipenses 3,12).

No he llegado al final de la maduración, pero sí afirmo que es el camino por donde quiero andar el resto de mi vida. Por ello, más que sólo una reflexión, este libro ha sido el fruto de un aprendizaje personal que emana de mi propio peregrinaje a lo largo de los años.

No pretendo decir a mis lectores que la madurez se vive tal como yo la entiendo e intento vivirla, pero sí soy consciente de que, si he logrado transmitir mi

propia experiencia con suficiente honradez, quizás mi camino pueda ser útil para otros.

JESÚS MODELO DE MADUREZ

Para los cristianos, Jesús es siempre el modelo de referencia para vivir la fe. Las palabras y la vida de Jesús deben ser la luz que inspira el caminar diario de sus seguidores. Mi propuesta es que Jesús es la referencia perfecta de madurez. Por esta razón a lo largo de este libro las alusiones a Jesús han sido constantes.

Como colofón final de este libro, deseo enumerar tres elementos fundamentales (podrían ser más) que caracterizaron la vida de Jesús en relación con la madurez, para terminar con diez propuestas para nuestro caminar sobre el tema. Todo esto sin olvidar el «Para poder ir más lejos...» con lo que he concluido cada capítulo.

JESÚS MODELO DE AUTENTICIDAD

A lo largo de su ministerio, Jesús supo conjugar dos realidades inseparables, como son las palabras y los hechos. Esta apuesta de Jesús por unir hechos y palabras fue uno de los mayores desafíos a lo largo de su vida. Él no sólo habló del perdón (aunque dijo mucho a cerca de este tema), sino que en los momentos más duros de su vida fue capaz de poner

en práctica aquello que había enseñado a sus seguidores. Cuando le estaban crucificando, suplicó al Padre: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23,34). En su oración, no sólo ruega al Padre que los perdone, sino que intenta excusar el mal que le están haciendo, debido a su ignorancia.

Jesús no habló únicamente de amor (los evangelios están llenos de frases en las que invita a sus seguidores a amar incluso al enemigo), sino que supo practicar el amor hasta el final de su vida. Es digna de citar la frase del evangelista Juan cuando afirma: «Sabiendo que su hora había llegado, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el final» (Juan 13,1). En el último tramo de su vida, el más amargo, el más duro y el más injusto, ya que sería abandonado hasta por sus discípulos, decidió amar hasta el final.

El mismo evangelista Juan nos narra, para terminar el libro, el encuentro de Jesús con el apóstol Pedro (Juan 21,15-25). Este es un relato de amor tan conmovedor, que nos sobrepasa. No sólo porque no critica a Pedro haberle abandonado en los momentos más duros de su vida, sino porque es capaz de ir al encuentro de Pedro para restaurarlo y lo hace de una forma creativa y llena de amor.

Nietzsche afirmó: «Una cosa es mi persona y otra son mis escritos». Jesús dijo: «Quien me ha visto a

mí, ha visto al Padre» (Juan 14,9). Jesús no optó por una doble vida, fuera en el área que fuera.

LAS PERSONAS ESTÁN POR ENCIMA DE TODO LO DEMÁS

A lo largo de su vida, Jesús se enfrentó a posturas rígidas e intransigentes de los líderes religiosos de su tiempo, así como a las dificultades de sus seguidores para entender el mensaje de que si bien las leyes y normas humanas son necesarias para la convivencia, el ser humano es antes que todas ellas. Esta postura de Jesús se convirtió en una de las causas principales que le llevaría a la cruz.

Las palabras de Jesús en Marcos 2,27: «Dios hizo el sábado por causa del ser humano, y no al ser humano por causa del sábado», se convierte en la declaración más potente de que el ser humano es sagrado, que es lo primero, la prioridad a la que hay que atender.

La apuesta de Jesús por el ser humano por encima de todo lo demás le llevó a enfrentarse a situaciones límite como en el caso de la mujer adúltera, en Juan 8, y todos los temas de curación en el día de reposo que nos narran los evangelios.

UNA MISIÓN QUE CUMPLIR

Nada más iniciar su ministerio, Jesús empezó a anunciar la llegada del Reino de Dios. La proclamación del nuevo Reino, que ha llegado ya y que aún ha de llegar, significó para Jesús la dedicación de toda la vida.

Recomiendo la lectura del libro de Antonio González: *Reinado de Dios e Imperio*, que de forma magistral, en el capítulo sobre la estrategia del Mesías, explica con todo detalle las características de este Reino.

Sugiero que estas tres características de Jesús deben convertirse en la forma de vivir de una persona que madura en la fe. La unidad entre palabras y hechos debe articularse por encima de todas las demás convicciones. Sin haber descubierto esta vinculación, no se puede afirmar que se camina en la madurez y menos aún que ya se ha llegado al final del trayecto.

CAMINAR EN LA MADUREZ

Una vez que nos hemos acercado a la vida de Jesús, deseo enumerar un decálogo de características de las personas que caminan en la maduración. Estas características son indicativas pero no limitativas:

- **No temas cometer errores en este caminar.** A los niños no nos les intimida cometer errores. De hecho, es así cómo aprenden las mayores lecciones de la vida. El equivocarse es parte de todo aprendizaje. No por equivocarse una persona, es un fracasado. Lo importante es rectificar y aprender de las equivocaciones.

- **Acepta el mundo tal como es.** Es evidente que la persona en el camino de la maduración intenta cada día mejorar su vida. Pero querer cambiar el mundo de los demás y enfadarse cuando la vida no es tan buena y perfecta como a uno le gustaría, sólo conduce al sufrimiento, al enojo y al alejamiento de los que la rodean.

Una conocida oración dice: «Señor, dame fuerzas para cambiar lo que pueda cambiarse, paciencia para aceptar lo que no se puede cambiar y sabiduría para distinguir entre una y otra».

- **Sé espontáneo.** La espontaneidad nos sugiere aventura, dejarse llevar por lo que el corazón nos comunica, en lugar de tenerlo todo controlado, planeado y organizado por adelantado. Planificar es bueno y necesario, pero a menudo es saludable y práctico no ser esclavo de las rígidas exigencias de la planificación.

- **Confía en tus señales internas.** Aquí me refiero a la guía del Espíritu Divino. Esta actitud no excluye

escuchar la opinión de otras personas y el sentido común, pero a veces es necesario ir contracorriente. Hay caminos misteriosos por los que Dios quiere guiarnos y que nada tienen que ver ni con la lógica, ni con el sentido común, ni con la razón. Encontramos un ejemplo muy interesante a este respecto en el libro de los Hechos de los Apóstoles 8,26-40. En Samaria estaba ocurriendo un gran avivamiento y Felipe, un gran evangelista, recibe el mensaje de un ángel para ir al desierto. ¡Qué a contrasentido llega este mensaje! Felipe debe ir a un lugar donde no hay gente y dejar la tarea evangelística que estaba realizando. La continuación del relato nos muestra la importancia de esta incongruencia, ya que encontró a un etíope que estaba leyendo la Escritura pero sin comprenderla. Felipe le explica su significado y el etíope se convirtió al cristianismo. Los historiadores nos indican que, posiblemente, por medio de este etíope el mensaje del evangelio entró en Etiopía.

• **Deja que las fantasías aparezcan en tu vida.**

Todos admitimos que es necesario disponer de normas. Así funciona y se articulan las relaciones humanas en toda sociedad. Pero a los niños les encanta vivir sin depender de las normas; soñar, crear historias, utilizar la imaginación... La persona que camina en la maduración se permite el lujo de soñar

incluso con los imposibles. Esto no sería posible si se vive dependiendo de forma absoluta de las normas. A aquellos que aceptan este desafío, hasta les ocurre que algunos de sus sueños, que se iniciaron como pura fantasía, acaban convirtiéndose en auténticos hechos.

Hacer realidades mis fantasías me ha inspirado más de una vez para conseguir cosas que nunca podría haber imaginado y sé que, de no haberme permitido aquellas fantasías «infantiles», nunca habría podido hacer realidad tantos sueños.

Ya dijo Jesús más de una vez y de formas diversas: «Todo es posible para aquel que cree».

La persona que camina en la maduración se permite ser un poco loca de vez en cuando. No me refiero a esa locura en la que la persona pierde por completo el control de su vida, pero sí al tipo de locura que puede permitirse una conducta fuera de la lógica, de las normas y del sentido común.

• **Vive con las paradojas de la vida.** Disfrutar de la vida mientras se camina, es todo un arte que pocos lo logran. Es maravilloso observar cómo un niño crece: Aprende disfrutando de lo que está haciendo, no está preocupado por el resultado final del juego, ni por lo que ocurrirá al día siguiente; sólo el disfrute es suficiente en ese momento. Nosotros pensamos: «Cuando tenga esto o aquello seré feliz. Cuando compre el piso viviré bien. Cuando me jubile

desaparecerán las preocupaciones» —y nos olvidamos de disfrutar de las cosas más sencillas que cada día se nos presentan.

Mientras se disfruta, también aparecen dificultades y contratiempos y olvidamos que son la sal de la vida. La persona en el camino de la maduración les da la bienvenida cuando llegan, sabiendo que algo bueno se producirá cuando desaparezcan.

Vivir en el presente, en el ahora, no significa negarse a planear el futuro, pero no se pone el corazón en el futuro como en el cuento de la lechera.

Se vive en el presente, sabiendo que de vez en cuando el pasado nos juega alguna que otra mala pasada. Cultivar el arte del vivir en el ahora no es nada fácil, pero es posible en la senda de la maduración.

- **Aspira a la totalidad.** Rechaza vivir en un mundo de compartimentos: cuerpo y mente, salud y enfermedad, intelecto y sentimientos, ciencia y sentido común, individuo y colectivo, cuerdo y loco, trabajo y diversión. Aspira a alcanzar una totalidad en la vida, con pensamientos y sentimientos, presente y futuro, normas y creatividad, dar y recibir, todo ello integrado en la experiencia.

- **Acepta que estás siempre en proceso.** Sé claramente consciente de que lo que es cierto en la

vida es el movimiento constante en todo, de que formas parte de un proceso siempre cambiante. Acepta gustoso esta forma de vida arriesgada y encara el camino del cambio con confianza y vitalidad.

- **Actitud hacia la naturaleza.** Siente afinidad y cariño por la naturaleza, mantén una actitud ecológica y permite que la relación con la naturaleza te produzca placer y libertad y misterio, en lugar de conquista y dominio sobre ella.

- **Lo material es secundario en la vida.** Intenta que las cosas materiales no ocupen el primer lugar en tu existencia, ni sean prioritarias al tomar decisiones importantes. Ni comodidades ni el dinero, ni los símbolos materiales deben ser el objetivo a perseguir. Se puede vivir con ellos, pero también sin ellos.

PARA PODER IR MÁS LEJOS

CON ESTAS CONCLUSIONES FINALES

Las respuestas sinceras a las preguntas siguientes nos ayudan a conocer el grado de madurez en la que nos encontramos:

¿Qué imágenes se suscitan en ti cuando piensas en un fruto maduro?

¿Conoces a personas maduras con quienes te encuentras a gusto? ¿Cuáles son sus características y rasgos por los que las reconoces?

Si supiera que sólo me quedan seis meses de vida, ¿cuál sería el cambio más importante que realizaría? Esos cambios podrían indicar lo que ya ahora debería vivir y apuntar hacia la plenitud o la madurez.

¿Mi compromiso con todo lo que realizo se basa en el amor por las personas y la satisfacción por lo que estoy haciendo? ¿O bien en la obligación?

Termino con una historia que leí hace unos años, que me impresionó enormemente y que considero el mejor final para este libro, porque, en última instancia para madurar hay que pagar un elevado precio y ese coste es muchas veces la muerte —no una, sino muchas muertes— y es esa muerte la que nos da una nueva vida. La resurrección acontece después de la muerte.

PARA VIVIR, HAY QUE MORIR

Un viajante procedente de la India fue a África para adquirir algunos productos y animales de la zona. Mientras estaba en la selva pudo contemplar miles de hermosas cotorras multicolores. Decidió capturar una y llevársela a su país como animal de compañía.

Una vez en su casa, la puso en una jaula. La alimentaba con semilla de miel, le ponía música y la trataba muy bien. Cuando, al cabo de dos años, el hombre tuvo que regresar a África, le preguntó a la cotorra si deseaba darle algún mensaje para sus amigos

de la selva. El ave le dijo a su dueño que les contara que era muy feliz en su jaula, que disfrutaba de cada instante allí y que les enviaba todo su amor.

Cuando el viajante regresó a África, transmitió el mensaje a las otras cotorras de la selva. Cuando acabó de hablar, una cotorra con lágrimas en los ojos cayó al suelo muerta. El hombre se alarmó y pensó que aquella cotorra debía haber sido una buena amiga de la que él tenía en casa, y que esa había sido la razón de su tristeza y muerte.

Cuando el viajante volvió a la India, le contó a la cotorra lo sucedido. Esta se desplomó sobre el suelo de la jaula. El hombre estaba aturdido, pero pensó que su animal de compañía también había muerto de desesperación al enterarse de la muerte de su amiga de la selva.

El comerciante abrió la jaula y echó el ave al contenedor de basura que había junto a su casa. Acto seguido, la cotorra voló hacia la rama de un árbol.

El hombre dijo:

—¿Con que no estás muerta, eh? ¿Por qué lo has hecho?

La cotorra respondió:

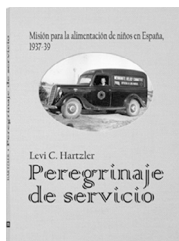
—Porque mi amiga de la selva me envió un mensaje muy importante.

—¿Qué mensaje? —le preguntó el comerciante con impaciencia.

—Me dijo que si quería escaparme de su jaula, tenía que morir estando viva.

Os aseguro que si un grano de trigo no cae en tierra y muere, seguirá siendo un único grano. pero si muere producirá mucho fruto (Jesús de Nazaret).

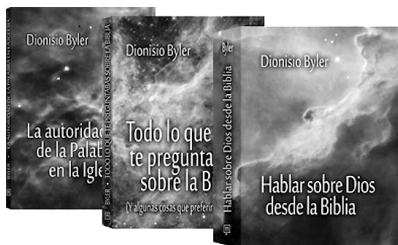
Otros libros de Biblioteca Menno



Peregrinaje de servicio

por Levi C. Hartzler

La historia de los cooperantes menonitas enviados por el Comité Menonita de Ayuda Humanitaria durante la Guerra Civil Española. Su misión era alimentar a niños refugiados de guerra.



La Trilogía de Dionisio Byler sobre la Biblia

- La autoridad de la Palabra en la Iglesia
- Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia (y algunas cosas que preferirías no saber)
- Hablar sobre Dios desde la Biblia

Los primeros dos libros explican qué es la Biblia, cómo se formó esta colección de escritos tan diversos, y cómo ha de utilizarse para la edificación de la iglesia cristiana. El tercero es una «teología bíblica», donde se exploran 12 ideas esenciales de la Biblia acerca de Dios.

www.menonitas.org

(pulse en Biblioteca Menno)



Un libro como éste solamente se puede escribir, como en efecto lo ha hecho JOSÉ LUIS SUÁREZ, desde la mira privilegiada del otoño de la vida, con el sosiego de la jubilación y disponiéndose a reflexionar sobre un camino andado que —por muy increíble que a uno le parezca— resulta que ya es largo.

El autor fue durante décadas pastor evangélico menonita. Primero, brevemente, en Bruselas; después en Barcelona.

Es conocido por su compromiso con la obra social de la iglesia y por la honda sensibilidad pastoral que caracteriza su trato personal.

